CARAS Y CARETAS



¡POR AQUI NO PASA NADIE!

—Huyen al verme la cara
y no saqué todavía
el acero... ¡que sería
si yo lo desenvainara!


La bebe
todo
el mundo.
GINEBRA
"Bols"
SU COLOR AMBAR PALIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
BUENOS AIRES

MARÉJA

POR

ANTONIO BELTRAMELLI

(Traducción de Marcos Fingerit)

DIBUJOS DE BESARES



En mi primera juventud conocí a dos viejos pastores, uno de los cuales, Ojum, veía la sombra del sol, y el otro, el más viejo, se llamaba Anzul, y había nacido ciego.

Ojum veía en el espacio un resplandor de oro pálido, semejante a un velo inmóvil y uniforme, sobre el cual pasaban las sombras de las cosas; Anzul escuchaba todas las voces con una expresión extática, y sus ojos vagos se fijaban en la profundidad del cielo.

Todas las mañanas los dos hermanos pasaban, siempre graves, entre las dunas y el mar, sobre la costa que se desarrolla desde el pueblo de Porto hasta Cervia, rica en pasturas.

Maréja marchaba ante ellos, abriéndoles el camino entre las arenas agitadas por el viento. Los pastores seguían el pataleo de sus rebaños, semejante a los rumores del reflujo. Escuchaban largos vuelos temblorosos elevarse de las playas abandonadas por las aguas y llegar voces lejanas de la inmensidad de las landas; después, cuando Ojum, girando sus pupilas turbias, veía desplegarse el velo mágico color ámbar pálido sobre el cual posaban los árboles, los hombres y las casas, semejantes a extrañas formas espectrales, gritaba a su hermano:

—¡Anzul, he aquí el sol! — Y juntos, sobre viejas flautas, modulaban un aire lento, que recordaba las viejas danzas melancólicas de la Baja Romaña y la cantilena apasionada de los marinos.

A esa hora pasaban, por la lontananza estremecida del mar, las barcas de los siete hermanos.

Los rebaños se detenían un momento para roer los tallos de cineraria, y se volvían a poner en marcha al llamado de la *guidainola* (1), que iba a la cabeza, tras de Maréja, la muchacha de los ojos de paloma.

Maréja de Ojum era virgen y hermosa.

Había crecido libremente en la selva, lejos de las huellas de los hombres y de los grandes caminos carreteros, al borde de las olas donde se elevan las voces de las cosas eternas, y ella sabía cómo se ríe, cómo se canta y cómo se vive dulcemente en la soledad.

Maréja de Ojum guiaba al rebaño y a sus padres ciegos a través de las arenas ardientes, sobre los confines de la landa y del mar, hacia las dehesas de Cervia, y por el camino hilaba la lana aderezada por el peine del cardador.

Había entonces, en la extremidad de la landa, un viejo pozo alrededor del cual los pinos y los robles habían crecido con el tiempo y espesado la

(1) La «madrina».

opulenta cabellera. El pozo estaba en el centro de una gran corona de verdura; el agua clara brillaba en el fondo, en la pila, y en el orificio, sobre el suelo húmedo, florecían las eglantinas.

Cuando la primavera moría, para dar lugar al verano ardiente, en los meses en que los caminos parecen interminables porque el calor extenúa los miembros, el polvo ciega y el rechinar de las cigarras aturde y enerva, los hombres que el trabajo lleva bajo el sol conocían el pozo de las aguas claras, el islote de verdura entre las arenas grises. Se dirigían entonces hacia el bosquecillo lejano para gustar allí el reposo de mediodía.

Allí se reunían los cazadores de ojo vigilante, los mendigos, los peregrinos que siguen el vuelo de las nubes hacia la ciudad lejana y van con los pies desnudos, con sus alforjas, para conjurar el dolor; los boyeros y los *pinaiuoli* (1) de ancho pecho. Las bestias hacían allí alto en tropas silenciosas y tranquilas.

Maréja de Ojum llegaba con sus ciegos, que tomaba de las manos. Se detenían al borde del encantador oasis y, con sus rostros lisos alzados al cielo, saludaban la compañía; luego, sentándose muy cerca uno del otro, apoyados en el tronco de un pino, escuchaban sin sonreir jamás, sin interrumpir nunca.

Les he visto así, en la sombra, permanecer inmóviles largas horas, sin dirigir la palabra a nadie, atentos, quizá, a los cuentos de Pira de Enma, que batía entonces los campos de la Romaña, llevando consigo su icono milagroso y vendiendo escapularios. (Fué hallada muerta luego, un día de otoño, en la landa, que era su único reino).

¿NADIE QUIERE EL SANTO ESCAPULARIO QUE SERÁ COMO UNA FORTUNA SOBRE EL CORAZÓN?

Pira de Enma llegaba a mediodía, y era bien acogida por los pastorcillos, que la aguardaban. Se inclinaba sobre un viejo bebedero y bañaba de agua límpida sus labios ardientes; luego alzaba un poco el pañuelo azul que llevaba anudado en la cabeza, a la moda gitana, y del cual salían grises cabellos en largas trenzas caídas. Y, volviéndose las gentes reunidas, hacia esta pregunta habitual:

— ¿Nadie quiere el santo escapulario que será como una fortuna sobre el corazón?

Ante la sonrisa de los jóvenes, que sólo creen en el pan y en la muerte justa, bajaba la cabeza, murmurando una plegaria de misericordia.

— ¡Pira de Enma! — gritaban los chicos que siguen a las tropas de bueyes en las dehesas; ¡Pira de Enma, cuéntanos la historia de Lov! ¡Anda, vieja estriga, no te hagas rogar!

Ella sonreía, sufriendo el asalto de los salvajuelos, que tenían ya experiencia de la vida y eran apasionados por los hermosos sueños. Narraba la historia de Lov, que era amigo del sol y del viento, y podía beber el mar; de Lov que iba con su *mazzachera* (2), su falce de jade y cuatro sapos atados a los cabellos.

Maréja de Ojum seguía la trama de la obscura leyenda con los ojos clavados en la narradora. Se acostaba en la hierba, con la cabeza entre las manos; y su belleza era como el oro de las mieses y como los cielos asoleados.

Escuchaba a Pira de Enma, sin dirigir la palabra a nadie, y cuando la vieja nómada retomaba su icono y se iba cojeando por la vasta extensión de la landa, la muchacha se levantaba sacudiendo su cabellera y, advirtiendo con una palabra a los ciegos, volvía a partir con su rebaño por el camino de las arenas.

En aquel tiempo Yesó de Lenda, el boyero, frecuentaba el dulce oasis entre los pinos y el mar. Era un mocetón robusto y brutal, prognato y romo. Tenía el alma de un topo, la fuerza de un toro. Era poco amado por sus compañeros de labor; las mujeres le despreciaban y le temían por sus violencias; pero Yesó de Lenda no amaba a las mujeres más que para el placer, y sabía que, a pesar de su odio por él, ellas no tenían el valor de rehusarse porque temían su ferocidad y sus terribles venganzas.

A mediodía llegaba todos los días al pozo de la landa; llegaba lentamente, bajo el sol, con su paso vacilante, como si el calor estival le arrebatara toda energía. Iba a sentarse al lado de Maréja, y permanecía inmóvil mirándola.

Ella no volvía los ojos; pero Yesó de Lenda, inclinado hacia el suelo, meditaba su plan.

Una vez, Vinzador, el cazador, me dijo:

— Maréja de Ojum es altiva, pero el halcón tiene el pico corvo.

— ¿Crees qué podrá? — le pregunté.

Vinzador frunció las cejas y respondió:

— ¡Está demasiado sola en este desierto!

Pasaron algunos meses. El verano murió entre las dulces languideces del otoño. Los ponientes tornaron en oro las hierbas de las pasturas, y se alejaron en el cielo, se retardaron, como para llenar de dulzura los ojos de los hombres. Al crepúsculo se alzaron las voces de las criaturas que el amor combate y atormenta; por los caminos de la llanura pasaron las carretas bermejas, arrastradas por bueyes mugidores; las carretas que van de era en era para transportar las agramaderas y las gayas cantoras de estribillos, coronadas de rubio cáñamo. Llegaron sobre el mediodía, al pozo de la landa, Pira de Enma y los boyeritos; pero la muchacha de ojos de paloma no vino más.

— Yesó ha dado su golpe — dije a Vinzador.

El cazador volvió los ojos al cielo donde las golondrinas pasaban como flechas, y respondió:

— La muchacha del ciego no pedirá mi ayuda, pero, si dijera una sola palabra, arrojaría a sus pies mi cuchillo.

Ahora bien; sucedió que Maréja de Ojum volvió una tarde, hacia el declinar del otoño, al pozo de la landa. La vimos toda extenuada; sus ojos eran huraños y sus mejillas se habían marchitado.

Los ciegos la seguían, rígidos en la expresión inmóvil de su rostro liso.

Se sentaron arrimados a un árbol; Maréja pasó, saludándonos apenas, con los ojos bajos. Pira de Enma había comenzado su relato; se interrumpió para decir que emprendería un largo viaje, hacia las montañas del poniente.

— ¿A dónde vas? — preguntaron los pastores.

— Vieja estriga, ojo de humo, ¿a dónde vas?

— Voy adonde la primavera no muere, más allá de los montes de San Marino, mucho más allá, donde se extiende otro mar.

— ¿Es lejos?

— Tanto como Roma.

(1) Los que hacen la cosecha de la piña.

(2) Equipo de pesca para coger anguilas y ranas.

— ¿Quién te enseña el camino?
— Las golondrinas.
— ¡Y los pico-verde! ¡Cara de cornizola!

Los pastores rieron a carcajadas.

De pronto Maréja de Ojum tuvo un resplandor siniestro en sus grandes ojos, circundados de negro.

Vinzador me susurró al oído rápidamente:

— ¡He aquí a Yesó de Lenda!

Me volví. Llegaba del mar, lentamente, con su paso habitual. El crepúsculo se acercaba, y los árboles, al sol, parecían de basalto.

En el fondo, arrimados a un árbol, se mantenían los dos ciegos: Ojum y Anzul, los pastores silenciosos, que iban por el camino de las arenas.

Maréja, sentada sobre la hierba, junto a un manojo de eglantinas, la espalda y la cabeza apoyadas en el brocal del pozo, bajaba los ojos. Sus cabellos rubios bajaban sobre su cuello desnudo, blanco como el alabastro. Sus manos caían, inertes, sobre sus rodillas, y estaba tan bella en su palidez que Vinzador no podía quitarle el ojo.

Yesó de Lenda entró en la verde corona que formaban los árboles alrededor del pozo, y se detuvo un poco para escuchar el relato de Pira de Enma; luego se apoyó en el brocal, y miró, con una sonrisa, a Maréja, que bajaba siempre los ojos, tenía el color de la muerte y temblaba...

Vinzador, con una voz ahogada, exhaló esta imprecación:

— ¡Cristo! ¡Hoy te arreglarán tu cuento, Yesó de Lenda!

El bruto de alma de topo paseó en círculo sus ojos indiferentes; luego, inclinándose un poco hacia Maréja, le preguntó en alta voz, para que le oyeran todos:

— ¿Cómo estás, mi cordera?

Vinzador dió un brinco, pero la dulce muchacha se había levantado, como movida por un resorte, y vi sus ojos súbitamente rojos, y su rostro extenuado se puso lívido al extremo. Gritó, doblándose, gritó una vez, diez veces, convulsivamente, su dulce rostro transfigurado, el cuello tendido, la boca crispada por un espasmo que hizo temblar a los asistentes:

MAREJA, LA DULCE BELLEZA AGRESTE, LLORÓ DOBLANDO LA CABEZA, TOMÓ EL CUCHILLO Y LO DEVOLVIÓ A VINZADOR.

— ¡Deja! ¡deja! ¡deja!

Todo calló alrededor; los dos ciegos se habían levantado y se adelantaban vacilando; solo Yesó de Lenda sonreía aún.

Vinzador, lanzándose adelante, fuera de sí, gritó:

— ¡Maréja de Ojum, hija del ciego, por el alma de tu Cristo, toma!

Y arrojó a sus pies su cuchillo, cuya hoja brillaba.

Maréja, la dulce belleza agreste, lloró doblando la cabeza, tomó el cuchillo y lo devolvió a Vinzador.

— ¿No quieres? — preguntó el cazador. Ella murmuró apenas:

— ¡No!

Luego tendió las manos a los viejos, que se habían aproximado vacilantes:

— Hija mía, Maréja, ¿qué has hecho?

La muchacha no respondió; se alejó bajo el crepúsculo, y Yesó de Lenda no tuvo corazón para agregar una palabra.

Vino la estación que encierra las tierras en la mágica fluctuación de las brumas.

Pitirrojos y reyezuelos llegaron por enjambres y formaron como un nimbo rojo y oro en la frente del pálido otoño. Se vieron también a los *stellini*, que tienen los ojos de coral y una corona de oro sobre la cabeza. Las mañanas somnolentas y los interminables crepúsculos estuvieron llenos de sus gorjeos.

El mar en continua tempestad mugía tras las dunas como en un abismo.

Pira de Enma había partido hacia los montes de San Marino, directamente hacia la ciudad lejana, donde la primavera no acaba jamás; y los pastorcillos la habían saludado una tarde agitando sus gorros de lana.

— ¡Adiós, ojo de humo!... ¡Adiós, hermana de Cristo!

Entre el resplandor moribundo, la vieja narradora se había alejado semejante a los fantasmas de sus sueños.

En el pozo de la landa no se reunía ya la turba alegre, porque los días pasaban con rapidez y las llanuras hoscas eran barridas por los vientos fríos.

Solo Maréja, todos los días, rehacía su viaje, guiando a los ciegos desde la costa de Porto a los pastos de Cervia.

En los interminables crepúsculos se deslizaban silenciosas sobre el mar las barcas de los siete hermanos. Maréja había hecho un voto al dolor; aun en la estación fría iba con los pies desnudos, vestida de negro.

— ¿Por quién llevas duelo? — le habían preguntado las viejas; y ella había bajado la cabeza enrojeciendo. Después su historia se había divulgado entre las mujeres que vigilan a la puerta y tratan de penetrar la vida del prójimo.

— ¡Es la víctima de Yesó de Lenda!

— ¡La mala bestia la ha deshonrado!

— ¡Está perdida para siempre!

La seguían con una mirada de compasión, y la señalaban a las muchachas y a los ancianos.

A su paso se hacía el silencio. Maréja sentía que el espectro de la superstición estaba sobre sus talones, y veía los ojos de la muerte fijos ante ella como dos puntos rojos. En vano se encorvaba bajo su chal negro; en vano ocultaba su pálido rostro y sus grandes ojos de paloma; su pena continua no le dejaba ninguna esperanza, salvo la expiación en el eterno reposo, el adiós a la vida.

Yesó de Lenda no podía ser su esposo. Y uno de los dos debía morir, como lo quería la siniestra superstición.

Las almas encadenadas por el pecado no pueden tener paz de otra manera.

El joven boyero se reía de las blasfemias de los hombres y de las vagas amenazas de las mujeres; pero la inexperta muchacha era arrastrada hacia la muerte, que la acechaba.

Los ciegos no sabían nada, y la seguían sin hacer una pregunta; sólo Ojum, el padre, le dijo una mañana:

— Maréja, hija mía, veo tu sombra toda negra, siempre. Y tú no hablas ya, y tú no cantas ya, y tú no nos llamas ya con tu grito. Me ha asaltado, junto al pozo, un horrible pensamiento.



Ella respondió:

— ¡Papá, estate tranquilo! Las perversas estrigas no me han echado un maleficio, y vivo en paz.

— ¿Me dices la verdad, hija mía?

— ¡Papá, te lo juro!

— Te creo.

Poco después, su hermano Anzul, el ciego de nacimiento, de rostro liso de esfinge, agregó con una voz quebrada y fuerte:

— ¡No nos abandones, Maréja, no nos abandones!

Ella sintió una impresión de angustia, y lloró silenciosamente.

Maréja se sabía condenada a morir; sentía manos descarnadas y temblorosas atraerla con lentitud hacia el ineluctable fin, y se abandonaba a la suerte.

Luego, como su pena se hizo de día en día más fuerte, llamó un día a las tres mujeres más viejas del pueblo, y les dijo:

— ¡Madres, he tomado mi resolución, y que Dios perdone! Os recomiendo mis ciegos y su rebaño. Haced que alguno de vuestros hijos les tenga piedad! ¡Y decid a Yesó de Lenda que la hija del ciego ha muerto!

Las tres viejas de ojos azulados por el mar la escucharon, inclinadas, sin decir palabra; después oraron por el alma de la pecadora.

Los ciegos dormían en el redil, sobre sus camas de tomillo y menta, uno junto al otro, y habían puesto a sus pies a Tus, el perro guardián.

En las lejanías del poniente se deslizaban grandes nubes rojas.

Maréja de Ojum levantó el chal, descubrió su rostro pálido, giró sus grandes ojos cenicientes sobre las cosas. Un nuevo sentimiento la animaba. Se sentía pura, ahora que la hermana del Señor, la muerte, la seguía y soplaba sobre su nuca su frío aliento; se sentía pura y lejana en adelante como una procelaria, que domina el viento y se desliza entre la tempestad, desaparece y reaparece y grita su victoria violenta. Caminaba, más bella que nunca, con el temblar de sus labios y los trágicos resplandores de sus ojos frenéticos. Dejó atrás las últimas casas del pueblo y volvió hacia el este, sobre la playa.

El mar inmenso era bello y tenía sus sirenas; el mar la hubiese acogido como a una golondrina cansada, y ella llevaba los vestidos negros.

Caminó bajo el resplandor crepuscular, con un paso siempre más apresurado, hacia las dunas y las landas, por donde sólo pasaban las sombras de las nubes; su chal cayó, y sus vestidos rumoreaban en su precipitada marcha.

De pronto se detuvo; volvió la cabeza y se vió sola, y se sintió sola con la muerte que la acechaba por detrás.

Entonces su voluntad fué superior al instinto; se detuvo para lanzarse al mar; pero un grito súbito la detuvo:

— ¡Maréja!

Se volvió bruscamente, atemorizada, y vió a Vinzador de pie en la cima de la duna. Sobre su cabeza se deslizaban las nubes rojas.

Cuando ella hubo respondido a su llamado y se halló muy cerca, Vinzador tendió su brazo vigoroso hacia la landa, y gritó:

— ¡Allí está! ¡Lo maté a traición! ¡Maldícelo!...

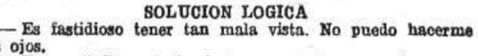
Contraído y torcido como una serpiente aplastada, el rostro en tierra, yacía, bajo el cielo enrojecido, el cadáver rígido de Yesó de Lenda, el boyero.



F I N







SOLUCION LOGICA

— Es fastidioso tener tan mala vista. No puedo hacerme los ojos.

— Eso es fácil; ponte los lentes que te he comprado.

— ¡Todos los genios han sido bebedores de ajenjo!... Entonces si suprimen los licores similares, ¿qué será de nosotros?



EL CONSERJE, EL REY, LA CAMISA Y EL CAMERA-MAN

Historia semicómica inspirada en otra de George Pattullo.

Por José Juan Pablez

El señor Fanfaron, con un pequeño envoltorio en la mano, iba gruñendo. Era ya demasiado. Treinta y tantas veces había fallado en su intento de «colocar» aquella camisa a un huésped liberal y lo bastante distraído para no repasar con atención las cuentas.

Subió algunas escaleras mientras pensaba que acaso la *femme de chambre* le había estropeado el negocio. Penetró rápido en el cuarto de la ropa blanca y encontró a Matilde, a quien espetó esta pregunta a boca de jarro y tremolando en punto de agresión el envoltorio:

— ¿Había usted colocado «esto» en la lavandería?

— Sí, señor.

— ¿Y la puso usted en la lista, por supuesto?

— Sí, señor.

— Bueno; usted es una estúpida de marca mayor — exclamó, bufando, el conserje. — Cuidadito. Yo la enseñaré a usted, yo.

El señor Fanfaron dió la vuelta con la enérgica dignidad de un mariscal de campo y se dirigió a la puerta N.º 309, llamando con golpecitos discretos.

— Adelante — respondió una voz estridente.

El señor Fanfaron, con toda la gracia y dignidad de su cargo, avanzó por la habitación llevando en el brazo el envoltorio, tal que si fuera una delicada fuente con viandas.

— Al fin ha llegado — exclamó triunfalmente. — He aquí la camisa perdida del señor.

El huésped, después de pasear su fría mirada por el conserje y por el envoltorio, díjole:

— Usted trata de empalmarme la misma pieza que hace dos años, *general*. Yo gasto del cuarenta y medio, recuerde, y ahora váyase al infierno usted y la camisa.

El señor Fanfaron, sin perder un ápice de su aplomo, sin inmutarse lo más mínimo, respondió con gentil entusiasmo:

— ¡Oh! Por supuesto, señor. Ahora recuerdo perfectamente. Perdón, perdón.

Y con repentina solemnidad, mezclada con un ligero tinte de sentimiento pesaroso, agregó para disculparse:

— La *femme de chambre*, señor, siempre está haciendo tonterías. De ella es la culpa de todo; yo lo reconozco delante de Su Majestad.

En vez de contentarse con tal disculpa, el balcánico

personaje cayó en el tono zumbón, juzgándolo más propio del caso.

— No me dedico a coleccionar recuerdos en este viaje—contestó;—además, estoy seguro de que ninguno de los reyes que usted sirvió aquí llevaba camisa. Los monarcas — sépalo usted — estamos llevando este año «sueters» bordados.

Esta nueva repulsa con que fué despedido el conserje hizo que éste echara mano de todas sus reservas para conservar su habitual dignidad; y cuando regresó al hall con el envoltorio, los ojos de Matilde y de su marido, el *valet de chambre*, lo vigilaban desde el cuarto del servicio.

El señor Fanfaron sintió que los cuatro ojos le hacían cosquillas poco gratas.

— ¡A ver, Armand! — gritó. — ¿No ha oído usted la campanilla? *¡Nom de Dieu!* Está sonando hace diez minutos. ¡Corra usted!

El criado, de un par de saltos, atendió al llamado y entonces el conserje descendió las escaleras con su prestigio intacto. Estaba contrariado, pero no acoquinado.

Un hombre alto como él, de noble apariencia, con todavía negros mechones peinados a lo Pompadour y los grandes bigotes de levantadas guías puntiagudas, impresionaba desde luego favorablemente. Agréguese a este buen aspecto físico la dignidad profesional del señor Fanfaron, conserje, y se tendrá un acabado de caballero en funciones de vigilante en un hotel de lujo en el corazón de París.

— Un telegrama para Su Majestad—murmuró un paje, alargándole un sobre e inclinándose levemente.

— ¡Hey, Gustavo, a ver aquí! — borbotó con su voz de órgano afónico.

Pero cambió de parecer de golpe y se levantó de su asiento conserjeril.

— No; iré yo mismo. Atiende el escritorio, Tissay.

Y subió las escaleras, repiquetando despacio en la puerta del departamento real.

Nadie contestó.

Era evidente que la familia real, que no había salido, se hallaba en las habitaciones interiores; mas como el señor Fanfaron tenía sus órdenes especiales con respecto a telegramas para el rey, penetró resueltamente en el departamento.

Un caballero y una dama, sentados al lado de una mesa, aparecieron abrazándose con ternura. El hombre besaba con ardor a la mujer cuando, ante la vista del conserje, se hubieron de separar con rapidez.

— ¿Qué quiere decir esto? — exclamó el rey con tono imperioso.

Un hombre cualquiera, un vulgar servidor que fuera así reprendido, enrojecería de vergüenza ante tal situación; pero el señor Fanfaron, conserje, persona de una pasta asombrosamente maleable y resistente, ni se inmutó siquiera un ápice.

— ¡Pouff! ¡Bah! — pensaba para su capote. — ¿Qué son los reyes para los conserjes, especialmente los reyes destronados?

E inclinándose con suma cortesía ante la sorprendida dama, sin levantar los ojos hasta ella, musitó con voz humilde:

— Sus Majestades me perdonarán. Lo siento mucho; pero las instrucciones recibidas fueron que entregara yo personalmente los telegramas en este departamento si nadie se encontraba en él; y como no obtuve contestación cuando llamé a la puerta...

El rey le disparó una mirada muy equívoca. Aunque dolido por la falta de respeto que significaba haber sido perturbado en sus intimidades, sin embargo, no se trataba de la reina, no; se trataba de una amiga, la *chic* y joven condesa Stoicesco, con la cual, para distraerse, pasaba el tiempo, y las cosas variaban un poco.

— Deme usted el telegrama — dijo al conserje, con aparente sangre fría, pero con la faz algo congestionada. — Gracias. Puede usted largarse.

El señor Fanfaron, cuando llegó al piso principal, resoplaba fuerte, inflando los carrillos y retorciéndose el bigote con fuerza, seguras señales de que, dentro de su amplia y esquinada cabeza, el cerebro trabajaba a toda máquina.

— ¡Diablo! — pensaba el hombre recordando, sin duda, la escena real sorprendida. — No está mal Su Majestad la señora esa.

Y mentalmente la comparaba con su mujer y envidiaba al rey de todo corazón, dedicando un recuerdo muy poco grato a su cónyuge, madame Fanfaron, de la que estaba harto.

A las cinco de aquella tarde el conserje consideró propicia la hora para «colocar» la camisa. Un nuevo intento no estaría mal para salir de tan fastidiosa mercancía, y la envió al departamento real como si nada hubiera sucedido y con una cuentecita de veinte francos.

— No me sirve esta camisa, vamos — contestó el rey Alexis al *valet* que le consultaba.

Y dirigiéndose entonces a su secretario:

— ¡Hey, Gregory! Si le sirve a usted, puede quedarse con ella.

¡Lástima! El cuello del secretario era mayor que el de la camisa.

Alexis, contemplando la prenda de vestir, acabó por soltar una carcajada y terminó amoscándose contra el porfiado empeño del conserje al querer encajarle a todo trance «veinte francos» de camisa. ¡Ah! ¡Las ridiculeces a que se expone un servidor impertinente y ambicioso!

Y el real personaje dictó a su secretario este mensaje:

« Su Majestad me ordena le diga a usted que, aun-
« que ha perdido muchísimo, todavía conserva su
« camisa. — Firmado: *Gregory, secretario.* »

El señor Fanfaron, cuando recibió este recado y el envoltorio ambulante, torció la cabeza y se preocupó de la contestación.

— *¡Sacré nom!* ¿Qué habrá querido decir Su Majestad?

Lo que más le dolía era el retorno de la camisa.

Su corazón se entristeció, pero...

Eran las seis pasadas de aquel mismo día. El ocupante del departamento N.º 309 pidió su cuenta y bajó al escritorio a satisfacerla después de haberla leído con atención y haber tropezado con una partida inexplicable.

— ¿Qué es esto? — exclamó el real personaje, mostrando la cuenta al conserje.

— ¿Cuál, señor? — contestó, examinando el papel, el digno servidor.

— Esto... delante de sus narices... ¡esto!

— La partida de las revistas y los diarios, señor,

— No, no; no digo eso. Esta otra partida.

— ¡Ah! ¡Oh!... Sí... por supuesto, señor. Esto es la nota de la lavandera.

— ¿Con que sí, eh? Pero si yo he pagado a la *femme de chambre* esta mañana la cuenta de la ropa limpia, y no me explico qué hacen aquí estos cuarenta francos.

El señor Fanfaron sostuvo con fortaleza la mirada que le echó el ex monarca.

— Eso corresponde a la camisa, señor. Fué recibida aquí según sus órdenes, señor — replicó el conserje haciéndose el firme.

El egregrio huésped, antes de contestar, se le advertía que tomaba aliento.

— Pero, vamos a ver — saltó al fin, apenas conteniendo su enojo; — ¿cuántas veces he de decirle que la camisa endiablada esa no es para mí?

— Estoy seguro que yo procedo rectamente, señor. La camisa es de usted indudablemente.

— ¿Sí, eh? Bueno; ahora escúcheme bien, viejo pícaro — retrucóle Su Majestad Alexis con recon-

centrado acento: — ¿Prefiere usted cruzar esta partida o que yo me las entienda con el «manager»?

Sin proferir una palabra, el señor Fanfaron sacó su lápiz y tachó el discutido renglón de la camisa.

— ¡Por torpe y por terco ha perdido usted una espléndida propina, conserje endemoniado! — resolló el real caballero.

Y se fué hacia la puerta.

Pero de repente regresó hacia la mesa del escritorio.

— Aquí tiene; me da lástima ser duro, aunque bien se lo merece, porque irritaría usted los nervios al padre Job.

Y le dejó un billete sobre la mesa.

— Muchas gracias, señor. Buen viaje — exclamó el conserje con su perfecta compostura y una sonrisa amable en los labios, como si nada hubiera sucedido.

Y se metió en el bolsillo, tranquilamente, el billete de Su Majestad, no sin echarle antes una discreta mirada a una de las esquinas.

II

Aquella noche, entre los sesenta pasajeros que penetraron en el hotel, había uno, de aire resuelto, buen mozo, que demostró ser puro yanqui en la manera de cruzar las piernas, de encender el cigarrillo y de llevar la ropa holgada.

El hombre rondaba el escritorio del conserje, y de pronto, con una voz de bajo profundo, se encaró con el señor Fanfaron y le preguntó sin más preámbulos:

— Oiga, viejo.

— Sí, señor.

— ¿Se hospeda aquí el rey Alexis, no?

— Sí, señor. Nosotros siempre tenemos varios reales personajes.

El interlocutor dió unos pasos hacia el conserje con el dedo índice en forma de gancho, como aquel que va a decir algo interesante, y murmuró con tono confidencial:

— Escuche, viejo amigo. Yo estoy aquí para sacar algunas películas a este pájaro gordo, ¿comprende?, y si usted, que es de la casa y además influyente, logra que se me conceda una entrevista en seguida, yo sabré recompensarle, ¿comprende?

— A veces Su Majestad permite a los periodistas y a los fotógrafos que cumplan sus comisiones cuando sale a dar paseos, sobre todo — replicó el conserje, claro que sin echar en saco roto lo de la recompensa.

— ¡Ah! Muy bien; pero lo que yo necesito es verlo, ¿comprende?, cuando esté quieto y también cuando esté andando, porque yo soy el primer camera-man de la primera empresa cinematográfica del mundo — norteamericana, por supuesto, — ¿comprende?, y necesito lograr algunos metros de este personaje, porque ahora está de moda. Esto no es nada para mí, que he recorrido América, Inglaterra, Francia, Italia, Rusia... ¿comprende? Y nuestras películas son vistas todas las semanas por más de ciento cincuenta millones de personas. ¡Ah! Esto no es nada para mí... Bueno; ya sabe, compañero. Hay algo qué hacer y qué ganar, ¿no? Cuanto antes, porque la semana próxima tengo que estar en Filadelfia.

III

El señor Fanfaron se frotaba las manos, con aires de contento, poco después de haber conferenciado largamente con míster Pellmat, que así se hacía llamar el yanqui de las películas.

Sobre la mesa de su escritorio, discretamente colocado en un extremo, el famoso envoltorio — ¡la camisa! — esperaba, sin duda, alguna nueva combinación de su dueño para ser útil a cualquier huésped que la pagara bien y sin pestañear.



¿Hemos dicho su dueño?

Bien; dediquémosle cuatro renglones explicativos a la camisa rechazada por el augusto personaje (y por otros muchos) y digamos que, dos años atrás, un huésped del hotel había ordenado se le comprara una camisa, lo que se verificó en el acto.

El señor Fanfaron, al recibirla, tuvo una pequeña inspiración. «Si yo pago esta cuentecita y luego, por cuenta propia, «facturo» yo la prenda, es claro que mi nota sumará más que la enviada por la camisaría» — pensó el genial conserje.

Sin embargo, se equivocó.

El huésped, que era hombre descontentadizo, rechazó la prenda por no resultarle de su gusto; y como ya estaba pagada, cosa que a él le tenía sin cuidado, el conserje hubo de quedarse con ella, a la espera de otra ocasión para encajarla con el recargo consiguiente.

Diez y siete francos había satisfecho por la prenda, y al «facturarla» en cuarenta tuvo presente los dos años «muertos», y capitalizó la inversión con pulso de aprendiz de banquero.

Y ahora...

IV

¡Suerte de yanqui!

Al día siguiente Su Majestad, que había recibido un largo mensaje del Foreing Office en que se le «daban alientos» para recuperar el trono perdido... bajo ciertas condiciones, amaneció de excelente humor y dispuso dar un largo paseo en automóvil en la grata compañía de la condesa Stoicesco.

Tocó el timbre y al minuto apareció el señor Fanfaron.

— *¡Hallo!* Buen tiempo, ¿verdad? Quiero dar un paseo. Que dispongan el automóvil verde y que avisen a Gregory, el secretario, para que esté pendiente de nuevos despachos de Londres, muy urgentes.

El conserje se inclinó dos veces graduadas, echando una discreta mirada a un largo papel azul, cifrado, que se hallaba extendido sobre la mesilla en que tomaba el desayuno Alexis.

— Perfectamente. Voy a dar las órdenes, señor.

Y luego de una ligera pausa:



— El caballero míster Pellmat, de la Film Mundial Company, desea una entrevista con Su Majestad para fotografiarle y exhibirle por todas las capitales del mundo, Dice que...

— Que me vea a la salida, está bien. Pero hay un pequeño inconveniente. No deseo que mi amiga...

— ¡Oh! — se apresuró a contestar el conserje. — Ese insignificante obstáculo lo soluciona Mr. Pellmat. Yo he tenido la previsión de advertirle, y como se hacen trucos maravillosos en la cinematografía, sencillamente... él posee un retrato auténtico de Su Majestad consorte y reemplazará la figura... muy fácil, señor.

— ¡Diablo! Sí, es posible; pero el caso es que mi real esposa se halla ahora en Budapest.

— ¡Bah! Para los personajes de tan alta categoría, señor, todo es posible. El gran público, señor, encontrará la revista cinematográfica muy chic... Los reyes en el destierro.

— ¡Oh! Por muy poco tiempo, por muy poco tiempo — replicó con cierta jovialidad Alexis. — He recibido muy buenas noticias.

— Mis cumplimientos, señor.

Y el señor Fanfaron, haciendo una nueva cortesía, salió con su habitual dignidad para dar las órdenes recibidas.

V

Dos días después el conserje escribía una nota y enviaba un envoltorio al N.º 343.

No hubo contestación por el momento; pero sí hubo un cheque aquella misma noche, firmado por míster Pellmat y cuyo importe cubría esta partida, tantas veces fallada: «Una camisa *elegant chic*, cuarenta y seis francos».

¡Por fin!

El señor Fanfaron alzó los brazos al cielo, como en acción de gracias. Por fin había salido de aquel viejo negocio de la camisa. ¡Ah! No hay como la constancia, digan lo que digan; porque...

— ¡Hey! *¡Hallo!* Ya me voy, viejo. Esta noche salgo para Marsella, ¿sabe? y... aquí están los doscientos francos ofrecidos por haberme facilitado la entrevista; pero — oiga — (míster Pellmat esgrimía en la derecha un papel) aquí hay que rebajar 46 francos de una camisa que no es mía... que no me sirve, ¿sabe? Arriba queda en la habitación; de modo que doscientos menos cuarenta y seis... ciento cincuenta y cuatro, ¿no? Las cuentas claras, al estilo de mi país. Me voy muy satisfecho; he trabajado con ese pájaro real cerca de tres cuartos de hora y llevo como trescientos metros. Va a ser un «suceso» lo de la *nueva* esposa, ¿no?.

Pero el señor Fanfaron no le escuchaba. Con la vista fija en la gratificación mermada por causa de la maldita e incolocable camisa, que volvía a sus manos, el conserje perdió por unos momentos su habitual serenidad.

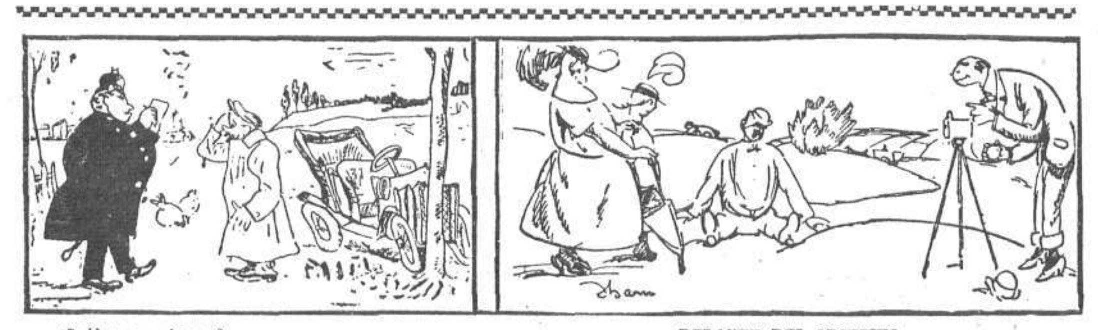
Y cuando se dejó caer sobre el sillón, preocupado por el retorno de la prenda, ya el yanqui, con la actividad que caracteriza a los de su raza — el tiempo es oro — se hacía conducir en un automóvil a la estación del Norte, feliz por el éxito logrado.

El señor Fanfaron se apoderó otra vez de la camisa, por cierto ya deslustrada después de haber sufrido tantas pruebas inútiles, y en el acto la envió, con una nota — 47 francos — al señor Krakowsky, jefe de una delegación austriaca que se hospedaba en el departamento N.º 205.

Este personaje, mareado verdaderamente por los difíciles asuntos que estaba resolviendo con el Gobierno francés, no podía fijar su atención ni en la camisa ni en la cuenta; y se la puso al día siguiente, dándola por aceptada; mas, al despedirse del hotel, pagó en coronas, al cambio del día, que dió un bajón tremendo al cerrarse la Bolsa.

— Sin embargo, ya está colocada.

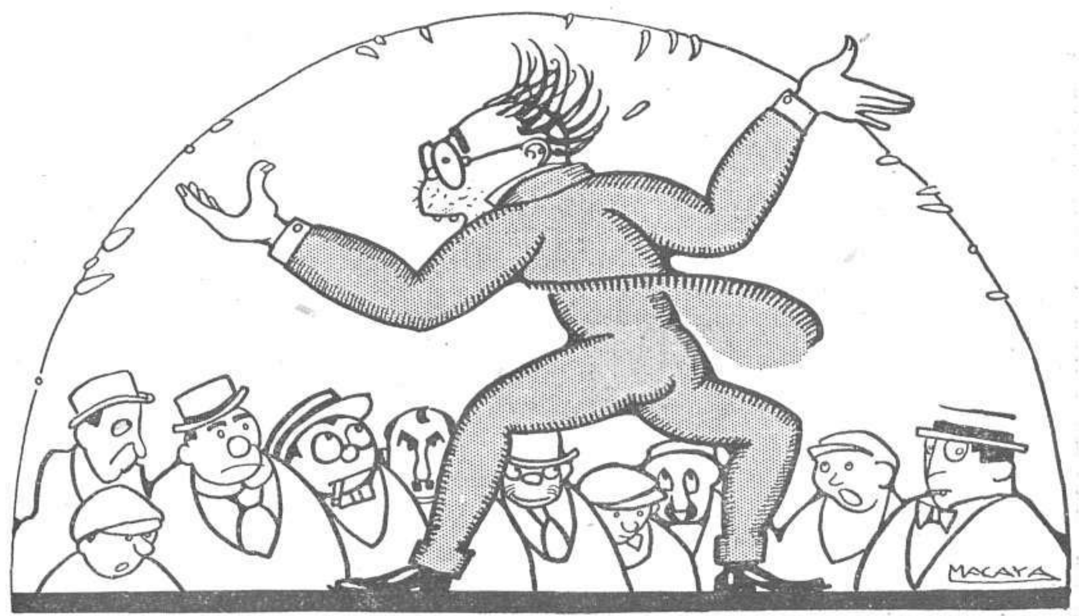
Así dijo el conserje, pero se quedó bastante confuso, rascándose la cabeza con gesto avinagrado, cuando examinó que los 17 francos del costo «neto» de la camisa quedaban reducidos, por virtud del cambio, a ocho treinta y cuatro, según la operación correspondiente verificada por el «manager» del hotel al cerrar las operaciones del día.



— ¿Cuál es su número?
— 1882.
— Yo no le pregunto el año de su nacimiento. Le pregunto el número del coche.

DELANTE DEL OBJETIVO

— ¿Han visto ustedes salir el pajarito?
— ¡No; pero hemos visto muy bien el tonto que está detrás!



UN PROFESOR DE HISTORIA

—La historia es pura fábula. He probado
que Adán y Eva jamás han existido.
Solón fué un desdichado
que, de vender merengues fastidiado,
se convirtió en bandido.
También lo he demostrado.
¿Me puede usted decir quién fué Mahoma?
Era un rudo plebeyo
que logró convertirse en leguleyo
y corrompió el idioma.
Amigo de la broma,
llevaba unos zapatos carmesíes;
y, *utilizando un día a las huríes*,
estableció un café de camareras
en donde se estafaba a los horteras.
¿Ha existido Eratóstenes?
¿Ha existido Demóstenes?
No han existido, ¡no! Se lo repito.
Yo que soy erudito
se lo puedo probar. No se lo pruebo
porque sé que no debo
perder el tiempo en necias fantasías.
¿Quién fué el profeta Elías?
Fué un robusto mancebo,
inventor de la pólvora, el cuadrante,
el pan de gluten y el papel secante.
Cristo, el sublime loco,
no ha existido tampoco.
Ni ha existido Colón. Hubo un sujeto,
un semi analfabeto,
charlatán iracundo.
que viajó por Europa
lanzando fuego tras comer estopa,
¡y ése fué el inventor del nuevo mundo!
Con detalles explico
todo eso en un resumen
que llenará un volumen
de mil doscientas páginas y pico.
César, otra invención. Bruto, lo propio.
Sin embargo, hay un Bruto
que inventó el telescopio,
especie de canuto
que sirve para ver las volteretas
que dan *regocijados los cometas*.
¿Sócrates ha existido? No lo creo.
No existió Ptolomeo,
no existió Amalarico,
no existió Sigerico,
no existió Clodoveo
y no existió ¡caramba!
ni el sonoro rey Wamba.
Atila fué escribiente del Correo,
Pascal vista de Aduana
y Homero fabricante de morcillas.
Nos cuentan maravillas
de sus versos. ¡Macana!
No han existido Túbal, ni Suetonio,
Ni Sesostris, ni Kant, ni San Antonio.
Yo que, como buen sabio, soy modesto,
seis cátedras de historia he conseguido.
Si Marcó me las quita, estoy dispuesto
a probar que Marcó nunca ha existido.

DIBUJOS DE MACAYA



Fiesta benéfica celebrada por los socios de la "Unión Residentes de Caldelas de Tuy y contornos", sociedad de ayuda mutua constituída en esta capital.



El hogar más feliz es aquel donde no hay enfermedades, donde tanto los padres como los hijos tienen organismos equilibrados y vigorosos.

IPERBIOTINA

MALESCI

hace hogares felices, llevando la salud a todos: grandes y niños, hombres y mujeres.

ES UN PREPARADO PODEROSO QUE VIGORIZA Y RECONFORTA

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci.
Firenze (Italia).

Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO - VIAMONTE, 871
Buenos Aires



Doctor Carlos Fonso Gandolfo, director del Dispensario Nacional y profesor de Fisiología de la Facultad de Medicina del Litoral, quien ha regresado de su jira por las clínicas europeas donde dió una serie de conferencias con lisonjero éxito. El doctor Gandolfo fué en todas partes muy agasajado.



Doctor Juan Pou, autor del Manual de Embriología recientemente editado, obra que viene a cimentar los prestigios alcanzado por el autor con sus publicaciones anteriores sobre "Investigaciones Anatómicas". El doctor Pou ha recibido el aplauso de destacados profesores de la Facultad de Medicina, por su meritoria labor.



Doctor Julio A. López, que acaba de ser nombrado director del Hospital Militar de la 2.ª División del Ejército. El nombramiento de este prestigioso facultativo ha sido recibido con general agrado, pues suma a sus dotes caballerescas grandes prestigios científicos por ser autor de numerosas publicaciones de Medicina Militar.



Señor José Martorell, joven artista cuyas obras presentadas en el Primer Salón realizado en La Plata han llamado la atención por su vigor y naturalismo, mereciendo ser adquiridas algunas de ellas por el Museo Provincial de Buenos Aires.

EL PRINCIPIO

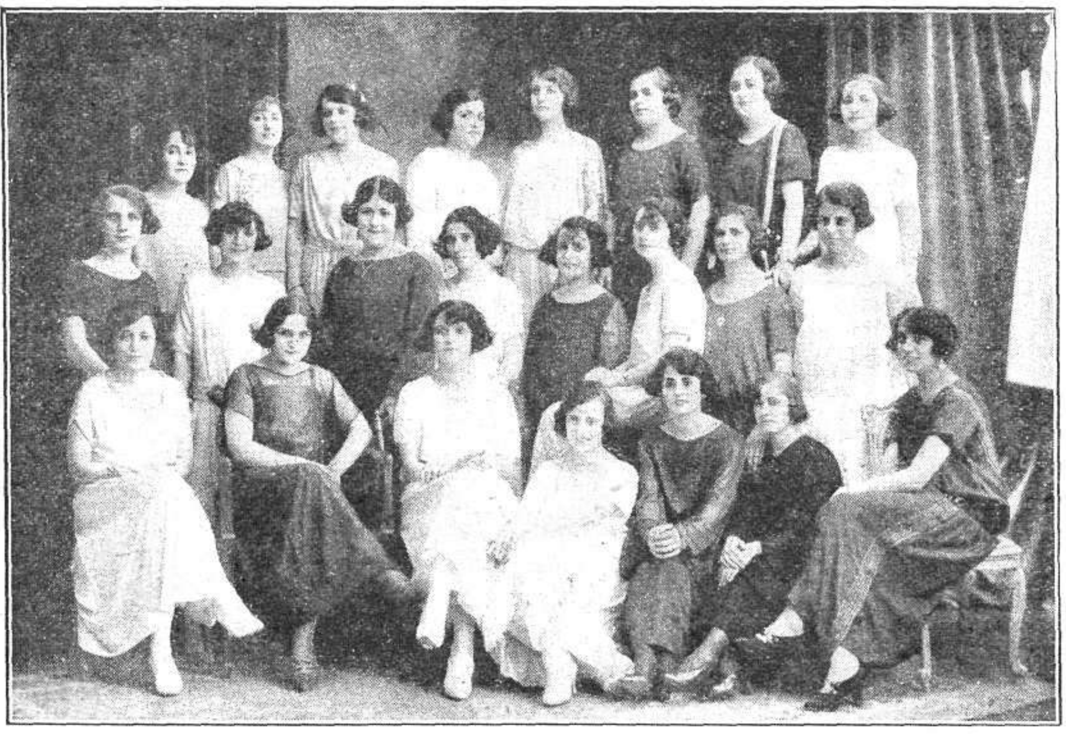
—¿De dónde venía yo cuando tú me encontraste? —preguntó el niño a su madre.

—Estabas escondido en mi corazón, como un anhelo; amor mío, estabas con las muñecas de los juegos de mi infancia; y cuando cada mañana formaba yo la la imagen de mi Dios con barro, a ti te hacía y te dehacía; estabas en el altar con el Dios del hogar nuestro, y al adorarlo a Él, te adoraba a ti; estabas en todas mis esperanzas y en todos mis cariños; has vivido en mi vida y en la vida de mi madre.

Tú fuiste criado siglo tras siglo en el seno del espíritu inmortal que rige nuestra casa. Cuando mi corazón adolescente abría sus hojos, flotabas tú, igual que una fragancia, a su alrededor; tu tierna suavidad florecía luego en mi cuerpo joven como, antes de salir el sol, la luz en el Oriente. Primer amor del cielo, hermano de la luz del alba, bajaste al mundo en el río de la vida y al fin te detuviste en mi corazón... ¡Qué misterioso temor me sobrecoge al mirarte a ti, hijo mío, que siendo de todos te has hecho mío, y qué miedo de perderte! ¡Así bien apretado contra mi pecho! ¡Ay! ¿Qué poder mágico ha enredado el tesoro del mundo a estos mis débiles brazos?

RABINDRANATH TAGORE.

Maestras egresadas de la Escuela Normal Nº 9 Sarmiento



De izquierda a derecha. De pie: Señoritas Francisca González, Socorro Collazo, Amanda Marrir, Margarita Battaglia, Zulema Lugano, Teresa Fernández, Rosa Bozzano, Amelia Massiglia, Angélica Mazziotti, Amalia Capelli, Carolina Bejarano, Yolanda Mattia, Elena Cavadini, Josefina Marotta, M. Esther Dragone, M. Luisa Almanza. Sentadas: Señoritas Delia Brolis, Ernestina Izzo, Edelmira Cocciolone, Blanca Cánepa, Jesusa Gallegos, J. Virginia López y M. Esther Igartúa.



UNA CONVERSACION

con

Mrs. Carrie Chapman Catt

HACIA UNA PAZ DURADERA

La noble figura femenina que tenemos ante nosotros, esbelta a pesar de sus años, es de una extrema sencillez. En su hermoso rostro resplandece una bondad serena; su gesto es sobrio, su expresión es dulce, y todas sus maneras revelan no a la sufragista sino a la mujer del gran mundo.

Nos acoge sonriente. Junto a ella, su secretaria, la señorita Manus, trabaja activamente. Acompáñala también la señora Anita Trumbull de Van Lenneps, hija del célebre filántropo doctor David Trumbull, cuya memoria se venera en Chile. Encontramos a esta dama entregada a la costura. Advertimos el detalle femenino y nos regocijamos íntimamente. Se consigna para que se sirvan tenerlo en cuenta los detractores del feminismo.

Expuesto el objeto de nuestra visita, entramos en seguida en materia.

— ¿Cuáles son las reformas que usted cree de justicia?

— La igualdad de derechos para la mujer y el deseo de que con la intervención de ésta en la vida pública se haga una justicia absoluta, que ha de ejercer en todos los que se encuentren a su alrededor. Porque hay que hacer justicia no sólo para las mujeres y los niños, sino también para los que no pueden defenderse o que no se defienden.

— Mientras no se alcancen esos derechos, ¿qué cree usted que se podría hacer?

—Obligar al hombre a reflexionar más, a ponerse de acuerdo y a obrar en el sentido de una paz duradera.

— ¿No cree usted, señora, que todas las conferencias celebradas con ese propósito han sido un fracaso?

— Ninguna ha sido un fracaso propiamente dicho. Lo que se les puede reprochar es que los políticos y diplomáticos han tocado cuestiones de la postguerra atendiendo al interés de cada país representado y no del mundo entero.

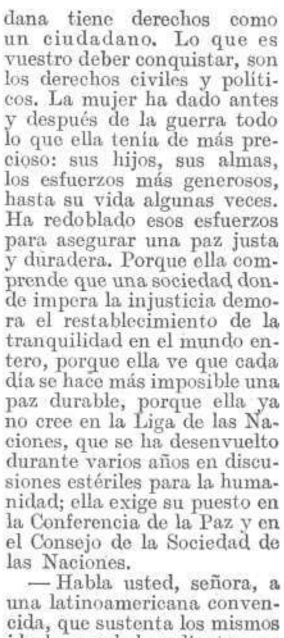
Mrs. Anita Trumbull de Van Lenneps.

— ¿Qué podría hacerse en los países latinos para llegar a la realización de ese ideal pacifista?

— Educar a los pueblos para la paz. Esa educación traería como consecuencia impedir que el partido que se encuentra en el poder haga nada impulsivamente. Creo — añadió con cierta melancolía — que hasta que las mujeres no hayan obtenido el derecho al voto, nunca habrá paz en el mundo. La mujer nunca querrá la guerra.

— Para intensificar la campaña a favor de las reivindicaciones femeninas, ¿qué piensa usted que podría hacerse en nuestro país?

— Agitar mucho el ambiente sobre cuestiones legales. Estoy enterada de que todo argentino es elector, aun cuando no sepa leer y escribir. El podrá serlo varias veces al año. ¿Pero la mujer? A ustedes se las denomina ciudadanas. ¿Ciudadanas de qué? Una ciudadana tiene derechos como un ciudadano. Lo que es vuestro deber conquistar, son los derechos civiles y políticos. La mujer ha dado antes y después de la guerra todo lo que ella tenía de más precioso: sus hijos, sus almas, los esfuerzos más generosos, hasta su vida algunas veces. Ha redoblado esos esfuerzos para asegurar una paz justa y duradera. Porque ella comprende que una sociedad donde impera la injusticia demora el restablecimiento de la tranquilidad en el mundo entero, porque ella ve que cada día se hace más imposible una paz durable, porque ella ya no cree en la Liga de las Naciones, que se ha desenvuelto durante varios años en discusiones estériles para la humanidad; ella exige su puesto en la Conferencia de la Paz y en el Consejo de la Sociedad de las Naciones.



— Habla usted, señora, a una latinoamericana convencida, que sustenta los mismos ideales y anhela ardientemente verlos realizados, pero, ¿cómo convencer a la mayoría de las mujeres que es necesario pensar en esas grandes cosas?

— Las mujeres de habla española tienen un gran modelo que presentar en la propaganda de estos ideales: me refiero a Concepción Arenal. Madre de cuatro hijos, esposa ejemplar, mujer de hogar, escritora, poetisa, jurisconsulta, humanista, cuyo corazón culminó con su inteligencia, es esa gran mujer el más alto exponente del feminismo hispanoamericano. Ya se adelantaría mucho en hacer conocer las hermosas ideas que en pro del mejoramiento intelectual, económico y político de la mujer ella predicó.

— Debería ser nuestro catecismo, ¿no es así?

— Sí, un catecismo que bien aprendido beneficiará más a esta parte del continente americano que el catecismo de la perseverancia en ser indiferentes en cuestiones de importancia que atañen a estos jóvenes países. Hay que formarse la firme resolución de mirar hacia el porvenir y reservar nuestras fuerzas para realizar una mejor organización del mundo, y para esa acción constructiva necesaria se deben abandonar tradiciones erróneas y prejuicios aplastadores.



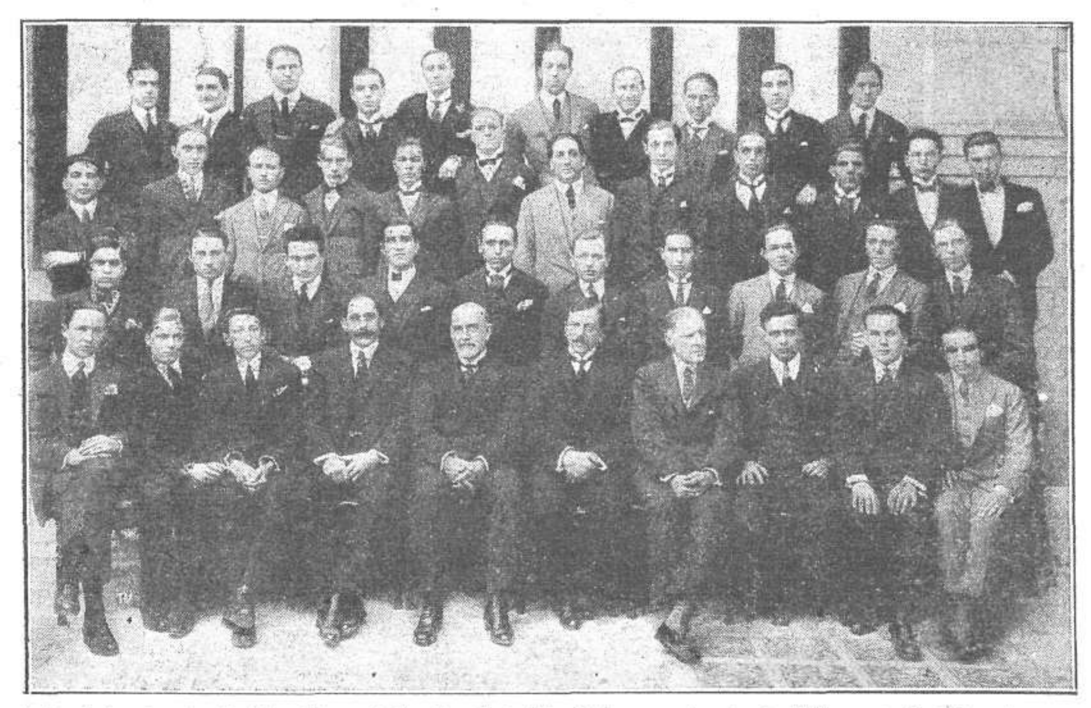
Miss Manus, secretaria.

La voz dulce de Mrs. Carrie Chapman Catt ya no se oía, pero nosotras, al influjo de su palabra comenzamos a soñar y... los sueños adquirieron vuelos y entrevimos una humanidad más buena y más feliz en que las cuestiones de interés humano eran examinadas y resueltas universalmente, y en la que el progreso operaba paralelamente en todos los países del orbe...

Un ruido de tijeras sacónos de nuestra abstracción; eran las de la señora Trumbull de Van Lenneps, que se habían caído al suelo y que ésta recogió con gracioso ademán. ¡Aquellas tijeras eran un símbolo!

A. D. C.

Colegio Nacional de Bue os Aires, 4.° división del 6.° año



De izquierda a derecha. Sentados: Señores B. González, A. Castillo, E. Aressano, vicerector J. Giuffra, rector T. Cullen, vicerrector J. Nielsen, profesor E. Carcedo, subjefe H. Ottonello, M. Soldano y E. Sananes. 1.ª fila: Señores J. Fernández, F. Barca, P. González, M. García Rubio, F. Fariolli, R. Gandini, C. Marín, F. Escardó, E. Brewer y G. Belleville. 2.ª fila: Señores N. Mesina, N. Mignone, L. Palco, A. Culoga, C. del Toral, G. Rillo, N. Tisone, V. Vallarino, B. di Jorio, L. Charosky y C. Petrillo. 3.ª fila: Señores A. Cusi, A. Schenone, N. Ricardo, E. Hadida, L. Abbene, R. Rodríguez, S. Zunino, A. Travi, J. Llusá y H. Sampedro.



Nuevas maestras



Maestras de la escuela Normal N.° 5, egresadas en 1922. — (De izquierda a derecha, arriba): Señoritas A. Vacca, M. Bogunovich, M. Perrotti, R. E. Marchetto, H. Carella, E. Gandolfi, J. Drovandi, L. Intrieri, A. Olschansky, A. Viviani, C. Celentano, M. L. Moglia, E. Smaldone, R. Bock, E. Mazzullo, A. Senory, D. Bengolea, M. Maresca, M. E. Duffau, J. Villarino, J. Crespo, E. Ferro (x), alumna premiada con medalla de oro, E. Lanzarotti, M. Mañey, A. Torterolo, M. Pochettino, M. E. Luro, H. Varela, L. González, M. Garibaldi.

La Más Fácil y Práctica Manera

de

Hermosearse el Cabello



INÚTIL pretensión será la de tener una hermosa cabellera si no se toman los cuidados tendientes a ese fin. Para ello es menester emplear un shampoo o lavado de cabeza que sea el verdaderamente adecuado, siendo precisamente en esto donde las mujeres de nuestros días fallan, pues con tratamientos equivocados bien pronto echan a perder lo que debe ser el magnífico marco que dé un mayor realce a un bello rostro.



Déjese que el stallax produzca bastante espuma, y luego frótese bien para que toda la caspa se separe.

Debe entrar en la mente de todo el mundo que no todas las clases de shampoes pueden servir para cualquier género de cabello: hay cabelleras que son demasiado resecas, otras que son todo lo contrario, unas son claras y otras obscuras, de lo que se deduce que lo conveniente es que cada cual prepare por si mismo su propio shampoo, en casa.



Al enjuagarse se notará con qué intensidad habrá quedado el pelo sedoso, suave y delicadamente perfumado.

Esto último fácilmente se consigue empleando una substancia básica, que, distintamente graduada, produzca un shampoo que, gracias a sus principios activos, efectúe un lavado completo y una limpieza total de la cabeza, al mismo tiempo que, por hallarse exento de agentes nocivos, no perjudique en lo más mínimo la fina contextura de las células capilares.



Una vez completamente limpio, el pelo al tocarlo producirá una agradable sensación de frescura, verdaderamente deliciosa.

Desde hace mucho tiempo se ha notado que el sencillo stallax granulado, que puede obtenerse en cualquier farmacia, constituye lo más indicado para la preparación de un perfecto lavado de cabeza, pues, a más de las condiciones exigidas, tiene la peculiar propiedad de hacer que el pelo se ponga muy sedoso y ondulado, haciendo que resalten todos los matices de su color natural.

De cómo debe prepararse el stallax.

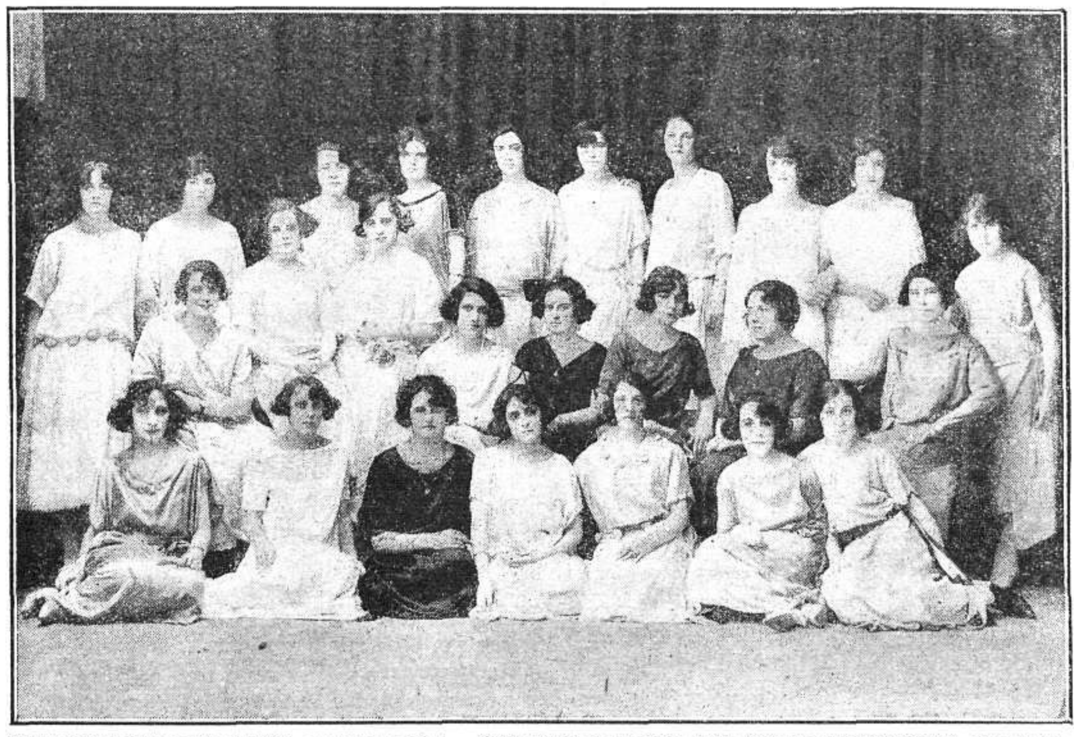
ECHESE una cucharada de stallax granulado en una taza de agua caliente, dejando que se disuelva por completo. La cantidad exacta de stallax necesaria para cada clase de pelo se halla fácilmente después de una o dos pruebas, pues en un artículo de esta índole no es posible dar reglas muy detalladas; baste sólo decir que de esta manera se obtiene un hermoso líquido delicadamente perfumado que

Se aplica al cabello con un paño, esponja o cepillo.

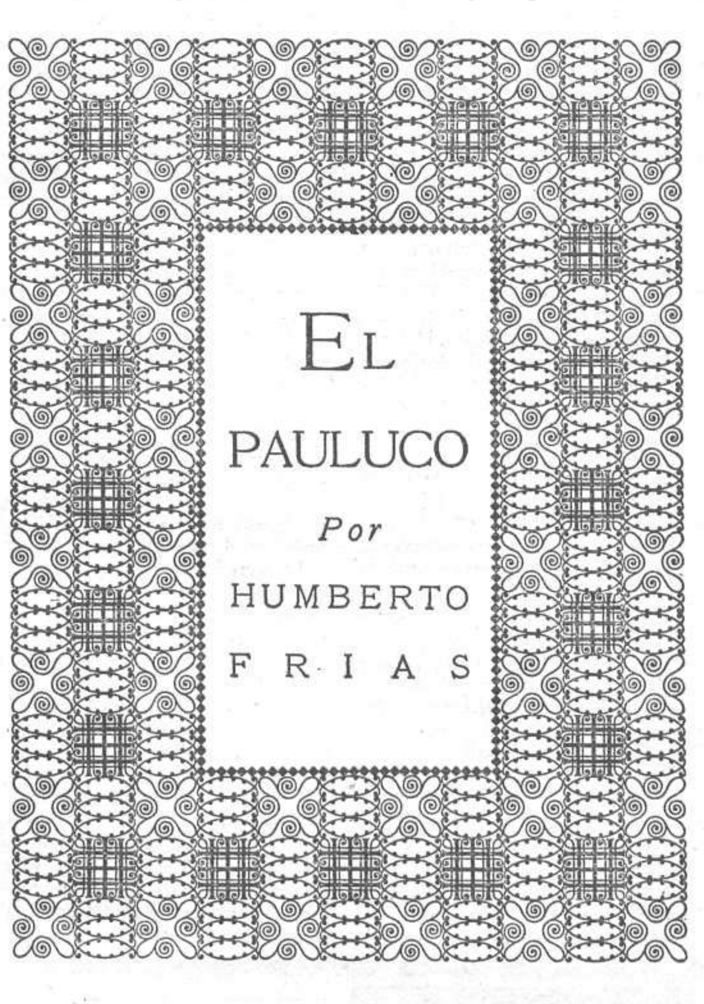
LUEGO debe frotarse bien con la punta de los dedos, produciéndose así una espuma blanca que deja al cabello libre de polvo, tierra, caspa, sudor, grasitud y demás substancias extrañas, tan nocivas para la salud y el aspecto del pelo. En seguida podrá secarse la cabeza con una toalla caliente, pues, usándose stallax, no es imprescindible enjuagarse el pelo, a pesar de lo cual, si se quiere, se puede hacer un enjuague con agua fría. Después de esta operación el cabello quedará bien separado y listo para ser peinado.

Al cabo de poco tiempo de estar siguiendo estas indicaciones se irán notando en forma positiva y progresiva los maravillosos efectos del racional procedimiento que acabamos de señalar, capaz de dar a toda mujer una cabellera tan espléndida como las que se admiran en las artistas del cine.

Nuevas maestras



Maestras de la Escuela Normal N.º 5, egresadas en 1922. — (De izquierda a derecha, arriba): Señoritas Ana Coleman (x), alumna premiada con medalla de oro, M. E. Sánchez, Nelly Coleman, E. Parelotto, A. Quiroga, W. García Monge, M. Lavier, O. Rovelli, M. L. Faustin, I. Craviotto, M. E. Belaza, R. Bock, E. Golán, M. Risso, M. Chaves, Z. Massaferro, B. del Valle, A. Laurenzano, E. Battaglia, A. Grassi, G. Ripari, G. Olmo, M. L. Ponce, M. Vigovelli.





TODOS los días, antes del alba, cuando aun no habían llamado a misa las campanas de San Pablo, y uno que otro gallo comenzaba a lanzar su canto sobre el pueblo, el Pauluco se levantaba de su *patjati*, se dirigía a la cocina — una de esas cocinas de pueblo negras de hollín, con su *keri* (fogón de barro), sus poyos de adobe, donde se amontonan las ollas y las cargas de *taquia* y sus madrigueras para conejos, — encendía el fuego y preparaba el desayuno; después se acurrucaba en un rincón, al lado del *keri* a *acullir* la coca. Las niñas eran madrugadoras, pero nunca lo habían ganado en la hora de levantarse, porque el Pauluco parecía no dormir.

Era un indio viejo ya, fuerte y resistente como el *kullu* que lo acompañaba en sus viajes. Nadie precisaba su edad. Doña Manuela, *la mama*, como la llamaban cariñosamente, a pesar de que podía ser su abuelo, no recordaba haberlo conocido más joven. En su niñez él había formado parte de sus juegos infantiles, haciéndole galopar sobre sus espaldas o cargándola para llevarla a la plaza o a casa de alguna vecina... Y así continuó, fiel a sus amos, hasta que fué jovencita y se casó. Siguió sirviendo a la familia, acompañando a las niñas Laura, Gertrudis y Manuelita, y haciendo de sirviente, de cocinero y de lavandero.

Las niñas lo querían como a un animal, como a un perro; tan manso, tan humilde era siempre con ellas.

De noche, cuando al toque de ánimas se recogían alrededor de la cama de doña Manuela, el Pauluco se iba a acurrucar en un rincon a *acullir*, tarea en la que le ayudaba *la mama*.

— Cuéntanos un cuento, Pauluco — decíale Manuelita.

— Ese del condenado en vida — señalaba Laura.

— O el del *anchancho* del campanario — agregaba Gertrudis.

El Pauluco dirigía la mirada a la señora, sonriendo, como pidiéndole su asentimiento.

— ¡Contale, pues! — le repetía la señora, y él comenzaba uno de esos cuentos de ánimas, de duendes, de *anchanchos*, de *supaikallus*, que ya les había repetido muchas veces, pero que la imaginación de las niñas encontraba siempre con encantos desconocidos, hasta que, atemorizadas y rendidas de sueño, se iban apretando alrededor de la madre y quedando dormidas una tras otra.

Solía sacrificar los *medios* y los *reales* que le regalaban para sus únicos vicios, la coca y la *llucta*, por comprarles alfeñiques o bolitas de dulce. De repente desaparecía sin decir nada, ni avisar adonde iba; pero no necesitaban averiguarlo; iba a su estancia, una estancia lejana, perdida en la inmensa altiplanicie. Allí debía tener sus deudos, aun cuando nunca hablaba de ellos. Su ausencia duraba uno, dos, tres meses, y de vuelta de su viaje, les traía la contribución del suelo, y volvía a sus quehaceres, contento de tener aquel rincón en la casa, aquel *patjati* de adobes duros, sobre el cual extendía unas caronas viejas y dos o tres cueros para dormir. Y así, como se marchaba sin decir nada, aparecía en la casa, se dirigía entonces a *la mama*, se hincaba y le abrazaba las rodillas, pidiéndole la bendición. Era en aquella familia como el fondo obscuro de un cuadro de Zubiaurre.

Las niñas crecían fuertes, coquetas, presumidas, lindas, y se encariñaron tanto con él que, a veces, como un valioso presente, le regalaban un gorro de vistosos colores, con grandes orejeras y rematado en el extremo por una borla, o un par de zapatos viejos con cuya suela se fabricaba *huiskus* (abarcas). Estaba hecho a las intemperies, su piel broncínea y rugosa y media pierna descubierta que semejaba a las raíces obscuras de una encina.

Las niñas deseaban conocer La Paz; allí tenían unos parientes que les pedían con insistencia una visita. No quedaba lejos la ciudad y ellas eran tan bonitas... Se fueron allá con doña Manuela, tomando el tren contentas, regocijadas. El Pauluco resolvió ir tras ellas: temía a la ciudad, pero no se resignaba a tenerlas tan lejos. No quiso viajar en el tren; sentía horror a la locomotora y la larga fila de coches que arrastraba, con sordos rugidos y lanzando humo y enormes resoplidos. Era un día de camino. Tomó su palo, y con el *ckepi* (atado) a la espalda y un puñado de coca y llucta envueltos en

un pañuelo rameado, que lo llevaba a la cintura, emprendió la marcha a pie.

Y en La Paz, en un rincón, sin salir nunca a la calle, se pasaba las horas y los días, mientras doña Manuela y sus hijas iban de paseo, a conocer Sopocachi — el barrio que en sus mentes ingenuas, allá a la distancia, lo veían maravilloso, fantástico, como una región soñada en «Las mil y una noches», — a la retreta de la Alameda, a los baños de Miraflores o de compras a las tiendas. ¡Oh, las tiendas! ¡Cómo las atraían con sus géneros vistosos, sus sedas, la atención de sus empleados y, sobre todo, sus vitrinas, donde se exhibían aquellos hermosos maniquíes! Y cuando regresaban, locas de alegría, encendidas por las impresiones que habían recibido, se dirigían al Pauluco y con voces entrecortadas le narraban lo que habían visto.

— ¡Pauluco! ¡Si hubieras visto qué pastas!...

— ¡Grandes como nosotros!...

— ¡Sólo hablar les faltaba!...

El indio las escuchaba asintiendo con la cabeza. Era mayor su alegría irse a sentar al lado de *la mama* y hablarle largamente de los únicos asuntos que siempre le preocupaban, asuntos sin importancia que constituían todo su mundo: las cosechas, las ovejas, la salud de la Natalia, los chismes de la Estelita o el estado del «Huáscar», el perro de la casa.

Así fué por muchos años, mientras Laura, Gertrudis y Manuelita crecían, desarrollaban sus formas y se hacían casaderas, y doña Manuela comenzaba a contemplar sus primeras canas sin desmedro de su rostro rozagante y lleno de vida. El Pauluco parecía tener petrificada la vida en sus venas.

— Pauluco, ¡tengo un hambre!... — le decía Laura, y el Pauluco le preparaba un buen plato.

— Pauluco, préndeme este alfiler — le pedía Gertrudis, y el indio, con sus manos sarmentosas, le prendía el alfiler tan bien como lo hubiera hecho una mujer.

— Pauluco, llévale esta carta al teniente — le suplicaba Manuelita en secreto, y el Pauluco se iba con la carta en busca del teniente, a encontrarlo a cualquier costa, para dársela en sus propias manos.

— ¿Lloverá, Pauluco? — le preguntaba doña Manuela. El Pauluco achicaba los ojos, examinaba fijamente el horizonte y, si había luna, decía:

— Ya han pasado las aguas, la luna está colorada; no va a llover.

Y sus vaticinios eran seguros, precisos, con la precisión de un cálculo barométrico; nunca se equivocaba.

Una vez soplaron vientos malos en aquel pueblo; las cosechas se secaron por falta de lluvias, cayó la helada y los víveres escasearon y subieron de precio.

Doña Manuela no era rica; tenía su casa de tres habitaciones y la tienda, alquilada para ayudarse en los gastos. El alquiler era escaso, las costuras no daban para comer — en aquel pueblo un vestido solía servir para dos y tres generaciones — y los comestibles encarecían cada vez más.

— Pauluco — le dijo un día, — no tenemos ni un centavo. Andá a la tienda de la esquina y prestate de doña Engracia sobre este aro.

Y el Pauluco se fué a cumplir el encargo. Momentos después regresaba contento; había escamoteado unos panes sin que lo viera la tendera.

Cuando se terminaron las cosas para empeñar, el Pauluco se fué a la estación, y allí hacía de *aparapita* (changador), y los centavos que ganaba por conducir bultos o se los entregaba a doña Manuela, en calidad de préstamo, aunque sin el propósito de recobrarlos nunca, o compraba con ellos cualquier cosa para las niñas.

Un día desapareció, precisamente cuando las nesidades de la familia crecían. Los hacendados enviaban todos sus productos a La Paz, porque allí cobraban mejores precios sacando anormes ganancias; en Vilca no había ni trigo, ni pan, ni azúcar.

— ¡Indio mal agradecido! — dijo doña Manuela, contándole su desaparición a una chola de la vecindad. — ¡Ni siquiera nos ha dicho una palabra!...

— Así son éstos — le respondió. Era una chola gorda, de belfos gruesos y ojos diminutos, perdidos en la abundancia de sus mejillas carnosas. — Indio y gato... animal ingrato.

— ¡Yo no más tengo la culpa por tratarlo tan bien! — continuó — ¡Y mis hijas que se desvivían por tenerlo contento!...

— No se fíe usted de esta gente. ¿Acaso no ha visto *usté pa lo que* se ha ido la Cipriquita? Y después que la trataba a cuerpo de rey...

La verdad era que, según las malas lenguas del pueblo, aquella chola avara y egoísta la mataba de hambre a la indiecita, entregada por sus padres, que no podían mantenerla, para que la sirviera; desesperada de su mal trato, se había fugado con un soldado de la comisaría.

Una semana después hizo su aparición el Pauluco, llevando una pesada carga a la espalda, apoyado en su inseparable *kullu*.

— ¡Pauluco! ¿Dónde te has metido? ¿Qué te ha pasado? — le decían las jóvenes entre mimos y halagos, ayudándole a descargar el fardo.

El indio, dócil, benigno, bondadoso, extendía ante los ojos asombrados papas, chuño, quinua y otros víveres que había traído de su estancia. Y con esa carga a la espalda había realizado un viaje de muchas leguas, sin temor a la intemperie ni a desfalle-



— ¿Cinco pesos por ayudarme a sacar el coche del barrizal? Es absurdo. Usted sólo empleará tres minutos.

— Sí: pero piense el agua que he tenido que acarrear para hacerlo.



— Necesito un despertador que despierte a la mucama, sin desvelar a los demás de la casa.

— Lo siento, señora; pero los que yo vendo despiertan a todas las personas excepto a los sirvientes.

cimientos de su cuerpo encorvado por los años, ni al camino pedregoso, ni a la creciente de los ríos, para que tuvieran comida y no padecieran de hambre.

Todo su mundo giraba entre el pueblo y la estancia, y en el pueblo todo su fin era aquella familia a la que acompañaba por tres generaciones.

— Tiene mucha vida este indio — solía decir doña Manuela. — Asimismo lo he conocido desde niña, y mis padres me decían igual cosa.

Y la mismo decían Laura, Gertrudis y Manuelita, y todas las personas que lo conocían, que eran todo el pueblo.

Una inocente pasión lo distraía de su fidelidad a aquella familia. Era en Navidad. Las vísperas de esta fiesta con todo celo se iba al río, sacaba arcilla blanca en abundancia y se la llevaba a casa; allí se dedicaba a amasar pequeñas esculturas, toritos, vaquitas, ovejitas, toscamente modelados, para adornar el Nacimiento de la iglesia, al cual concurrían con igual homenaje gran número de vecinos. Esta costumbre la observaba religiosamente. Sus modestas esculturas, secadas al sol, las trasladaba después al templo junto con pedazos de chiji (pasto) arrancado de las orillas de un arroyo cercano, y en la iglesia, en el sitio que le indicaba el sacristán, un indio, viejo como él y muy amigo suyo, sobre la enorme plataforma destinada para tal fin, ordenaba todo el rebaño.

A las once de la noche, después de dejar lista para el regreso la mesa, adornada con floreros rebosantes de rosas, claveles, pensamientos, margaritas, campeando en el centro la lámpara, algunas botellas de vino, la vajilla brillando en el albo mantel, las servilletas en abanico en el interior de las copas, y en el brasero cociéndose a fuego lento la suculenta picana, plato clásico de Navidad, toda la familia se dirigía a la iglesia, seguida del Pauluco y el «Huáscar». El Pauluco cargaba con el reclinatorio y las alfombrillas para las niñas.

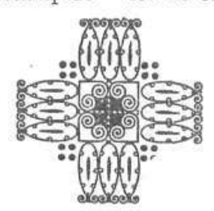
En el camino se les agregaba la tendera de enfrente, doña Ramona y don Gualberto, la Natalia, la Domitila y sus hijos, tres rapazuelos que iban con sonajas, *chulluchullos*, pitos, *pajarillos* y tamboriles, metiendo un ruido ensordecedor que se mezclaba a la música de los *sicuris* y al estampido de camaretas y cohetillos que venía de la plaza. En ésta, vagamente iluminada, circulaba una multitud confusa, en su mayoría indios venidos de las comarcas cercanas; las buñueleras y poncheras alineaban al borde de las aceras sus mesitas alumbradas por faroles y teas, sobre las que se acumulaban los platos y vasos, y al lado el brasero con su gran perol lleno de aceite hirviendo; ahí arrojaban la blanca masa de los buñuelos, que se esponjaba en forma de anillo, se doraba al contacto del hirviente líquido, y sacándolo con el extremo de una varilla, espolvoreado con azúcar lo vendían a los indios que se agitaban en derredor. Algunos completamente ebrios, por las muchas copas de ponche y duraznillo que tomaban, gesticulaban y lanzaban exclamaciones ininteligibles. Más allá bailaban las bandas de *sicuris* al son de sus *zampoñas*, *sicus*, *kenas* y tambores tocados sin descanso. La masa de la iglesia se levantaba sobre la plaza; por la puerta abierta de par en par salían raudales de luz; la gente llenaba el recinto. De lejos se destacaba la torre adornada con banderas e iluminada por sartas de farolillos; desde esa altura se lanzaban cohetes que brillaban en el aire breves instantes para extinguirse en una estela de chispas.

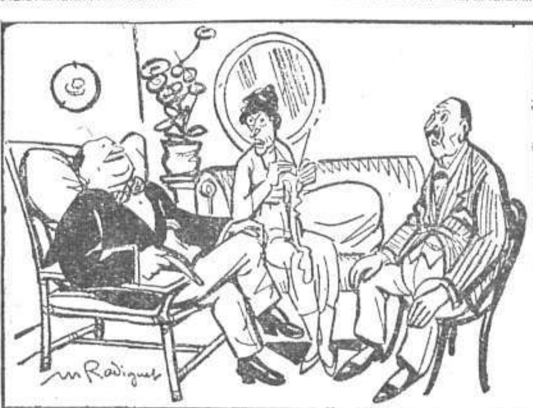
Algunos ancleros con sus provocativos gritos, atraían gente para despellejarla.

Por entre esa confusa masa atravesaron la plaza y penetraron en la iglesia. Buscaron con la vista un sitio despejado, y se colocaron al pie de uno de los pilares, frente al Nacimiento. Tules largos, bordados de avalorios cruzaban las naves en todo sentido, y ramas de árboles adornaban las paredes y las columnas; todas las lámparas y candelabros de la iglesia y las que prestaba la devoción de los vecinos acomodados, estaban encendidas.

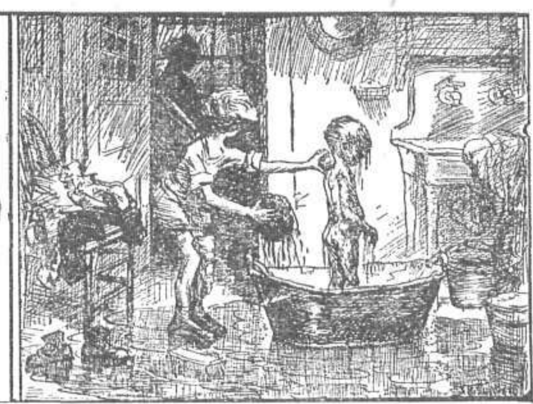
El Nacimiento se alzaba a un costado sobre la gran plataforma levantada y atestada de diminutas figuras; ahí estaban los tres reyes, los pastores de Belén, burros, perros, chanchos, caballos, elefantes... sobre pedazos de pasto auténtico, en el que habían remedado ríos y lagos con pedazos de espejos y cuevas y cascadas con piedras toscas. En el fondo, donde se alzaba la cabaña, estaban el Niño Dios, la Virgen y San José.

Las esculturas del Pauluco, gracias a su amistad con el sacristán, ocupaban sitio de preferencia entre todas las que se amontonaban en el retablo. Su paciencia había dejado deslizar rasgos artísticos en medio de lo tosco de las formas... Y ahí estaba él, callado, quieto, extático, contemplando embelesado el Nacimiento, el retablo, su obra, mientras la gente seguía llenando la iglesia que resultaba estrecha, deleitándose en el ruido que venía del coro, donde se había congregado una multitud de *llocallas*, toda la *gualaichada* de Vilca. Y era que los sones del órgano se confundían entre los silbidos, gritos, berreos y cacareos que fingían para hacer más gráfica aquella ceremonia eternamente poética.





— Si perdéis dos objetos: vuestra mujer y vuestra maleta... encontraréis, ciertamente... vuestra mujer.



La muchacha. — No consigo limpiarle, mamá. ¿Quieres que le deje enjabonado toda la noche?

De Avellaneda



El gobernador de la provincia, doctor Cantilo, en su visita a las fábricas de esta ciudad.

Los operarios de las fábricas saludando al doctor Cantilo al terminar la jira.

De Lomas de Zamora



Festival realizado por el "Club de señoritas de Lomas" en la Biblioteca del Maestro

LA ASTUCIA DE WEBSTER

Según lo refirió Abraham Lincoln, cuando Webster, el famoso estadista norteamericano, era aún niño e iba a la escuela, se le acusó cierto día de haber cometido una grave infracción al reglamento de la casa. Ello sirvió para que, establecida la falta, el maestro llamase a Webster para aplicarle el correctivo: unos buenos palmetazos, según se acostumbraba por entonces. El alumno sabía qué clase de castigo le aguardaba. Se miró las manos y advirtió que las tenía extraordinariamente sucias. Así, mientras que se dirigía al sitio en que estaba el preceptor se echó en las manos un poco de saliva y se las restregó contra el pantalón.

— ¡Extienda las manos! — le ordenó el severo guardián de la disciplina escolar.

Webster mostró la diestra, limpia sólo en parte. El maestro la observó un instante y dijo:

— Daniel: ¿no le da a usted vergüenza mostrar una mano así? Vea: si encuentra en todo el colegio otra tan sucia como ésta, le perdonaré.

Al punto avanzó el alumno su mano izquierda, extendida, diciendo:

— He aquí otra igualmente sucia, señor.

— Perfectamente — repuso el maestro, con gesto de visible contrariedad. — Mantengo mi palabra. Por esta vez queda usted perdonado. ¡Vaya a lavarse!



CARNAVAL

Festeje a MOMO llevando a su hogar la alegría que proporciona una buena música.

APROVECHE LAS OFERTAS EXTRAORDINARIAS DE LA

CASA "AMERICA"

N.º 4. — **PRECIOSA CONCERTOLA**, motor suizo de dos cuerdas reforzadas. Brazo acústico modelo 1923. Membrana Maestoso de Gran Concierto. Precio rebajado por pocos días, pesos

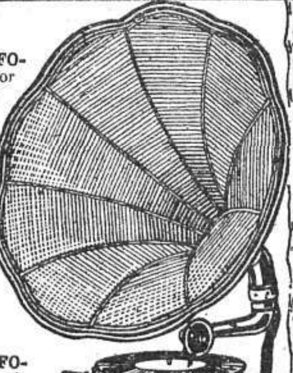
125

Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.

N.º 101. — **REGIO GRAFOFONO AMERICA**, motor suizo, sólido y silencioso, membrana doble, con goma aisladora. Nuestra *gran oferta extraordinaria*, con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, $ **49.50**

Otros modelos, desde

$ 35



N.º 451. — **BONITO GRAFOFONO** de corneta interna, máquina solidísima, con cuerda reforzada. Precio excepcional, con 6 piezas y 200 púas.............. $ **45.**

N.º 3017. — **GRAN GUITARRA AMERICA DE CONCIERTO**, en nogal extrafino. Tapa armónica con doble filete alrededor y adornos de mosaico en la boca y cabeza. Precio excepcional, con método para aprender sin maestro y embalaje gratis, pesos

20

Otros modelos, desde

$ 9.50



N.º 6012 **Gran Acordeon «AMERICA»**, de 8 bajos y 19 voces. Instrumento verdaderamente perfecto. Nuestra gran oferta especial, con método para aprender en pocos días y embalaje gratis, $ **21**

Otros modelos, desde **$ 15**

N.º 5613. — **RICO MANDOLIN**, modelo de Catania, con lindo escudo calado. Precio rebajado con método para aprender sin maestro y embalaje gratis, $ **24**

Otros modelos, desde **$ 11**

VIOLIN

modelo Stradivarius, construcción esmerada, voces melodiosas. Nuestro precio especial,

$ 35

con rico estuche, arco, pez y embalaje gratis.

OTROS MODELOS desde **$ 25**

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

SOLICITE CATALOGO

Av. DE MAYO, 979

NO CERRAMOS LOS SABADOS

NO TENEMOS SUCURSALES



ROMANCILLO DEL POETA QUE VOLVIO A SU ALDEA

Soldado que herido
vuelve de la guerra,
pobre, enfermo, triste,
él volvió a su aldea.
Pero, con gran suerte,
fué en la primavera.
Y ella lo esperaba;
pensando en su ausencia,
ella lo esperaba,
noviecita ingenua.
Y él sanó de gusto...
Sí, de sólo verla.
¡Ah, qué linda estaba
su aldea morena,
vestida de rosa
claro y de inocencia!

LA LAGARTIJA

Recién casi pisé una lagartija.
Me detuve a mirarla: ávida y quieta,
ojillos puros y mirada fija,
tomando sol estaba en una guija.
¡Oh, candorosa envidia de poeta
ante la bestezuela que veía
gustando con fruición honda y secreta
el sol, sublime pan de cada día!

HILARITAS

Come l'urto del pie nella danza,
necessitá, tu eri!

G. D'A.

La mañana es fresca
como la hoja del membrillo.

Ver, gustar, oír, oler, tocar,
¡oh, clara avidez de los cinco sentidos!

Tengo un contentamiento de pájaro,
puro, melodioso, cristalino.

Fuerte me siento, y tan ágil
como si tuviera pies caprinos.

¡Ah, danzar la danza más ligera,
para embriagarse de aire matutino!...

Cual en un vago anhelo de ser flautas,
suenan las cañas llenas de misterio antiguo.

La vida es simple, simple
como el gusto del agua, como el olor del lirio.



LUIS L. FRANCO



SUGESTION NOCTURNA





AQUELLA noche llovió con fuerza. El agua caía a chorros sobre la techumbre de la casucha, no ya con el tamborileo característico de la lluvia mansa, sino con el recio vigor de un torrente que se desploma. Oíase el ulular angustioso del viento. De vez en cuando, levantaba el cinc de algún techo, y después de voltearlo en el aire, como quien se divierte en un regocijado manteo, lo dejaba caer con estrépito sobre la piedra. Oíase bien distinto el bramido del río, que sonaba como nunca. Las viejas, según costumbre, estarían rezando a su santo predilecto. Y es en esos instantes cuando la bandada de los recuerdos se ensaña ahincadamente en los espíritus sentimentales. El paisaje, que no vemos, pero que oímos perfectamente, se adentra en el alma y nos sume en un letargo de ensueños y recuerdos...

La luz amarilla de la vela, que tiembla a ratos por la infiltración subrepticia de algún hilo de viento, colma la sugestión del momento.

No dormimos. Esas son noches que forzosamente deben dedicarse a la meditación de los tiempos pasados, de las alegrías y de las penas idas que sólo retornan en paisaje esfumado de nostalgia. La lluvia tiene hondas sugestiones, y sobre todo de noche. Ya lo expresó un alto poeta, refiriéndose a la llovizna gris y monótona que caía en la ciudad como en su corazón y que le producía una pena inexplicable. ¿Qué honda elegía no hubiera brotado de su corazón de estar en una casucha, de noche, mientras afuera cae el agua estrepitosamente y brama y silba el viento que a ratos se cuela en flébil hilo, mueve la llama amarilla de la vela y hace danzar las sombras en la pared?

Y es que sentimos el paisaje externo. El río, colmado, avanza sus borbollones sonoros, sombrío y rencoroso.

El alma de los árboles exhala misteriosas quejas que al rebotar en las piedras se extienden como un lamento inextingible en la inmensidad. La delicada belleza de los rosales rueda por tierra en un estrago de pétalos ambarinos, rojos y blancos. Nada es tan hondo y sugestivo como la voz misteriosa de la naturaleza que llora. Pensamos en la alegre bandada de los pájaros que a la tarde anterior nos deleitó el oído.

¿Dónde habrán hallado refugio los gentiles cantores? ¿Cuántos de ellos no habrán perecido por la furia vigorosa de la lluvia y del vendaval? ¿Qué será de aquel florón del cardo, tan airoso, que ayer no más se lucía?

Pensamos en la majada que vimos pasar por el prado bajo la guía protectora del pastor. Los blancos toisones serán, acaso, insuficientes para proteger a los píos animales, mansos y temblones. Habrá muerto, quizá, aquel corderito que era como un vellón y tan dulce y de tan bondadosa mirada que daba deseos de besarlo.

La tristeza del paisaje que trasmite a nuestro cerebro la voz que ulula, ha penetrado en nuestro corazón. Los recuerdos vienen, esfumados y nostálgicos, como una caravana gris... ¡Y qué hondo cavan en el alma las voces distantes evocadas por esta lluvia nocturna que se desespera y retuerce en la comarca serrana!

JOSÉ MUZILLI

De Luján



Picnic organizado por los señores Jaúregui y Cortines, al que concurrieron las más conocidas familias de esta localidad.

PASTEUR, ARTISTA

En la obra de Beraldi «Grabadores del Siglo XIX», figura un tal Luis Pasteur, artista litógrafo. «Se trata efectivamente, dice la «Tribuna de Ginebra», del célebre químico, cuyo primer centenario del nacimiento será conmemorado dentro de poco. En los primeros años de su juventud, tuvo Pasteur, como Goethe, que en la edad de los ensueños pintaba trágicos cielos y paisajes tormentosos, y como Víctor Hugo, que dibujaba viejos castillos románticos al margen de sus manuscritos, verdadera pasión por el arte del dibujo. A los trece años le hizo a la madre un retrato al pastel, que por la pureza del dibujo y la armonía de los colores, revela una aptitud prodigiosa. Pero cuando ingresó a la escuela normal, Pasteur abandonó los lápices. Se conservan de él unos veinte retratos y paisajes que fueron, por mucho tiempo después de su muerte, publicados en un álbum puesto al comercio. Sólo se hicieron 50 ejemplares. No cabe duda, dice el periódico citado, que si el destino no lo hubiese llevado por otros caminos de gloria, Pasteur habría llegado a ser alguien en el arte del dibujo.»

Profesoras en Ciencias egresadas de la Escuela Normal núm. 1 Presidente Roque Sáenz Peña.




Señorita Sara Chaves. — Señorita Margarita Cowan. — Señorita Georgina Duclout.





Señorita Sofia Arias Huergo. — Señorita Sylvia Argüello. — Señorita Margarita Errea.





Señorita Ana N. Nieto Arana. — Señorita María L. Roca. — Señorita Amelia Zunino.






Señorita Manuela Martínez. — Señorita Juana Merlo. — Señorita Elvira Luder.






Señorita Josefina Moirano. — Señorita Emilia Cerruti. — Señorita Josefina Latienda.





Señorita Josefina Dagna Cherqui. — Señorita Cecilia Abello. — Señorita María J. Ibáñez.



Serían las doce de la mañana.

— Señor: la criada del señor Zveriuguin pregunta por usted — me dijo la criada.

Vasilisk Nicolayevich Zveriuguin y yo éramos muy amigos; pero en este estúpido Petrogrado no es nada raro el caso de que los mejores amigos se pasen sin verse años enteros.

Hacía mucho tiempo que yo no veía a Zveriuguin, y la visita de su criada me sorprendió.

Salí al recibidor, donde la sirvienta me esperaba, y le pregunté:

— ¿Qué hay, muchacha? ¿Cómo está el señorito?

— Bien, gracias — contestó.

Era una linda joven de magníficos ojos negros.

— Me alegro; la salud es lo principal.

— Sí, señor; la salud es lo principal.

— Sin salud la vida es un martirio — apotegmizó mi criada.

— ¿Qué duda cabe? — repuso la de Zveriuguin. — Entre un hombre sano y un hombre enfermo hay una diferencia grandísima.

— ¡Enorme!

Cuando hubimos dejado bien sentadas las innumerables ventajas de la salud sobre la enfermedad, me permití preguntarle a la criada de mi amigo:

— ¿Y qué se le ofrece al señorito?

— Me ha dado esta carta para usted y me ha dicho que espere contestación.

Rompí el sobre y leí, no sin asombro, las líneas siguientes:

«Querido Arkady: Perdona mi largo silencio. Recuerdo que la última vez que nos vimos — hace cerca de un año y, si no estoy trascordado, en el teatro — me pediste prestados cien rublos, pues era sábado y no podías retirar dinero del Banco hasta el lunes. Desgraciadamente, no me fué posible complacerte; pero ahora, si sigues necesitando los cien rublos, tendré mucho gusto en serte útil. Mi bolsa está a tu disposición. Contéstame y no tengas inconveniente en hacerlo con extensión: la criada esperará.

Recibe un cordial apretón de manos de tu buen amigo

TON VASILISK.»

— Esta carta — pensé — o ha sido escrita en un estado de embriaguez digno de un cochero, o es un síntoma de parálisis general progresiva.

Sin embargo, le escribí a Ton unas líneas muy cariñosas, dándole las gracias por aquella inesperada muestra de afecto.

Al entregarle la contestación a la criada, inquirí:

— ¿Viven ustedes aún en la calle de X?

— ¡Ca, no, señor! Nos mudamos, hace tres meses, a la isla Vasiliev.

— ¡Qué atrocidad! ¡Menudo viaje de ida y vuelta supone para usted este recadito!

— Pues aun he de ir a casa de otros dos señores con otras dos cartas.

II

Dos días después, a cosa de la una de la tarde, mi criada me anunció de nuevo a la de Zveriuguin.

— ¿Otra vez? ¿Qué quiere?

— Trae otra carta.

— Que pase.

La gentil sirvienta entró en mi despacho.

— ¡Hola, bonita! ¿Cómo está su amo?

— Bien, gracias, señorito.

— Me trae usted una carta, ¿eh?

— Sí, señor. Tómela.

He aquí lo que me escribía mi amigo:

«Querido Arkady: Celebro tanto que no tengas apuros económicos. La última vez que estuviste

en casa te dejaste olvidados sobre mi escritorio unos periódicos y el prospecto de un almacén de muebles. Te los guardo. Si los necesitas, dímelo y te los mandaré.

¿Cómo te va? Escríbeme largo y tendido; tu estilo admirable me encanta. Un abrazo. Muy tuyo

VASILISK.»

Yo cogí la pluma y le contesté:

«Querido Vasilisk: Hará unos tres años me preguntaste una noche, en el restaurante *Aux gourmets*, qué hora era. Desgraciadamente, mi reloj estaba a la sazón descompuesto, y no me fué posible responder a tu pregunta. Pero ahora mi reloj marcha perfectamente y puedo decirte que es la una y cuarto de la tarde. En cuanto a los periódicos que me dejé olvidados en tu casa, he de confesarte que el verme privado de ellos me sume en la más negra desesperación; pero te los regalo, en prenda de amistad, lo mismo que el prospecto del almacén de muebles. Recréate en su lectura: el estilo del mueblista anunciante no tiene nada que envidiarle al mío. Un cordial abrazo,

ARKADY.»

Al entregarle a la gentil sirvienta esta carta le pregunté:

— ¿Tampoco es hoy éste el único recado?

— ¡Ojalá, señorito! Aun he de ir a casa de un señor que vive al final de la avenida Nevsky, a casa de otro que vive junto a la Facultad de Medicina, a casa de otro que vive en la calle de Peterhov...

— ¿En la calle de Peterhov? ¿El señor Broydes quizá?

— ¡El señor Broydes, sí, señor!

— Entonces no vaya usted; dentro de un rato vendrá a verme ese caballero. Si quiere usted, le entregaré yo la carta.

— ¡Lo que se lo agradezco, señorito! Me ahorra usted un viaje de hora y media.

III

No tardó en llegar Broydes.

— Toma una carta de Zveriuguin — le dije.

Se encogió de hombros y arqueó las cejas.

— Yo creo que se ha vuelto loco.

— ¿Por qué?

— De repente se ha transformado en un hombre meticuloso, delicado, atento. No hace más que escribirme cartas. Si yo fuera su criada, ya me habría declarado en huelga.

— ¡Ah! ¿A ti también te escribe?

— ¡Cómo! ¿Tú también recibes cartas suyas?

— En cuatro días me ha escrito dos.

Broydes volvió a encogerse de hombros.

— ¡Chico, esto es alarmante! Anteayer me escribió preguntándome dónde está la Administración general de Contribuciones. ¡Ya ves! Podía haberlo buscado en una lista de teléfonos o habérselo preguntado a un guardia. Ayer me envió un rublo ochenta copecks, acompañados de una carta en que me recordaba que el verano pasado dimos una tarde un paseo en coche por el campo y pagué yo. Como el gasto ascendía a tres rublos sesenta copeks, me enviaba su parte. Yo empiezo a dudar seriamente del estado normal de sus facultades mentales.

La nueva carta a Broydes decía así:

«Querido Danila: Me prestarás un gran servicio enviándome las señas de Arkady Averchenko. Se me han olvidado y me urge en extremo visitarle... ¿Cómo te va? Escríbeme largo y tendido. La criada esperará. Tu estilo admirable me encanta.»

Nos miramos atónitos.

— Esto es muy extraño; esto es inquietante, amigo Danila. Me escribe hace dos días; le contesto; vuelve hoy a escribirme, y «por el mismo correo» te escribe a ti preguntándote mis señas. O está gravemente trastornado o nos encontramos ante un tenebroso y siniestro misterio.

Broydes repuso, levantándose:

— Tienes razón. Vamos en seguida a su casa. Pide, por teléfono, un automóvil, pues vive a cien leguas de aquí.

IV

— ¡Avisaremos a la policía! — grité yo cuando llevábamos ya un cuarto de hora llamando a la puerta, sin que nadie diera en el piso señales de vida.

Esta amenaza fué eficaz. La puerta se entreabrió, y Zveriuguin, con los cabellos en desorden, dejó ver a medias su rostro. Sus ojos se clavaron, medrosos, en nosotros; pero al punto su expresión desasosegada desapareció.

— ¡Ah, sois vosotros, vosotros solos!

— ¡Claro! ¿Con quién querías que viniésemos?

— Creía que mi criada, viendo que no abría, había llamado al portero.

— ¿Y le tienes miedo al portero?

— Al portero, no; a la criada. Entrad, entrad... No, no paséis a mi cuarto; pasad al comedor. La entrada en mi cuarto está prohibida.

— ¿Por qué?

— Hay una señora...

Broydes y yo cambiamos una mirada significativa.

— Ya está aclarado el tenebroso, el siniestro misterio — me dijo Broydes por lo bajo.—¡Ah, infame! Obliga a su pobre criada a recorrer toda la ciudad mientras él recibe a una amante, rival de la infeliz muchacha.

— ¡No tienes corazón! — profirió Broydes, dirigiéndose a Zveriuguin.—No contento con engañar a tu criada, la haces despearse llevando cartas. Con encerrarla en la cocina cuando viene la otra estaba todo arreglado.

— ¿Estás loco? Es tan celosa, que a la menor sospecha convertiría la cocina y toda la casa en un montón de ruinas.

— Oye, Vasilisk — pregunté yo, — ¿y no tienes otros amigos a quienes escribirles cartas?

— Sí, muchos; pero unos viven demasiado cerca y otros ya no me sirven.

— ¿Cómo que no te sirven?

— ¡Los he gastado, chico! No me queda ya nada que decirles, nada que preguntarles, nada que enviarles. No podéis formaros idea de lo escrupuloso que me he vuelto: en dos o tres semanas les he enviado a mis amigos todos los libros que me habían prestado; he contestado a cuantas cartas he recibido en tres años; he pagado, hasta el último copeck, todas mis deudas. Agotados ya todos los pretextos, mando a la criada a casa de personas que no han estado nunca enfermas a preguntar cómo siguen. No se me ocurre ya ningún recado nuevo. Es preciso que me deis un consejo. Se trata de que mi criada se pase diariamente tres horas seguidas fuera de casa, ¿comprendéis?

Cogí un libro que había sobre la chimenea.

— ¿Qué libro es éste? ¿El tercer tomo de las obras de Maupassant? Bueno. Envíamelo mañana a casa. Lo necesito. Una hora después se lo devolveré a la portadora. Pasado mañana vuelves a envíarmelo, y lo tendré otra hora en mi poder. Y así todos los días.

— ¡Magnífico! Katia apenas sabe leer y está completamente *in albis* en asuntos de literatura. Le diré que la hora consabida la inviertes en corregir pruebas.

Todos los días la pobre Katia me llevaba el tercer volumen de las obras de Maupassant.

— ¿Hace buen día? — le preguntaba yo.

— Magnífico, señorito. Un sol espléndido, ni pizca de aire.

— Me alegro. No me gustan los días ventosos. ¡Oh, son terribles!

— Sí, son terribles — aseveraba mi sociable criada.—Los días de calma son los mejores.

Yo cogía el tercer volumen de las obras de Maupassant y me encerraba con él en mi despacho, donde me entregaba a la lectura de la prensa o a la de mi correspondencia.

Una hora después tornaba a la cocina y le devolvía el libro a la criada de Zveriuguin.

— Ya he concluído. Dele usted las gracias, de mi parte, al señorito, y dígale que no deje de mandarme mañana el tomo.

— Bueno, señorito; descuide usted.

Durante tres semanas recibí diariamente la visita de Maupassant. Los primeros cuatro días de la cuarta semana la criada de mi amigo no apareció por casa. La quinta semana sólo me llevó el libro dos veces. Luego transcurrió mes y medio sin que ni Maupassant ni Katia honrasen mi hogar con su presencia. Yo me había habituado hasta tal punto a sus visitas que los echaba de menos.

Por fin, un día, cuando yo empezaba a olvidarla, Katia se presentó muy contenta, me dejó el libro y me dijo que otro día volvería por él. Aun estoy esperándola.



LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

Manual de Embriología, por *Juan Pou.* — La embriología es una ciencia de atractivo irresistible, como que trata de los orígenes y desarrollo de las primeras etapas de la vida; y esa sóla circunstancia bastaría para que este libro fuese recibido con aplauso, si no fuese también que tiene las condiciones que en su carta al autor señala el profesor Pedro Belou: «Estimo que *su recopilación ha de prestar mucha utilidad* a los estudiantes, y si bien es cierto que el autor, joven y reciente ex alumno de la Escuela, no puede auspiciar su trabajo con títulos especiales de colaboración científica en ese orden de investigaciones, tiene ya en su haber honrosa foja de servicios prestados a la cátedra, varios años de dedicación a estudios anatómicos realizados a mi lado, así como demostrado sus especiales aptitudes para este género de trabajos de recopilación, y dotes personales muy estimables de interpretación gráfica.»

La Cadena, por *Mario Gorostarzu.* — Quien rompió el eslabón de la cadena, causando su propia ruina y la desgracia de muchas otras personas, fué Luisa, mujer a la par frívola y mala, concluída de pervertir por la vida mundana a que se lanza después de obtenido su divorcio absoluto de Arturo, divorcio que viene a ser, en realidad, la causa verdadera de tanta tragedia. No es forzoso que todos los hombres buenos como Arturo Sánchez Wied se casen con mujeres frívolas y malas como Luisa, ni que todos los divorcios absolutos, aquellos que se obtienen en Montevideo, tengan consecuencias tan desastrosas como el de Arturo y Luisa; pero en la novela del señor Gorostarzu los hechos se desarrollan en tal forma que llega a parecer propiamente fatal que los unos engendren a los otros. Ese es, por lo demás, el arte del novelista: dar a las creaciones de su fantasía los caracteres de lo real o, por lo menos, de lo verosímil. Hay momentos en que, leyendo *La Cadena*, se llega a pensar que el autor abusa un poco de su libertad, tal es la acumulación de desastres que ocasiona un casamiento *mal assorti*, como hay tantos; pero luego el lector reflexiona que se trata de Luisa, mujer de destino excepcionalmente trágico, tanto que llega a parecer un símbolo mitológico, y reconoce que, partiendo de ese punto, puede el autor hacerla causa de más y mayores desastres todavía. Las mujeres que se llaman *fatales* son así: a donde quiera que van llevan la inquietud y el dolor; pero en el caso de *La Cadena*, la mujer fatal concluye por ser ella también víctima de su *fatalidad*, y en forma que sale de la mitología para caer en la más triste de las realidades. Como *pendant* a Luisa, el autor nos presenta a Fanny, buena, abnegada hasta sacrificar su amor a la tranquilidad de la hija del hombre que ama, infatigable en el servicio de los demás, y que concluye por comprender que lo esencial en la vida no es el amor, sino el deber, máxima en que parece encerrarse la moraleja de *La Cadena*. Muchos otros personajes hay en la novela del señor Gorostarzu, y todos ellos están bien trazados y contribuyen al interés con que se sigue hasta el fin la lectura de esta novela, que si no revela todavía en el autor cualidades extraordinarias de novelista, deja ver con meridiana claridad que posee las suficientes para hacerse leer con creciente agrado, sin que el lector se pierda entre tantos personajes ni encuentre artificio en tanta acción. Y esas cualidades de novelista que el autor de *La Cadena* posee son de aquellas que mejoran, de suerte que no hemos de tardar en leer otra novela suya en que las veamos considerablemente mejoradas.

Mil novecientos veintidós, por *Fernández Moreno.* — Siempre los poetas (sin calificativo) han sido inclinados a divertirse un poco con sus lectores, y lo mismo puede decirse también de los artistas (sin calificativo) en general. No hace mucho se publicó en París una serie de composiciones poéticas de Mallarmé, que no eran sino direcciones de cartas puestas en verso: el gran poeta se divertía así y divertía a sus amigos. Del caso nos hemos acordado leyendo este libro de Fernández Moreno, en el cual hay algunas composiciones que harían buena pareja con las direcciones en verso de Mallarmé. No es necesario copiarlas; pero tampoco es menester irritarse con el autor, cuyo propósito está a la vista. Lo que nos inquieta más en este libro de Fernández Moreno es cierto brote, como quien dice, de mal gusto, en el final de *Interior*, por ejemplo. Por ese camino se puede ir tan lejos que la poesía se canse y no siga al poeta. Mas de todo ello son compensación sobrada otras composiciones, como *A dos caballos blancos y ciegos*, por ejemplo, en que de nuevo encontramos al inspirado poeta de nuestras aficiones, que son también las de sus numerosos admiradores.

Semiología de las glándulas de Secreción interna. — Contiene este volumen la versión taquigráfica de las conferencias del doctor Pedro J. Hardoy, profesor suplente de semiología en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, versión tomada por el alumno Aurelio Berro García. No cabe dudar de que este libro ha de ser de grandísima utilidad para los estudiantes, y aun para los doctores, tanto más cuanto el estilo se distingue por su claridad y sencillez.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

Psicología, por Amadeo Jacques. Ed. «La Cultura Argentina». Buenos Aires.

Historias Cortas (peregrinando por la América), por César Augusto Vélarde. Buenos Aires.

Bibliófilos Argentinos, tomo segundo, por Juan Roldán. Ed. «Librería la Facultad». Buenos Aires.

Europa sin paz, por Francesco Nitti, versión castellana de Manuel Mateo Campos. Ed. «Internacional». Berlín-Buenos Aires.

Albert Ballin, por Bernhard Huldermann, traducido al castellano por Francisco Villanueva y López de Uralde. Ed. «Internacional». Berlín-Buenos Aires.

¿A dónde va Francia? ¿A dónde va Europa?, por Joseph Caillcaux, versión castellana de Javier Bueno. Ed. «Internacional». Berlín-Buenos Aires.

Historia de la conflagración mundial 1914-1918, por el distinguido miembro del directorio del archivo imperial, el ex comandante Erich Otto Volkmann, volumen traducido al castellano por Amadeo Maurel Miró. Ed. «Internacional». Berlín-Buenos Aires.

Las que no saben amar, novela inédita original del periodista Florencio E. Alvo. Ed. «Lecturas Selectas». Buenos Aires.

FOLLETOS:

El litoral de Bolivia ante Chile y Perú, por Vicente Mendoza López. Ed. «Imprenta Velarde». La Paz. Bolivia.

Función del estado frente al escolar débil. Trabajo presentado al III Congreso Americano del Niño, verificado en Río de Janeiro recientemente, por el profesor Alejandro Calzada, de la Asociación de Maestros de la Provincia de Buenos Aires. Ed. «Ousinde» Buenos Aires.

REVISTAS:

El Comercio. Número de septiembre. Nueva York.

El Cuento del Niño. Núm. de diciembre. Rosario (Santa Fe).

El Ateneo de Honduras. Año IV, número 41. Tegucigalpa (Honduras).

El Zoófilo Argentino. Año XVIII, número 116. Buenos Aires.

Impuesto Unico. Año II, número 14. Buenos Aires.

Hero. Año XIV, número 10. República de Cuba.

Motociclismo, número aniversario. Año X, número 118. Buenos Aires.

La Gaceta de Matanza. Año III, número 62. Ramos Mejía.

Hebe. Año 1, número 11. Mercedes (Buenos Aires).

Anales Gráficos. Año XIII, números 11 y 12. Buenos Aires.

Nosotros. Año XVI, número 163. Buenos Aires.

Boletín Liga Empleados Civiles Nacionales. Año I. N.º 4. Buenos Aires.

Israel. Año VI. N.º 334. Buenos Aires.

Nuestra Revista. Año VI. N.º 31. Buenos Aires.

Mediterránea. Año I. N.º 1. Córdoba.

Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Año I. Tomo I. N.º 1. Buenos Aires.

Revista de Filosofía. Año IX. N.º 1. Buenos Aires.

Lecturas Selectas. Año I. Volumen VII. Buenos Aires.

Enlaces



Señorita Clara A. Ponce con el señor Maximino Sanz. — Villa Saboya.



Señorita Lucia Alladio con el señor José F. Pera. — Rosario.



Señorita Catalina Schriener con el señor Juan Dahir. — General Pico.

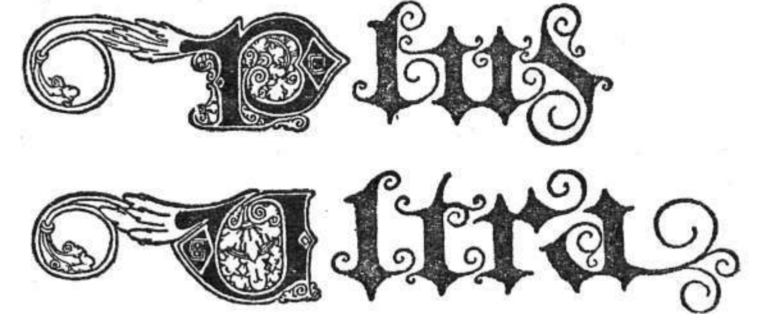


Señorita Ana Elvira Ramb con el señor Miguel Scaraña. — Santa Fe.



Señorita Emilia Richetti con el señor Ernesto Guido. — Capital.

Apareció el número de



correspondiente a enero

reuniendo notables firmas literarias y artísticas en su exquisito

SUMARIO

"Nocturno de las cuatro soledades", por **Leopoldo Lugones**, ilustración de **López Naguil**. "Una vez que vino"..., por **Santiago Maciel**, ilustración de **Besares**. "Cuestiones pigmentarias", por **Eduardo Zamacois**, ilustración de **Alvarez**. "Poemas", por **Arturo Capdevila**, ilustración de **López Naguil**. "La casa colonial de don Antonio Barreto", por el **Vizconde de Lascano Tegui**, fotos de **Vargas Machuca**. "El desierto", por **Juan Rómulo Fernández**, ilustración de **López Naguil**. "Las diez", por **Enrique Banchs**, ilustración de **Alvarez**. "A través del Poema del Cid", por **José M. Salaverría**. "Jesús Corredoyra de Castro", por **Arturo Lagorio**. "La iglesia de Yaví", por **José Jacobucci**. "Manuel Castro López". "Los obeliscos de Roma", por **Rafael Símboli**. "Kermesse de beneficencia en el Club Alemán".

Reproducciones a cuatro colores: "La Giralda", óleo de **Bécquer**. "Señora Angelina Gorroissen", óleo de **Sigall**. "Retrato de señora", óleo de **Julio Romero de Torres**. Bicromía: "Señorita Rosa de Urquiza", por **Witcomb**. Artísticas fotos en bicromía y en tintas de doble tono.

En su próximo número Plvs Vltra publicará

La casa solariega de los Alvear,

interesante y artística nota histórica que constituye una verdadera primicia.

LEYENDAS

DE ORIENTE

ZARKAHU IL-IAMAMAH

Entre les mujeres célebres de la Arabia pre-islámica, Zarkahu il-Iamamah (la Azul) fué una de las más conocidas de su época. Se la llamaba así porque tenía los ojos azules, cosa rara entre las mujeres del desierto. El Imamah es una región de Arabia situada entre Hedjaz y el Yemen.

La mirada de Zarkah era proverbial por su fuerza y su penetración.

He aquí la leyenda que consagró su fama:

Había antes del Islam dos tribus árabes, hermanas de origen, que vivían en el Imamah: la tribu de los Tasmidas, cuyo origen se remontaba hasta Sem, hijo de Noé, y la de los Dgedicitas, descendientes de Azhar.

Las dos tribus eran grandes y poderosas. Imlyk, jefe de los Tasmidas, hombre maldito de los cielos, llegó un día a ser rey de esta región; se abandonó a todos los excesos y ejerció su poder odioso de la manera más despótica y criminal.

Un día fué a quejarse a Imlyk una mujer llamada Hozeilah, que habiendo sido repudiada por su esposo Kabis, pretendía llevarse consigo al niño que con ella había tenido.

— Príncipe — le dijo, — yo he llevado a ese niño nueve meses en mis entrañas; no tengo a nadie más en el mundo. Lo he amamantado dos años; y ahora, cuando sus articulaciones comienzan a ser sólidas y firmes, ahora que se aproxima el momento de apartarlo del seno maternal, ese hombre me lo quita brutalmente, dejándome los ojos quemados con las lágrimas amargas y con el corazón destrozado.

— ¿Que dices en tu descargo? — preguntó Imlyk al marido.

— He aquí lo que tengo que responder: esta mujer ha recibido de mí una dote nupcial completa, y no me ha dado, en cambio, sino este niño débil, enfermizo, con escasas perspectivas de vida.

Entonces, como sentencia, Imlyk tomó al niño y lo puso provisoriamente al cuidado de unos muchachos de su servidumbre. Luego le dijo a Hozeilah:

— Ahora, a este hombre que fué tu marido, y que se queja de no haber tenido de ti más que un débil niño, dale otro hijo, pero sin volver a unirte con él; págale de esta manera excéntrica tu deuda.

— El matrimonio, — objetó Hozeilah con indignación, — sólo debe consentirse si media una dote nupcial; y la unión que tú me aconsejas es una infamia que yo no puedo aceptar.

Entonces Imlyk, ante esta respuesta altiva y digna, ordenó que se vendiera el hombre y la mujer, y se entregara al marido la quinta parte del precio de venta de la mujer, y a ésta la décima parte del precio de venta del marido.

Hozeilah, en el colmo de la indignación, improvisó versos ultrajantes contra Imlyk, quien, encolerizado, decretó que toda mujer de la tribu de los Dgedicitas que se casara no podría pertenecer al esposo antes de haberse entregado al rey.

Mucho tiempo la tribu de Hozeilah tuvo que sufrir esta ley ignominiosa, hasta el día en que se casó Ofayra-el-Chemus, hermana de Asuad, personaje poderoso entre los Dgadis.

El día de su casamiento fué conducida a la morada de Imlyk, y trató de resistirle empeñosamente, aunque en vano.

Cuando salía, una multitud inmensa la acompañó, y entonces, con voz temblorosa, crispada de desesperación y cólera, ella arrojó al rostro de su tribu los siguientes versos:

« No, no hay nada más vil que la tribu de Dgadis. Esa tribu que deja ultrajar así a sus hijas y a sus esposas. »

« ¡Oh, la muerte, la muerte es mil veces más preferible que dejar que se proceda de este modo infame con la mujer que se ha elegido por esposa. »

« ¿Cómo es posible que soportéis un trato semejante a vuestras hijas? »

« ¡Y sois hombres, numerosos como las hormigas! »

« ¡Oh, si fuéramos hombres y vosotros fuerais mujeres, no os dejaríamos cubrir de tanta ignominia! »

« Morid, pues, como hombres de honor, o matad a vuestros enemigos. »

« O bien huid de estas regiones y escondeos en el fondo del desierto, para morir allí de vergüenza y de hambre. »

« Oh, la muerte es más bella que vivir con vosotros, pues morir es mejor que vivir deshonrada. »

« Sí. Después de un tan grande ultraje, ¿la cólera no os estremece el corazón? Convertíos más bien en mujeres y pasad vuestro tiempo en pintaros los ojos con el khol. »

« Id a haceros perfumar como doncellas, pues no estáis hechos para vestir como hombres sino para usar vestidos de mujer y lavar la ropa. »

Por el
Emir Emín Arslán

«Lejos de aquí, lejos del que no se atreve a armarse contra el tirano.»

«Lejos del que sólo sabe pavonearse orgulloso entre nosotras.»

Cuando Asuad, hermano de Hozeilah, oyó estos versos, exclamó temblando de cólera:

— Oh, hijos de Dgadis, ¿acaso son superiores a vosotros los hijos de Tasmidas, porque este rey infame es de los suyos? Desembaracémonos de él; salvemos nuestro honor. Tenemos que vengarnos y libertarnos de este tributo de vergüenza que pesa sobre nosotros.

Entonces los Dgedicitas le respondieron:

— Estamos contigo a tu discreción, pero reflexiona un poco y piensa que la tribu de Tasmidas es más poderosa y está mejor armada que nosotros. Tendremos que recurrir a la astucia.

Asuad meditó un instante y dijo:

— Escuchad bien. Voy a organizar una fiesta a la cual invitaré al rey, a su corte y a su tribu... No dejarán de venir, y cuando estén aquí descuidados y preocupados tan sólo del lujo de sus largos vestidos de fiesta, tomaremos súbitamente nuestras armas y los degollaremos a todos.

— ¡Los degollaremos a todos! — respondieron unánimemente los Dgedicitas.

Asuad preparó un gran festín, con abundante comida, con los más dulces dátiles y las más ricas mieles con leche, erigió sus tiendas en una inmensa llanura y recomendó a cada uno de sus hombres que ocultaran su cimitarra bajo la arena, en el sitio donde debían sentarse. Luego les dijo:

— Cuando yo me levante para matar al rey, será la señal; cada uno de vosotros sacará su sable de bajo la arena y matará a su vecino de la derecha.

Dicho y hecho. Asuad invitó a Imlyk y a su corte y salió a su encuentro con todos sus hombres. Les ofreció bebidas refrescantes; luego se agruparon en círculo alrededor de los manjares y todos dispusiéronse a comer alegremente. De pronto, Asuad se levantó y de un golpe mató al rey. Los Dgedicitas retiraron inmediatamente sus sables de bajo de la arena e hicieron una matanza general.

Un hombre, sin embargo, pudo salvarse; se llamaba Ryah y huyó a implorar auxilio de Tobba Hassan, rey de los Himarites, a quien dijo:

—Príncipe: los Dgedicitas han ultrajado las leyes sagradas de la hospitalidad. Habíamos aceptado sus invitaciones sin desconfianza, llevando el «izar» (especie de vestidura que ciñe el talle y cae hasta las rodillas) en los flancos, las sandalias en los pies, nuestros rojos mantos y nuestros ornamentos de verdes colores, y en medio de la comida se arrojaron sobre nosotros como tigres y lobos y a todos degollaron y sólo yo pude escaparme.

El rey Tobba Hassan, indignado por ese violación de la hospitalidad sagrada para los árabes, prometió venganza; reunió su ejército y se puso en marcha contra los Dgedicitas. Cuando estaban a tres jornadas de marcha, Ryah dijo al rey:

— Tengo una hermana casada con un Dgedicita; se llama Zarkau il-Imamah. Su mirada es tan penetrante que puede distinguir un hombre a una distancia de un día y una noche de camino. Temo que ella nos vea y ponga en guardia a los Dgedicitas.

El rey entonces ordenó a sus hombres que tomaran cada uno un arbolillo y lo tuvieran en las manos, procurando que el follaje los ocultara. (Es de notar que esta forma de camouflage fué adoptada durante la última guerra mundial, y que Shakespeare usa esta estratagema en su drama «Macbeth».)

Cuando estaban a un día de camino, Imamah los vió y exclamó:

— ¡Oh, hijos de Dgadis! ¡He aquí unos árboles que avanzan hacia nosotros; bajo de ellos se ocultan los Himarites.

Nadie quiso creerla. Zarkah hundió de nuevo su mirada azul en el espacio y exclamó:

— Veo hasta a un hombre que cose su sandalia.

Burláronse de ella y nadie tuvo en cuenta su advertencia.

Pero a la madrugada siguiente, el rey Tobba los sorprendió e hizo en ellos una espantosa carnicería. Luego ordenó que trajeran a Zarkah a su presencia.

— ¿Qué es lo que viste? — le preguntó el rey.

— He visto — respondió ella — unos árboles bajo de los cuales se ocultaban tus hombres.

A esta respuesta el rey ordenó que se le arrancaran los ojos y que se la colgara después a las puertas de la ciudad.

Desde entonces, y hasta hoy, se usa la frase: «Más clarividente que Zarkahu il-Imamah» cuando se quiere calificar a alguno por la penetración de su mirada.



Distinguidas señoritas de esta localidad que con su presencia dieron realce al "dinner danzante" realizado en los hermosos salones del Club Náutico San Isidro.

EL HUMORISMO DE ERCKMANN

Francia se dispone a honrar, con un monumento, la memoria de los dos célebres escritores de relatos históricos: Erckmann y Chatrian, quienes constituyen en la historia literaria un raro ejemplar de alianza indisoluble. Tanto es así que son muchas las personas que creen que se trata de un solo autor: Erckmann-Chatrian. No han faltado tampoco los malignos que dicen que el primero era quien escribía y el segundo sólo se ocupaba de hacer contratos con los editores. Pero estas suposiciones han sido deshechas y el monumento será consagrado a los dos. Erckmann, dice «Excelsior», era de humor jovial y se entretenía contando anécdotas y recuerdos de su infancia y su primera juventud. Su padre tenía una tiendecita en donde se vendía de todo. Un día, por razones fiscales, el viejo pensó esconder cierta cantidad de rapé. El guardián de la sinagoga le propuso el subterráneo de la misma sinagoga como escondite. La proposición fué aceptada, y el rapé fué trasladado allí. Pero una mañana llega el guardián, espantado: «Corre, Erckmann: ve a recoger tu rapé», le dice. «¿Por qué?» pregunta el tendero. «¿Me han denunciado?». «No, no es eso. Pero las ratas han roído los paquetes y esparcido el rapé por dondequiera. El tabaco, por las hendiduras del piso, aciende a la sinagoga, y todo un concierto de estornudos de parte de los fieles judíos, ha quitado la majestad del servicio divino...»



No sé por qué motivo el comentario mundano de los últimos días ha decidido preocuparse y tratar de resolver — a su gusto, naturalmente — el destino de dos interesantes figuras femeninas que pertenecen ambas a nuestra aristocracia... Impaciente por verlas actuar en su nueva vida con todos los prestigios del rango, de la fortuna y de la situación social y hasta oficial también, menciona los posibles candidatos, analiza el pro y el contra de cada una de sus combinaciones sentimentales y logra cautivar por fin el interés o la curiosidad de los altos círculos en que ellas actúan.

Tal vez esas mismas figuras femeninas estén ajenas en absoluto a la red que las va envolviendo poco a poco, ya sea para estrechar firmemente los lazos de una espontánea, profunda simpatía, o para apartarlas deliberadamente de un afecto que podría iluminar para siempre el camino de su vida.

Y ya que la mundana indiscreción nos obliga a seguir el ejemplo, lectoras amigas, cabe esbozar ligeramente esas siluetas, unidas o separadas, según el capricho de *Monsieur Potin*, tan oportunista, tan superficial, pero tan entretenido a pesar de todo.

Por el momento insiste en mencionar el nombre de una atrayente, señoril figura, que reune todos los prestigios del nombre, la inteligencia — exquisitamente cultivada, — la fortuna, la elegancia... En su *atelier*, en el que trabaja como una artista verdadera, puede admirarse, entre sus obras, el busto de alguna amiga suya, modelado con exquisita delicadeza... Con aquel suave y armonioso nombre que es el suyo, podría firmar también artículos literarios, escritos con el vigoroso estilo de un literato ya consagrado.

¿Y quién es el candidato capaz de conquistar la esbelta figura femenina, de ojos obscuros y soñadores? Se menciona entonces el nombre de un conocido caballero que lleva apellido de abolengo tradicional en la segunda ciudad de la República.

Muy joven, niño casi, abandonó patria y hogar, aclimatándose por completo a la vida europea; todo compatriota nuestro que llegase a la *ciudad de la niebla*, halló siempre en ella la cordial bienvenida de aquel argentino trasplantado... De vuelta al terruño, ha tenido oportunidad de valorar a la interesante figura femenina que ha sabido llenar hasta hoy su vida, dedicando muchas de sus horas a las obras benéficas, pero todas sus preferencias a las más bellas manifestaciones del arte o de las letras. Y aquí el eterno comentario: ¿cuál será el epílogo de este *flirt*, o mejor dicho, de este discreteo sentimental? Si llegase a anunciarse el compromiso oficial, ella tendría que abandonar definitivamente su hogar, puesto que él no se resignaría nunca a vivir entre nosotros. *L'ile inconnue* le ha conquistado para siempre.

¿Qué la familia de ella se opone? ¡No tendría nada de extraño! Es una compañera irreemplazable para todos los suyos, que no se conformarían con el desgarramiento de esa separación... *Monsieur Potin* insinúa que, a pesar del sugestivo encanto de *ella*, *él* no se resuelve, tal vez, a perder tan pronto su hermosa libertad... En fin: *Qui vivrá vedrá*...

Y se menciona luego el nombre de la segunda interesante figura femenina, de carácter tan suave como es *angelical* su nombre. Viejas añoranzas — han transcurrido largos años desde entonces — nos hablan de un idilio esbozado en el extranjero; creo recordar que fué en París... El destino ha vuelto a poner frente a frente — en la populosa ciudad del ruido — a la serena figura femenina y al brillante diplomático que tantas simpatías ha sabido conquistar entre nosotros. Sin embargo, *Monsieur Potin* está a la expectativa; apoyando una solución sentimental, repite con insistencia que el brillante diplomático es uno de los visitantes más asiduos de la aristocrática residencia de ella... Replicando tal versión, se asegura que una amistad sincera es hoy el epílogo de aquel romance casi olvidado...

Esperemos, recordando el adagio: «Donde hubo fuego, cenizas siempre quedan».

Indudablemente, las jovencitas que viven hoy la primera y riente etapa de la existencia gozan de mayor independencia en la sociedad nuestra que las figuras femeninas cuya destacada actuación mundana y brillante situación pecuniaria deberían autorizarlas para resolver serenamente su destino; pero no falta quien haga alguna maligna alusión al poder irresistible de los intereses creados...

En cambio, las que deberían hacer gala de timidez, aquellas que inician su vida mundana, son las más resueltas para orientar su destino. Tal vez han asimilado plenamente la lección del gran sabio español que nos dice: «Todas las desdichas del matrimonio nacen de que la mujer no elige, sino que es elegida...» (1) y, por consiguiente, se apresuran a elegir...

Entre las escasas notas de interés que menciona la crónica de nuestra Feria de Vanidades se comenta el *flirt* de una simpática jovencita, tan niña aún que la llaman la muñeca, con un inteligente y simpatiquísimo abogado, representante de un apellido que se ha destacado brillantemente en el foro y en el periodismo. En almuerzos y comidas, en todas las actividades sociales del Biarritz argentino, se les ve siempre juntos, y se cree que pronto añadirá *ella*, a su apellido compuesto, de origen italiano, el del joven que firma con un nombre muy común en las dinastías de Austria o de España.

Al lado de *ella* se esboza otro romance sentimental: el de su hermana, jovencita, simpática, atrayente y bondadosa, con un distinguido caballero, extranjero, que ostenta título nobiliario.

La dama duende.

Buenos Aires, enero 24 de 1923.

---

(1) Ramón y Cajal.

TU SERENA CANCION

Sobre toda cosa tu dulce bondad,
sobre toda cosa tu simplicidad,
tu silencio en todo,
tu silencio a modo
de flor de humildad...

¡Oh, la dulce gracia de tu silenciosa
delicada y frágil vida de mujer!
¡Oh, la dulce gracia, la maravillosa
gracia de tu ser!

Humildosa y buena, simple como un niño,
todo tu cariño
para mi maldad...
¡Oh, nena; si hay veces que casi no puedo
creer tanta dicha. ¡Si vieras qué miedo
me da tu silencio, tu serenidad!

¡Oh, la dulce gracia de tu milagrosa
bondad, noble fruto de tu gran querer,
descendiendo toda sobre mi azarosa
vida!... ¿Qué otra cosa, qué más dulce cosa
puedo pretender?
¡Oh, bendita seas, simple y humildosa,
simple y luminosa
vida de mujer!

MANUEL CRESPO GARCÍA

Almanaque biográfico nacional

Por J. M. BARRIA



Teniente general Donato Alvarez.





Mariano Balcarce.

Monseñor Gregorio Romero.





Doctor Juan María Gutiérrez.

Doctor Virgilio M. Tedín





Monseñor Milciades Echagüe

DIAS		AÑOS: Nacimiento	AÑOS: Muerte	FEBRERO — PATRIOTAS, GUERREROS, HÉROES Y BENEFACTORES DE NUESTRA VIDA POLÍTICA Y SOCIAL
1	Jueves		1911	Avellaneda, doctor Marco A.
2	Viernes		1922	Terrero, Federico M.
3	Sábado		1916	Pizarro, doctor Angel.
4	Domingo	1825		Alvarez, teniente general Donato.
5	Lunes		1889	Pardo, doctor Pedro Antonio.
6	Martes	1845		Rojas, Absalón.
7	Miércoles		1880	Gómez, teniente coronel Pantaleón.
8	Jueves	1842		Dominguez, ingeniero Benjamín.
9	Viernes		1920	Antequeda, Manuel P.
10	Sábado		1906	Arévalo, doctor José.
11	Domingo		1906	Uriburu, Francisco.
12	Lunes		1912	Espeche, coronel José A.
13	Martes		1921	Bidau, doctor Eduardo L.
14	Miércoles	1828		Laspiur, doctor Saturnino.
15	Jueves	1851		Fragueiro, doctor Martín.
16	Viernes	1824		Moreno, Gregorio.
17	Sábado	1859		García Mansilla, contraalmirante José
18	Domingo		1921	Cayol, Francisco.
19	Lunes	1842		Martínez, coronel Vicente.
20	Martes		1885	Balcarce, Mariano.
21	Miércoles		1915	Romero, obispo Gregorio.
22	Jueves		1922	Galigniana Segura, doctor Carlos.
23	Viernes	1829		García, juez doctor Emiliano.
24	Sábado	1838		Alvarez, doctor Carlos José.
25	Domingo		1878	Gutiérrez, Juan María.
26	Lunes			Tedín, doctor Virgilio.
27	Martes	1840		Lamela, coronel Baldomero.
28	Miércoles	1838		Echagüe, monseñor Milciades.

AL hacer sus compras de artículos de tocador, Lociones, Extractos, Polvos, Jabones, etc. le rogamos pida que sean marca MYRURGIA, pues son superiores a sus similares por su delicado perfume y esmerada preparación.





"MADERAS DE ORIENTE"
LOCIÓN, EXTRACTO Y POLVOS

PERFUMERIA
MYRURGIA

(ESPAÑA)

1923 CARNAVAL 1923

EL SOL DE NOCHE

Linterna a nafta

Ideal para alumbrar

CORSOS Y ROMERIAS

y para cualquier otro uso a que se la destine.

Es a prueba de vientos, lluvias e insectos.

EL SOL DE NOCHE

300 bujias de poder

1 litro arde 12 horas.

Se gradúa la luz.

No rompe tubos.

Siempre lista.

NO FALLA NUNCA.

Sin peligro

EL SOL DE NOCHE

Todos la imitan pero ninguno la iguala. Exija la marca estampada en el parafuego y no lo engañarán.

DEVOLVEMOS INTEGRO SU DINERO si nuestra linterna no es realmente superior a todas sus similares, nacionales o extranjeras.

GRATIS remitimos el catálogo ilustrado. Pidan presupuestos.

RICHEDA y Cía., Importadores - Talcahuano, 289 - Bs. Aires

REVENDEDORES NECESITAMOS. UNO EN CADA LOCALIDAD



Flores de santidad

Por

Rafael Ruiz López

No habléis despectivamente de rosal viejo de tronco sarmentoso y áspero; sus ramas son toscas y duras; carecen de la graciosa flexibilidad de las ramas jóvenes. Pero vendrá la primavera y se revestirán de frondosidades y de capullitos prometedores, que acabarán en rosas nuevas, bellísimas y fragantes.

No miréis desdeñosos el árbol viejo; los vendavales furiosos del otoño le arrebataron el verde vestido que le daba majestad. Durante el crudo invierno, en las crueles noches de ventisca, sus ramas negras parecían retorcerse más y elevarse hacia el cielo en una lamentación desesperada y amenazante... Pero ya veréis cómo, al llegar los días templados, se corona de florecillas rosadas, que más tarde serán frutos vigorosos y abundantes que nos sustenten, y ramitas flexibles, llenas de gracia que, dándonos sombra, nos inviten al descanso y al ensueño.

Así como el rosal añoso, como el árbol viejo de ramas retorcidas, ese poeta a quien los años parecen haber robado energías y agilidad, su cabeza está coronada de nobles cabellos blancos; pero sus ojos acariciantes brillan con el santo fuego de las juventudes eternas. El cansancio no le ha hecho enmudecer, sus labios están siempre propicios al canto. Y canta por vosotros, los que sentís amor y no sabéis cantar; os hace don gracioso de sus palabras, suaves y apasionadas a la vez, que son para vosotros como un regalo del cielo rico en armonías. El compone constantemente sus cantos para que vosotros no tengáis que enmudecer. El supo componer esos madrigales que corren de boca en boca, madrigales que no envejecerán mientras haya vida en el mundo y que hacéis llegar a los oídos de la amada, que los escucha con embeleso, mientras su corazón palpita emocionado como si los acabaseis de inventar vosotros exclusivamente para ella. Y son vuestros, realmente vuestros cuando los necesitáis. Las palabras ardorosas del poeta, que tienen algo de música divina, expresan claramente vuestros sentimientos que sin él no habríais podido expresar. El puso en vuestros labios la letra y la canción, y vistió vuestros espíritus de fiesta. Y palabras y cantos son para vosotros como las primorosas flores que cultivó el jardinero pacientemente y de las que llenáis las manos para ir a ofrecérselas a la amada.

Así también esa viejecita de cabeza blanca y de torpe andar. Al verla, dijérase que ha dado ya todo lo que tenía que dar. Pero aun sus frutos son los más jugosos y apreciables. Ha pasado por muchas penas; ha visto, contristada, innumerables miserias; sus ojos lloraron lágrimas de punzante amargura. Sabe mucho de la maldad humana y de las tristezas del mundo, porque ha tropezado muchas veces con la primera y sufrió intensamente las segundas.

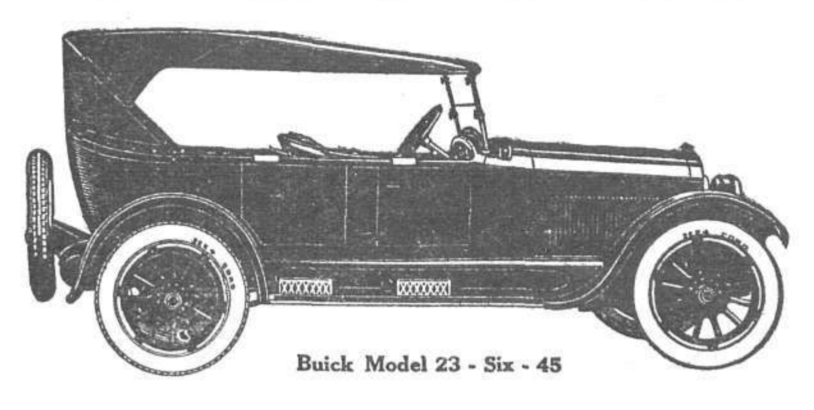
Joven, soñó ¡y sus sueños no se realizaron!; amó, y fué mal correspondida; su ternura fué arrollada por la brutalidad. Suavemente caritativa, no pudo remediar, con gran dolor de su corazón, las incontables miserias que vieron sus ojos. Madre, supo de las ingratitudes filiales que desgarran el pecho. Pasó largas noches de terribles angustias ante la camita del hijo enfermo, cuidándolo con mano suave y santo desvelo. Rezando y sufriendo la sorprendió el sol tras las veladas penosas, ricas en angustias. Pudiera contar cosas terribles de esas que encogen el corazón y entristecen los ánimos... Pero es generosa, de una generosidad admirable. No hay en su boca el gesto desesperado que caracteriza a los poco pacientes que maldicen de todo, sino una sonrisa apacible que parece destinada a velar toda negrura y no recuerda siquiera sus dolores y sacrificios.

Vedla, noble y serena, rodeada de sus nietecitos, que la escuchan boquiabiertos. Va extrayendo generosamente de su memoria las cosas más agradables, atractivas y risueñas de la vida; las que pueden modelar el corazón, haciéndolo más bueno; las que son entretenimiento y alegría que confortan los espíritus y encierran lecciones sencillas, disimuladas por el brillante velo de la fantasía. Esta viejecita reserva para sí, exclusivamente para sí, sus penas y el recuerdo de sus penas. No quiere afligir los corazones, y son sus palabras bellas como las flores del rosal añoso, gráciles como las guirnaldas del árbol viejo, suaves y enternecedoras como las cancioncillas de amor del poeta venerable...

No, no miréis despectivamente al rosal de tronco sarmentoso y áspero, ni al árbol viejo de ramas retorcidas, ni al poeta a quien los años robaron gallardía, ni a esta viejecita de cabeza blanca y de torpe andar. Se encuentran en la última floración de la vida, y por estar ya tan cerca de Dios dan flores de santidad.



BUICK



Buick Model 23 - Six - 45

SERIE 23

Modelos de 4 y 6 Cilindros

Recién llegados, disponibles para la entrega.

The Buick Motor Co. culmina su actual capacidad técnica y artística con la presentación de sus **ULTIMOS MODELOS** a los entusiastas de la marca y al público en general.

VISITEN EL SALON DE VENTAS
DE LOS CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS

HENRY W. PEABODY y Cía.

SALON DE VENTAS:
1746, Bmé. MITRE, 1758

TALLER Y REPUESTOS:
BOLIVAR, 1650

Buenos Aires





La primera impresión es la que perdura y ésta es siempre agradable cuando saborea usted el riquísimo

Oporto DOM LUIZ

BUENOS AIRES, 3 DE FEBRERO DE 1923

AÑO XXVI — CARAS Y CARETAS — N.º 1270

UN ALEVOSO ATENTADO ANARQUISTA

El teniente coronel Héctor B. Varela es víctima de la pasión de un fanático



Interesante fotografía en que aparece el extinto teniente coronel Héctor B. Varela durante la ceremonia en que la Liga Patriótica le recompensaba con la medalla al mérito por su enérgica y patriótica campaña en el territorio de Santa Cruz, la que el asesino juzgaba como abusiva y despiadada, motivo por el cual y queriendo "vengar a sus hermanos", cometió el atentado.



El presidente de la república, el gobierno en pleno, jefes del ejército y de la armada, destacadas personalidades de nuestra sociedad y una gran muchedumbre, que se congregaron ante el Círculo Militar a la salida del féretro conteniendo los despojos del teniente coronel Héctor B. Varela, cuyo sepelio constituyó una unánime protesta contra el criminal que inmoló, con premeditación y sangre fría, la existencia de un digno y enérgico soldado de nuestro ejército, lastimando con ello los sentimientos del pueblo honrado, enemigo de sacrificios sangrientos, tan inhumanos como estériles.

FOTOS DE VARGAS Y BELL

El teniente coronel Varela, herido en las piernas por los trozos de la bomba, se tambalea apoyándose en un árbol, y cuando el asesino, que se había refugiado en el zaguán de la casa núm. 2493, trata de aproximársele revólver en mano para ultimarlo, la víctima intentó sacar la espada, recibiendo un balazo en pleno pecho.

U N A L E V O S O

Despues de arrojarle una bomba, el criminal Coronel Héc



El asesino, que ya había iniciado su retirada al verlo aún en pie, de nuevo se encara con el militar y le dispara más de cerca con el propósito de no dejarlo con vida.



Un paso más y el criminal hace fuego nuevamente. El atacado, en una postrer ansia de vida, alza uno de sus brazos para resguardarse.



El criminal Kurt Wilckens, de nacionalidad alemana y sindicado como anarquista peligroso.



El agente N.° 5724, Nicasio C. Serrano, que aprehendió al asesino.



Tipo de la bomba explosiva que fué arrojada a los pies de la víctima.



Lugar del suceso. El árbol en torno del cual giró el asesinado en su agonía y la parte del suelo manchada de sangre.

ATENTADO ANARQUISTA
ultima a balazos a su victima el Teniente tor B. Varela.

Haciendo desesperados esfuerzos, la víctima, todavía aferrada al árbol pero débil ya por las heridas que la desangran, intenta cubrir su cuerpo con el tronco para librarse de la brutal agresión de que es objeto, y entonces recibe otro balazo que le destroza el brazo derecho.



Y cuando otra bala, casi a quemarropa, vuelve a herir su ensangrentado cuerpo, ya la existencia se le escapa al que pagaba con su vida el haber cumplido con su deber.



El teniente coronel Varela cae para no levantarse, recibiendo un nuevo disparo ya en el suelo.



Las botas usadas por el teniente coronel en las que se advierten las roturas producidas por los balines de la bomba.



Sitio en la calle Fitz Roy, frente al N.° 2493, donde se cometió el bárbaro atentado, a pocos metros del domicilio del comandante.



Farmacia en la esquina de las calles Fitz Roy y Santa Fe donde le prestaron al agonizante los primeros auxilios.



El farmacéutico, señor Julio Schectman, que trató por todos los medios de hacer reaccionar a la víctima, sin poder lograrlo.

FOTOS DE VARGAS

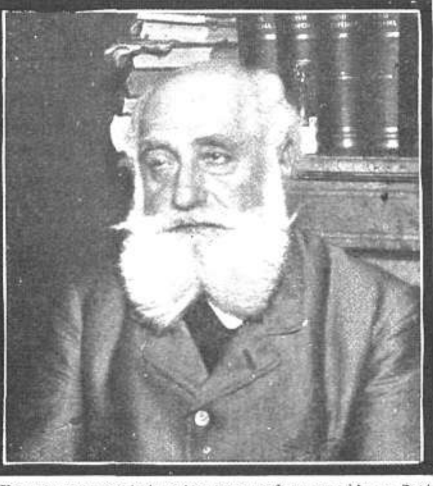
D. Carlos Guerrero

Dr. Max Nordau

D. León M. Rosenvald



A los 76 años de edad ha fallecido esta destacada figura de nuestros centros ganaderos e industriales, persona de ejemplar laboriosidad a cuyas actividades débense grandes adelantos en la riqueza agropecuaria. Su desaparación ha sido muy lamentada en nuestra sociedad, en la que disfrutaba de gran respeto y estimación.



Ilustre personalidad recientemente desaparecida en París, que se distinguió, durante su vida, como escritor viril y original de vasta cultura y de amplio espíritu crítico y como enérgico propagador del movimiento sionista, habiendo dejado una considerable obra filosófico-literaria en que palpita, en admirable consorcio, su ingenio sutil y su erudición sólida. El gran pensador gozaba de legítimo renombre así en Europa como en América.



Batallador y talentoso periodista, director y propietario del prestigioso colega "El Orden", de Tucumán, que ha muerto después de haberse consagrado sin descanso, durante varios lustros, a una fecunda y agitada labor de prensa. Su deceso ha causado honda impresión en los centros intelectuales de todo el país.

DE ROSARIO





Baile blanco en el Rowing Club de Alberdi

Los señores Vaquié, Tejada, Parr y sus distinguidas señoras.

Familias de Gallacher, Casajuana, Vila López, Razetto, Shoobridge y Mac Garrell.



Familias de Fernández Díaz y Lahoz, en los jardines donde se efectuó la interesante fiesta social.



Señoritas y señores que formaron la comisión organizadora del festival, cuyo resultado superó los cálculos más optimistas.

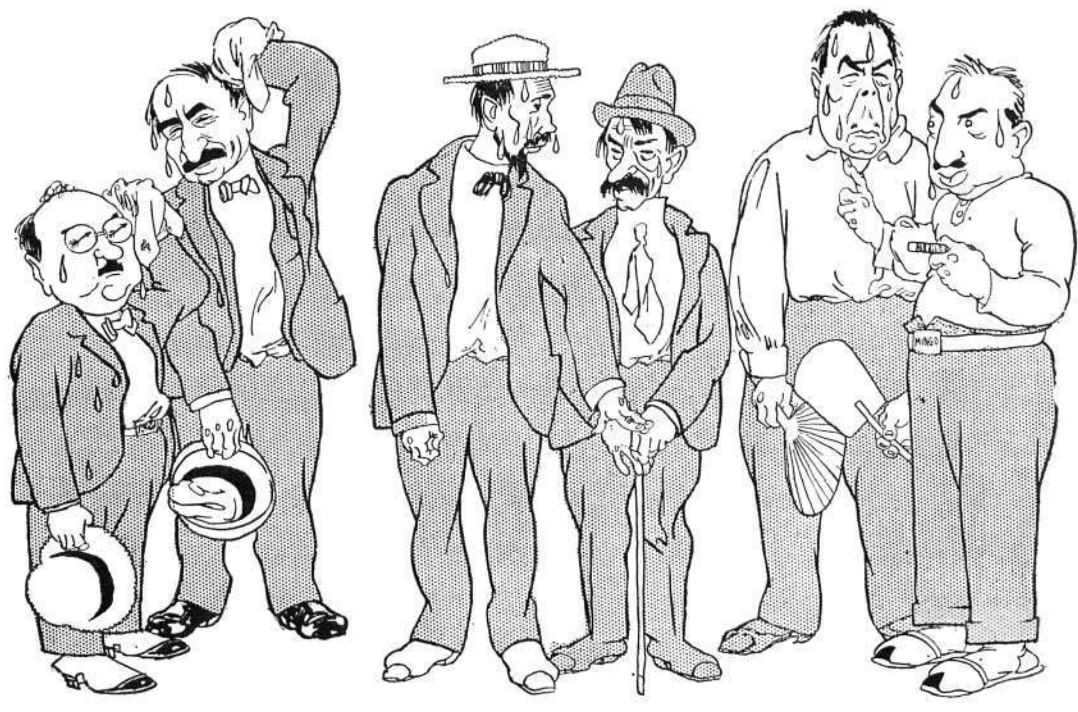


Concurrentes a la demostración verificada en el Cuerpo de Bomberos en honor de los oficiales ascendidos en virtud de haberse sancionado el presupuesto.



El director general de tranvías eléctricos, ingeniero Berge, asistiendo, acompañado por un grupo de concejales, a la inauguración de la línea al balneario municipal del Arroyito.

DICHO Y HECHO



Charlas de actualidad

Goyeneche. — Dígame, doctor Moreno: con este calor horrible, ¿no hay miedo de que se derrita alguna candidatura?

Moreno.—¡Qué casualidad! Acaba de hacerme la misma pregunta el doctor Bravo.

Cuarenta grados a la sombra

— Antiguamente se cantaba ¡Cuidado con los Cincuenta!

— Es peor ahora. Ahora se canta ¡Cuidado con los Cuarenta!

La causa

Salaberry. — ¡Uff, qué calor!

Irigoyen. — En mi tiempo no subía tanto el termómetro. Son cosas de la nueva presidencia.

CARICATURAS DE SIRIO.

EDUARDO ALVAREZ

CAJA de CONVERSION

LA TORRIDA TEMPERATURA

— ¿Qué está haciendo ahí, doctor Justo, con este calor?
— Estoy esperando a ver si se funde el oro de la Caja de Conversión.

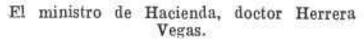
CARICATURA DE ALVAREZ.







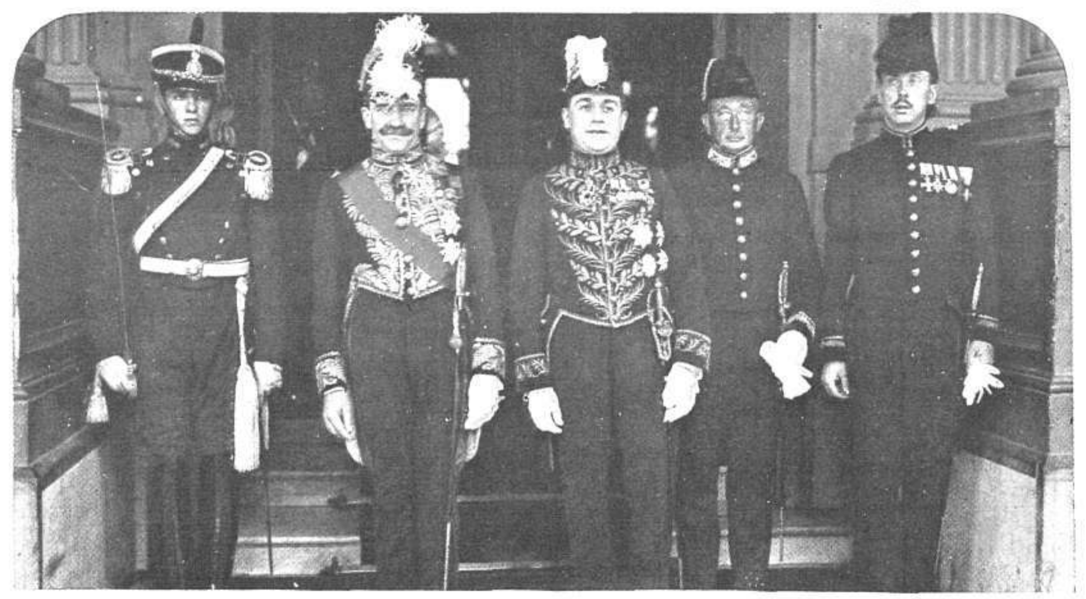
Los ministros acuden a la Cámara de Diputados para



El ministro de Hacienda, doctor Herrera Vegas.

Doctor Angel Gallardo, ministro de Relaciones Exteriores.

El ministro de Guerra, coronel Agustín P. Justo.



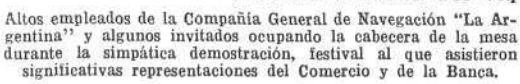
Presentación de credenciales del nuevo representante de la Gran Bretaña

El nuevo ministro de Inglaterra, señor Alston, acompañado del introductor de embajadores, señor Barilari, y de altos funcionarios de la legación, retirándose de la Casa de Gobierno después de haber presentado ante el primer magistrado las credenciales que lo acreditan en su alto cargo.





Festival a bordo del vapor "Comodoro Rivadavia"



Altos empleados de la Compañía General de Navegación "La Argentina" y algunos invitados ocupando la cabecera de la mesa durante la simpática demostración, festival al que asistieron significativas representaciones del Comercio y de la Banca.

Algunas distinguidas familias de las que asistieron a la animada recepción celebrada a bordo del paquete nacional "Comodoro Rivadavia" con motivo de su arribo al río de la Plata y de su incorporación al servicio de pasajeros entre este puerto, Punta Arenas y escalas.





tratar los créditos extraordinarios del presupuesto

Doctor Celestino Marcó, ministro de Justicia e Instrucción Pública.

Ministro de Marina, almirante Manuel Domecq García.

Los ministros de Agricultura y Obras Públicas, doctores Le Bre'on y Loza.



Fiesta social en el Club Colegiales

Señoras: Eloisa C. de Alvarez, María Luisa A. de López Camelo, Carolina M. de Torra, Ercilia Pellison de Caut, Dora Sullivan de Burgos y señoritas de Cremona, C·chini, Antinoni, Cramer, Visca Peralta y Burgos, que asistieron a la fiesta que celebrando el 1er. aniversario de su fundación se efectuó en los salones del club.



Demostración al Señor Luis López Páez

El obsequiado rodeado por destacadas personalidades del comercio y de la colectividad española, comensales en el banquete que le fué ofrecido con motivo de su próxima partida para Europa.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y VARGAS.

El misterioso asesinato de la octogenaria Mussi

El robo fué el móvil que indujo a los asaltantes a cometer tan bárbara acción.



La infeliz octogenaria Luisa Saporiti de Mussi, fallecida por asfixia al ser amordazada brutalmente por los asaltantes que penetraron en su domicilio.

Dos profesionales del delito penetraron en el domicilio de la octogenaria italiana Luisa Saporiti de Mussi — calle de French número 3033 — y al ser sorprendidos por ésta, la sujetaron y amordazaron brutalmente, tendiéndola luego en la cama de la pieza que luego desvalijaron tranquilamente.

La pobre anciana — una hormiga por su laboriosidad, que durante 51 años de residencia en el país trabajara hasta adquirir hogar propio — falleció asfixiada a consecuencia del inicuo atropello.

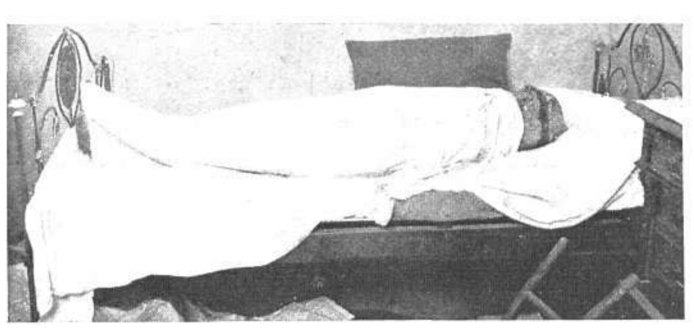


La niña Josefina Coca, que con sus padres habita en la casa asaltada, la cual vió a dos hombres llevando paquetes, quienes la saludaron sonrientes al salir.

Los malhechores, por todo botín, hubieron de contentarse con dos trajes usados y un modesto reloj, pues no lograron encontrar los 1.910 pesos que la víctima guardaba en diversos compartimientos de sus muebles.

A pesar de las activas diligencias de la policía, los asaltantes criminales no han sido capturados.

De las declaraciones de la niña Josefina Coca se deduce que se trata de dos personas vestidas de negro y conocedoras del interior del edificio por la facilidad con que pudieron penetrar y recorrerlo.



El cadáver de la anciana según fué hallado por la policía. En la fotografía se puede notar la forma en que fué ligado su rostro con una prenda interior de la víctima.



Aspecto que presentaba la pieza en que los ladrones buscaron los ahorros de la dueña de la casa.



Puerta de la habitación dentro de la cual la policía encontró el cuerpo yacente de la señora de Mussi.

FOTOS DE ARROYO.



El comisario inspector, señor Santiago, y el jefe de la sección Robos y Hurtos, señor Foppiano, que se encargaron en seguida de las primeras diligencias en el lugar del suceso.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DR. ABEL ZUBIZARRETA, DIRECTOR DE LA ASISTENCIA PÚBLICA

POR ALVAREZ

Palabras de un autor enciclopédico:
— ¿Por qué se llamará Zubizarreta?
Porque ese es consonante de "receta".
¿Qué mejor para un médico?



ORIGINAL TRAJE DE BAÑO MUY SENCILLO Y ELEGANTE, DE UN ESTILO CAPRICHOSAMENTE ORIENTAL Y ADORNADO CON ARTÍSTICOS DIBUJOS.

SALIDA DE BAÑO MUY SUELTA Y CÓMODA, CON BOLSILLO Y CAPUCHA, ÚLTIMO MODELO EN LAS PLAYAS EUROPEAS.

TRAJE DE AMAZONA, DE CUERO, CREACIÓN RECIENTE, EXHIBIDO POR LA GRACIOSA FIGURA DE LA ARTISTA MARÍA MINDZENTY; GRAN ÉXITO.

OTRO ESTILO MÁS VARONIL, TAMBIÉN DE CUERO, SOMBRERO FLEXIBLE DE IGUAL MATERIAL, LUCIDO POR LA DANZARINA HEDY PFIMDMAYER.

FOTOS ENVIADAS POR CLAIRE PATEK, VIENA.

IGNORABA LO QUE HABÍA EN EL JARRO, PERO ESA TARDE VIÓ QUE LOS HOMBRES SE LO LLEVABAN A LA BOCA DE CUANDO ENCUANDO.

EL ESPIRITU DEL HOMBRE

POR

ALAN SULLIVAN



El borde del bosque se alzaba como una muralla verde, sólida, a unos treinta metros del campamento de los hombres blancos. Al otro lado, una faja de arena amarilla, y más allá, un río de aguas obscuras corría misteriosamente desde lo desconocido. En el campamento tres hombres estaban sentados en taburetes de madera en torno de una mesa, colocada cerca de la faja de arena. A poca distancia, un grupo de negros, en cuclillas alrededor de una pequeña fogata, de la cual se elevaba al aire inmóvil una leve columna de humo. Se hablaba en voz baja, con el acento que el desierto impone a los que desafían su soledad. Luego, el encender de las pipas y el silencio.

Poco después los tres blancos desaparecieron en la obscura pirámide de una tienda, y los negros se fueron a sus viviendas, un poco más abajo, siguiendo la corriente del río, y sólo se oyó en adelante el rumor del agua a lo largo de la orilla y un débil murmullo más allá de la verde, sólida muralla.

Un frío húmedo sucedió al sofocante calor del día, mientras de las innumerables cavernas distantes venía la voz de la selva, en todos los tonos imaginables. Parecía como si en la copa de cada árbol hubiese algún ser invisible que repentinamente había empezado a lanzar su mensaje secreto a la atmósfera agitada. Profundo y agudo, rudo y suave, blando, ronco, amenazante, de una infinidad de gargantas partía el clamor, con el tremor de un violín, la pura nota de una flauta, el zumbar de los pífanos y el golpear de los tambores.

Así, durante una hora, hasta que la rara música llegó al mayor grado de intensidad para desvanecerse lentamente en un murmullo casi imperceptible, puntuado a veces por unos como toques de campana, cuya monotonía era el heraldo del silencio que avanzaba.

Todos dormían profundamente en el campamento cuando algo se movió al borde del bosque. La cortina de lianas se abrió y apareció la chata cara de un mono muy grande, que miraba hacia el río. Estaba en dos patas, monstruoso, peludo y semihumano, abiertos los negros belfos, temblorosas las puntiagudas orejas; señor del bosque que vigilaba las instalaciones del hombre con fascinación salvaje y pungente. Con la nariz y los oídos escudriñó el silencio para prevenir el peligro, y después avanzó sin meter ruido.

A unos veinte metros de distancia un cargador negro suspiró en sueños y la bestia quedó instantáneamente rígida. A poco, se enderezó cuan largo era, giró la redonda cabeza en torno de los

fuertes hombros y, después, poniéndose en cuatro patas, empezó a andar a brincos. Cuando llegó al lado de la mesa del campamento extraños olores le llegaron a la nariz, y todo su sistema nervioso se puso en tensión, listo para escapar.

Pronto desapareció de los negros ojos del mono la expresión de miedo, se sentó en el suelo, y deslizó sus peludos dedos sobre la superficie de la mesa en busca de un jarro de metal. Ignoraba lo que había en el jarro, pero esa tarde había visto que los hombres se lo llevaban a la boca de cuando en cuando. Sus dientes hallaron duro el metal, y como el borde del jarro le oprimía la nariz, se asustó horriblemente y lo arrojó lejos. Luego hizo la prueba con un tenedor que el descuidado cocinero había dejado sin lavar, y el débil sabor del alimento le hizo estremecer, como si ese gusto no fuese enteramente nuevo para él.

Permaneció inmóvil durante un momento, hasta que le dió por buscar el jarro, y cuando lo encontró, lo puso suavemente en la mesa con una pequeña sensación de placer. Por último, levantó con sus grandes brazos un paño de la tienda, y miró hacia adentro.

Ya no había ni miedo ni rabia en la terrible cara de la bestia sino un grande asombro. Hacía días que sabía de la presencia de esos seres, y desde entonces algo le había empujado hacia ellos. Sabía también que la selva les tenía miedo, como se lo tenía a él mismo, y eso le hacía sentir como si no fuesen sus enemigos naturales. Sin embargo, no podía confiar en ellos, porque, balanceándose en la copa de los árboles, les había visto cometer muchas muertes; pero una voz distante le decía que se acercase a ellos lo más que pudiese, para verlos bien. Y ahora le parecía que, a pesar de tratarse de seres débiles y que se movían lentamente, eran en realidad muy fuertes.

En la tienda se sintió una voz, dormida, pero clara. El gran mono se irguió, preparándose para la fuga; pero al mismo tiempo oyó una voz interior que le mandaba que se quedase y le advertía que no había peligro. Se quedó inmóvil, pues, agitado todo el cuerpo por pequeños estremecimientos. Pensó que podría imitar el sonido que había oído, pero reconoció que no era oportuno hacerlo. Dió una vuelta en torno de la tienda y se tendió en el suelo, permaneciendo largo rato sin moverse.

II

A la mañana siguiente los hombres blancos penetraron en la selva, uno detrás del otro. Seguían un rastro, a ratos casi perdido, mientras a treinta metros encima de sus cabezas el mono saltaba fácilmente de rama en rama. No sabía a dónde iban ni para qué: sólo sabía que él también quería ir. Desde que se alejó del campamento había estado pensando en ellos a su modo. Cuando se juntó con su hembra no durmió, porque pasó el tiempo intentando remedar el sonido que había oído en la tienda. Y deseaba, sobre todo, guardar secreto sobre ello.

Durante varias horas siguió observando y pensando. El resto de su tribu quiso acompañarlo; pero él los echó con manifestaciones de furor que llamaron la atención de los blancos de abajo. A medida que el tiempo pasaba, el gran mono se sentía movido por un impulso protector que lo llevó a escudriñar por entre las copas de los árboles, en prevención de peligros que podían amenazar a los de abajo, y que éstos, seguramente, no verían. Preocupado de ello olvidó, por primera vez en su vida, la comida, de modo que estaba muy cansado cuando los hombres empezaron a desandar lo andado. A la puesta del sol su hembra recibió unos buenos golpes, y el volvió a su punto de observación.

Muy poco de lo que se hacía en el campamento escapaba a su vista. Cuando se encendía el fuego, el mono no apartaba los ojos de la roja flor que brotaba entre los montones de leña. Pensó que eso tenía algo que hacer con la alimentación.



EL MONO LEVANTÓ LA PALA Y LA DEJÓ CAER CON TERRIBLE FUERZA

El hecho de que los hombres blancos no trabajaban, hacía que el pensamiento del mono los distinguiese de los negros, que en ningún modo le eran extraños.

Todo lo observaba seria e infatigablemente, con vivas agitaciones de su peludo pecho, y cuando todos dormían en el campamento, repitió su minuciosa visita.

Primero de todo, el fuego. Ya no había flor roja, y cuando quiso urgar se lastimó los dedos. Después fué a la mesa, en donde había más cosas que antes. Tomó el jarro de metal, que ya conocía, y unas cuantas gotas de agua corrieron por su gañote, lo que le hizo alzar, sorprendido, la frente sin pelos. Quiso probar otra vez con el tenedor, y como se lo metió muy adentro en la boca, se picó la gar-

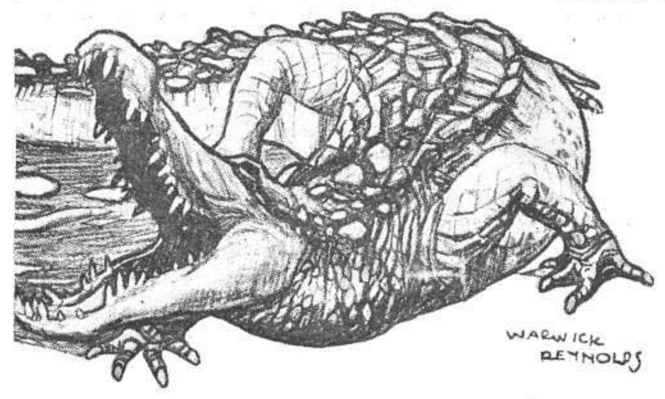
ganta. Eso lo intrigó, y repitió la operación, esta vez sin inconveniente. Así aprendió a no proceder demasiado bruscamente con las cosas que tomaba. Por fin, se sentó en una silla del campamento, que inmediatamente se desarmó. Se alzó rígido entre las ruinas, convencido de que había hecho algo malo. Después, como para ocultar su falta, escondió los fragmentos de la silla en un matorral.

Y durante todo ese tiempo se sintió feliz. El campamento estaba completamente tranquilo. El mono no hacía ruido y se daba clara cuenta de todo lo que pasaba en las cercanías. Sabía que, a poca distancia, un leopardo se dedicaba a cazar puercos silvestres; sabía que un poco más lejos había un elefante; sabía que su hembra estaba tan cerca como se lo permitía el miedo que le tenía; pero, a pesar de todo eso, un instinto sutil le decía que su puesto estaba en el campamento. Quería arrastrarse cerca de los seres extraños, y tenderse al lado de ellos.

Y en ese preciso momento oyó un débil rumor que venía del agua negra del río: Un cocodrilo salió del agua y empezó a arrastrarse a través de la faja de arena amarilla en dirección al campamento.

El mono sintió que todos los pelos se le erizaban, porque para los monos el cocodrilo es mala cosa. No hay como escapar una vez que las largas mandíbulas se han cerrado y es inútil golpear en esa cabeza dura como piedra. El animal más parecido al hombre lo sabe, de modo que el primer impulso del mono fué huir; pero lo dominó una ira terrible cuando pensó que el cocodrilo podía ser un peligro para los seres que ya consideraba como amigos. Se preparó para la inevitable lucha.

El cocodrilo lo miraba con sus ojillos llenos de maldad mientras se acercaba sin ruido a la tienda, que parecía interesarle extraordinariamente.



SOBRE EL GRUESO Y BIEN DEFENDIDO PESCUEZO DEL FEROZ ENEMIGO.

El monstruo, de más de veinte pies de largo, había llegado a pocos pasos de la tienda, cuando el mono hizo un pequeño movimiento, como un paso de baile. Al mismo tiempo su gruesa y peluda mano derecha, de grandes garras, tocó algo redondo, suave, macizo: era el mango de una pala. Los callosos dedos lo apretaron y por primera vez en su vida, el gran mono se dió cuenta de que estaba armado. No era una cosa pesada; pero el mono comprendió que con eso podría golpear y defenderse mejor que nunca antes lo hiciera. El cocodrilo se detuvo un instante, advirtiendo que ocurría algo de nuevo, y después siguió silenciosamente adelante. Había olido lo que había dentro de la tienda.

Ya el cocodrilo estaba muy cerca de ésta cuando el mono dió un gran salto. Cayó precisamente fuera del mortal alcance de la cola del cocodrilo, y levantando la pala la dejó caer con terrible fuerza sobre el grueso y bien defendido pescuezo del feroz enemigo. Un ruido de metal contra hueso y la pala se rompió. Conservando el mango en la mano, el mono siguió la lucha con creciente furor. El cocodrilo rugía de rabia. Apenas sentía los golpes; pero en el negro hocico tenía el olor de la carne viva y no quería ser frustrado en sus deseos. Las grandes mandíbulas le crugían y su pesado cuerpo se volvía rígidamente a la derecha o a la izquierda, siguiendo los saltos del mono.

De pronto de la tienda partió un tiro y tres hombres aparecieron a la luz de la luna, como caídos del cielo. El mono vió algo en las manos del primero, y oyó los disparos que en seguida empezaron a hacer los negros; pero, por primera vez, se sentía demasiado dominado por la ira para tener miedo. La exaltación de su papel protector le había transformado en un verdadero demonio. De nuevo una llamarada y el ruido de un disparo. El cocodrilo se quedó de repente inmóvil, y en el sitio en que había tenido el ojo derecho no había ya sino un sangriento agujero.

El mono comprendió instintivamente que ya su ayuda no era necesaria, y después de esperar algunos instantes se dirigió a la selva, saltando endiabladamente.

III

Los hombres blancos apostaron un centinela a la orilla del río y el campamento volvió a reposar, después de haberse discutido mucho, y no sin acaloramiento a ratos, lo que positivamente había ocurrido. Ninguno pudo acercarse a la verdad.

A media milla de distancia el mono era consolado por su hembra, porque uno de los disparos le había hecho una pequeña herida, de la cual brotaba un hilillo de sangre. Estaba muy triste. No veía la razón de su tristeza, pero sus sentimientos se dividían entre la pena y el deseo de estar solo. Su memoria funcionaba bien cuando se trataba de lugares, de alimentos y de otros monos; mas no cuando se trataba de emociones anteriores, de modo que no le era posible recordar lo que había hecho, ni precisar en donde estaba lo malo. Lo esencial era que había cometido un error.

Permaneció inmóvil durante algún tiempo, hasta que al apuntar el día resolvió dirigirse de nuevo al campamento. Mientras saltaba de rama en rama por las copas de los árboles, su pensamiento se fué aclarando, y le pareció que con ello lo resolvía todo. Estaba dispuesto casi hasta que lo hirieran de nuevo, con tal de poder acercarse a ellos otra vez.

Y ocurrió que los hombres blancos nunca pudieron alejarse del campamento sin su invisible compañero. Cuando iban al río a matar cocodrilos en el gran remanso el mono seguía sus huellas por la orilla, tan silencioso como cuando saltaba de rama en rama. Había aprendido que el silencio era la condición principal. Cuando la negra agua del río se ponía medio amarilla con la sangre de los cocodrilos muertos, el mono no daba muestras bulliciosas de excitación: lo consideraba como una nueva prueba del poder de esos fuertes seres a quienes empezaba a amar, a pesar de la herida, ya casi curada, que le habían hecho en un costado. Cuando se detenían en la selva para comer, permanecía observándolos, sin hacer el menor movimiento, en la copa de algún árbol, a corta distancia de ellos. Cuando hablaban, oía con las orejas en punta, y oyéndolos reir comprendía que todo iba bien. Cuando dormían en el campamento patrullaba al borde de la selva, sin

que lo viesen los negros que hacían la guardia a orillas del río, centinela silencioso e inquieto, que se asustaba de cualquier rumor que partía de la selva. Simultáneamente su instinto de raza disminuía, se debilitaba. Ya no le invitaban a los bulliciosos cónclaves que los otros monos tenían en las copas de los árboles, en lo más espeso de la selva. Evitando el insensato charloteo de sus congéneres, se había creado un dominio particular, consistente en unas cuantas varas cuadradas de terreno cubierto de césped, en donde ningún otro mono penetraba. Tenía caprichosas imaginaciones que siempre concluían en el mismo punto en que habían empezado.

Una vez arrojó algunas frutas maduras al campamente, y huyó, porque uno de los hombres echó mano al fusil. A la noche siguiente dejó fruta en el suelo, al lado de la tienda, y tuvo como recompensa ver a los hombres blancos que la recogían sorprendidos.

Pero siempre oía la voz interior que le aconsejaba mantenerse fuera del alcance de la vista de los hombres.

Hasta que al fin llegó el gran día de su vida. Fué al caer la tarde cuando uno de los hombres blancos tomó su fusil, y se internó en la selva, pasando a corta distancia del escondite del mono, que lo siguió automáticamente.

Era la primera vez que uno de los hombres se internaba solo en la selva.

Caminaban cuidadosamente, el hombre y el mono, mientras todo, en la selva, vibraba con hálitos de vida. El mono se sentía más importante que nunca, pero al mismo tiempo sufría un extraño sentimiento de aprensión.

Estarían a una media milla del campamento, cuando el fusil habló sin que el invisible guardián viese que el hombre lo hubiese levantado hasta apoyarlo en el hombro. Simultáneamente el hombre cayó de bruces.

El mono se quedó sin movimiento, allá arriba, y miró para abajo. Nunca había ocurrido eso, y en el acto comprendió que pasaba algo malo. Como el hombre no se movía, bajó cautelosamente por las ramas hasta quedar a unos pocos pies de altura sobre el nivel del suelo. Reinaba el más profundo silencio, y, con los nervios en tensión, después de algunos momentos de observación, el mono bajó hasta el suelo. A su nariz llegaba el olor de la sangre humana.

Al tocar tierra tuvo el mono un gran sentimiento de alegría por encontrarse solo con el que tenía por su amo. Al mismo tiempo tenía mucho miedo y estaba encantado.

El hombre seguía sin movimiento. Una garra ancha y negra se asomó tímidamente y se posó como una pluma sobre el hombro destrozado. El mono se estremeció al contacto, y el miedo fué reemplazado por la compasión. El olor de la sangre se dilataba en ondas invisibles y tenues, cargadas de muerte y peligro; pero el mono rechazó sus salvajes instintos con toda la fuerza de una convicción nueva y profunda. Eran iguales el hombre y él.

Luego, movido no sabía por qué impulso, dió vuelta al hombre, y quedó maravillado por su poco peso. La selva seguía murmurando y silbando, pero él no se preocuaba de nada.

Después de un instante de vacilación, el enorme animal se alejó unas cien varas y volvió con unas cuantas hojas aromáticas, que puso suavemente en la herida. Era lo que habría hecho consigo mismo. La sangre corrió con menos fuerza y el mono se sintió feliz. Comprendió después que había algo más que hacer, e internándose en la selva volvió a los pocos minutos con algunas frutas que puso al lado del hombre inmóvil.

El tiempo pasaba y el animal se convencía cada vez más de que faltaba algo por hacer. No daba con lo que podía ser, y se ponía más y más inquieto, hasta que, obedeciendo a la ley de la selva, empezó a gritar, a llamar. Su voz, ronca, entrecortada y suplicante, subía hasta las copas de los árboles y llenaba la selva.

De pronto se calló, porque comprendió que penetraban en la selva seres que no le pertenecían. Al fin, los otros hombres dieron con lo que buscaban. El mono oyó sus exclamaciones, y vió cómo miraban a los árboles, como si buscasen algo. Dos cargadores negros tomaron cuidadosamente al herido y se lo llevaron. Uno de los blancos tomó la fruta que había llevado el mono, y envolviéndola en un pañuelo se la llevó también. Y cuando el pequeño cortejo se dirigió hacia el río, el mono lo siguió en silencio, lleno el agitado corazón de cosas inexplicables.

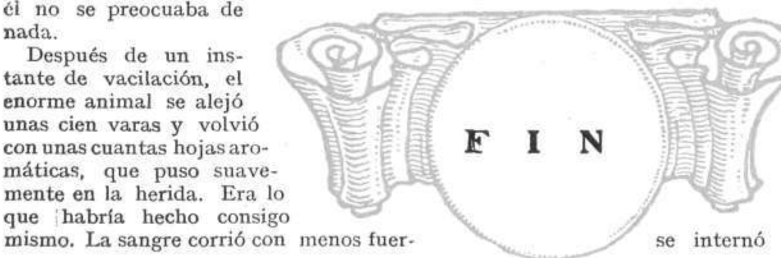
IV

Una semana después los extraños seres del campamento empezaron los preparativos para irse. El mono no podía explicarse de otra manera lo que veía. Al mismo tiempo comprendía claramente que no podría seguirlos. No llevó más fruta, se olvidó hasta de comer y se pasaba las horas balanceándose en su escondite, mirando con ojos llenos de pena. Se daba cuenta de cosas que hacían sufrir a su corazón, y cuando vió a uno de los que suponía animales nuevos — el suyo — llevado en una camilla a la canoa más grande, gruesas lágrimas corrieron de sus ojos. Luego, rumor de voces, el chapoteo del agua, y el silencio volvió a reinar en la selva.

El mono bajó a tierra y se dirigió al sitio en donde había estado el campamento. El olor de hombre aun quedaba, más fuerte en el punto en donde se había levantada la tienda. El mono lo escudriñó todo y tomaba todo lo que encontraba, para dejarlo, luego, deslizarse de sus ásperos dedos. Encontró un jarro de metal y los restos de una silla de campo: se sentó sobre ellos y tomó el jarro con sus negras manos. Después llevó lentamente la copa a los labios.

El día pasaba pero el animal no se movía. Llegó la noche y la selva repitió una vez más su canto innumerable. Las sombras se espesaron hasta que el monte quedó perdido en la obscuridad. De todos los seres de la selva él sólo no se movía, solamente él tenía pena. Desde más allá del desierto le había llegado un soplo, una lucecita había brillado vacilante en su salvaje cerebro. El soplo se había desvanecido y la luz estaba casi extinguida, pero en alguna parte de ese formidable cráneo sobrevivía aún una chispita.

El mono se irguió en su asiento, y dándose un golpe en el pecho lanzó un quejido salvaje a las estrellas. La ruda nota tuvo ecos distantes hasta que todos los animales de la selva se estremecieron en la obscuridad, y todo lo que andaba o trepaba o se arrastraba se impuso de que se «habían» ido. Gradualmente el grito fué haciéndose más agudo, mientras la pena se convertía en asombro y el asombro se convertía en ciega furia. Después, llevándose su tesoro y con la lujuria de matar, el gorila mismo se internó rápidamente en la selva.





Las AVENTURAS *del* VIEJO QUILQUES

Por SANTIAGO MACIEL

— Usté, amigo Quilques— dijo el comisario — ha de haber pasao por muy duros transes en su juventú, cuando hacía vida é matrero, escondiéndose en los montes o entre los pedregales de las sierras, pa juir del servicio melitar, durante las regoluciones... y nos gustaría mucho oirle contar...

— Me parece, comisario — interrumpió el juez, con mala intención, —qu'el transe más apurao de su esistencia es éste en que usté lo pone... porque, francamente, yo nunca he óido decir quel amigo Quilques haiga matreriao alguna vez, porque siempre ha sabido ser un hombre apreciao por tuito el mundo y particularmente por la polecía...

— Por eso mesmo — contestó, sonriendo, el aludido, — porque el aprecio de la autoridá es como el árbol del aruera. ¡Disgraciao del gaucho que duerme a su sombra!

— La polecía, amigo — contestó el comisario, — solamente persigue a los malevos...

— Y es estraño — respondió el viejo — que por tanto perseguirlos siempre haiga más...

— Es que los malos — agregó el juez — son más que los güenos.

— Si no lo dice usté, ¿cómo íbamos a saberlo?...

— Pero a usté ¿por qué lo buscaba la polecía?

— No me buscaba... Era yo, que no quería que me apreciase tanto...

— Un poco disagradecido ¿no? — dijo el comisario, algo nervioso.

— Mire, amigo — repuso el viejo, haciendo un movimiento de hombros — se puede ser agradecido y receloso al mesmo tiempo...

— Ta bien — dijo el juez, — acetamos que matrerió y que jué perseguido, allá en los tiempos en que la polecía no dejaba en paz ni a los malos ni a los güenos... pero a condición de que nos cuente sus aventuras de Juan sin miedo...

— Pa mi gusto no hay mejor vida que la del peligro — siguió Quilques, — porque el hombre se ha hecho pa la lucha, y ahura mesmo me considero feliz cuando me acuerdo de los casos en que estuve por dejar por áhi el pellejo... hecho criba por las medias lunas... Porque yo he peliao con los hombres y con las fieras, aunque es casi la mesma cosa...

— No estamos conformes — interrumpió el pulpero — y perdonen mi atrevimiento, pero yo soy un defensor de mis semejantes...

— Yo no me he referido a los mansos, sino a los ariscos... a los tigres... y esos no son de su laya. No hay que confundir sorro con yaguareté... ni vino con agua, aunque usté está acostumbrao a confundir...

— Güeno — dijo el comisario, dirigiéndose al comerciante, — está perdonao, pero no interrumpa al orador otra güelta, si no es p'alcansarle una copa... de caña o giniebra... confundida.

El auditorio aplaudió ruidosamente la ocurrencia, lo que dió lugar a que el viejo, siempre oportuno, dijese:

— ¡Cómo se ve el cariño que le tienen al pulpero!

— Se conose — dijo el juez — que estaba guardao hase mucho tiempo, por la juersa con que ha salido.

— Se merese la manifestación — agregó Quilques — y tiene que agradeserla, convidando a tuitos los presentes... si es generoso...

— ¿Generoso? — exclamó un paisano — ¡ya lo creo! El otro día me rebajó la cuenta... porque se había equivocao...

— Es milagroso — dijo Quilques — y propongo que, dende este momento, se le llame padre é los pobres, pa que siga la güeya.

— Basta de broma — gritó el comisario, — que'l amigo Quilques tiene la palabra.

— Sigo entonse — dijo el viejo, poniendo cara de circunstancia, — y les voy a contar el percanse que me pasó con el hombre más temerario y bandolero que he visto, y eso que he conosido muchos. Usté ha de haber óido hablar d'él, comisario; se llamaba el pardo Manduca...

— Nunca he óido ese apelativo...

— Era un hombre sin entrañas, d'esos que regüelven en la herida, por puro gusto, el puñal que clavan... Matreriaba como yo, pero por causas diferentes. Yo, por no querer servir a naide, y él juyendo e la justicia...

No es cosa fácil encontrarse dos hombres en un monte espeso de más de diez cuadras de ancho, pero la casualidá se encarga, a veces, de llevarlo a uno como de la mano.

Yo me había acercao una mañana a la orilla de una abra, ganoso, dejuro, de aire, luz y libertá, cuando vide que de un rancho, que no estaba a más de media legua del monte, salía un muchacho montao en un petiso, en diresión a mí. Me eché de

barriga pa oservarlo y pa que no me viera. Empesó a galopiar y noté que traiva unas maletas.

— ¿Qué vendrá á haser aquí? me pregunté, bastante intrigao, porque el caso era muy estraño ¿no?

Poco tiempo dispués, el jinete se apiaba, metiéndose en el monte con las maletas en el hombro. Yo me levanté dispasito y lo seguí, tratando de no haser ruido, cuando vide que se le acercaba un hombre alto, medio barrigón, mal empilchao, con un facón tan largo, que aunque lo llevaba cruzao en la cintura, del lao de la espalda, le salía ajuera como una cuarta e mango y punta. Yo, al verle la cara, me quedé haciendo cruses, Bien conocía a aquel bandolero cimarrón, asesino de hombres y mujeres. Era el pardo Manduca.

— ¿Trais lo que te encargué? — le preguntó al pobre chiquilín, que temblaba de miedo.

Vació las maletas en el pasto y empesaron a salir d'ellas carne asada, biscochos, pasteles y una botella que sería, dejuramente, de caña. Dispués se las devolvió y le dijo:

— Decile a tu madre que mañana quiero que me traiga tu hermana la comida y que si no viene, yo mesmo iré a sacarla del rancho, a la juerza.

El chico se puso a llorar y le contestó:

— Fermina no puede venir porque está enferma.

— Aunque se esté muriendo — le retrucó él, echando chispas por los ojos y ahogándose de rabia. Dispués, largando una risotada, agregó:

— Es lástima que una mujer tan linda se haiga enfermao ansina redepente; pero decile que no se aflija, que yo la voy a curar en seguida, porque soy dotor de las güenas mosas.

El chico dió güelta cara y se jué disparando, mientras el bárbaro se reía abriendo la boca jetona, negra como sus entrañas.

— ¿Y usté que hizo? — preguntó el comisario, con cierta ansiedad. — ¿No lo atropelló allí no más dejándolo estirao?

— Esa jué mi primera intención, comisario, pero dispués pensé qu'era mejor andar con tiento, porque el hombre no era de madrugar, y a más porque yo había dejao las armas en mi guarida.

— Ya sabemos — dijo el juez — cuánto vale su prudencia. Los hombres guapos como usté no se comprometen sonsamente.

— Ansina es — contestó Quilques con arrogante ademán — y jué por eso que me refalé entre las ramas, casi gatiando, y no levanté cabesa hasta verme lejos de aquel bandido.

Al otro día, a la mesma hora, ya estaba yo aguaitando en la abra. Vide salir al petiso del rancho, montao por una mujer. Era, dejuro, la infeliz qu'él había mandao buscar.

— ¡Ah pardo canalla! — dije entre dientes; — o no hay justicia en el cielo o yo te voy a enseñar cómo se respeta a una inosente.

La pobrecita venía llorando desconsolada, y se apió dejándose cáer como cuerpo muerto. Estuvo un ratito con la cabeza agachada, tocando con la frente la montura. Dispués se limpió los ojos y, como si hubiese tomao una resolución, sacó las maletas d'encima del animal y entró en el monte, llevándolas de arrastro. Yo la seguí, lo mesmo qu'hise con el hermano, y me escondí detrás de un laurel tan grueso como un ombú. En cuanto la vido el pardo se le vino con los brasos abiertos, mostrando los dientes curaos por el tabaco.

— Prenda é mi alma — le dijo, — muchas gracias por haber venido...

Ella le contestó poniéndose pálida y como si no hubiese óido el saludo:

— Ahi tiene la comida...

— ¡Qué m'importa la comida! — contestó él, echando espuma por la boca. — A vos es lo que quiero, estrella é mi vida...

Y de un salto se le jué encima abrasándola... ¡y quién lo iba a crer! ella, a la fija desesperada, le pegó un rempujón que lo hiso recular más de una vara.

Entonces el pardo, rabioso, no tuvo miramiento; la agarró de la cintura y la voltió... diciéndole con voz ronca:

— Es al cuhete que te resistás, indina. Si juera el babieca é tu novio, no serías tan arisca. A ese decile que se apronte pal viaje al otro mundo.

Ella empesó a dar gritos, pidiendo ausilio, aunque bien sabía que naide la iba a socorrer en aquel sitio abandonao. Dios solamente... o yo... por orden suya...

— ¡Lindo, nomás! — dijo el juez, parándose, — ansina habla un valiente.

— ¡Si yo me hubiese encontrao presente! — exclamó el comisario, apretando el puño — habría pagao el cobarde tuitas sus deudas.

— Esa suerte no es pa la polecía, porque ya se sabe que siempre llega dispués del asesinato o el robo... Es fatal...

— No se salga é la güeya — respondió el aludido, tratando de contener las risas y los comentarios.

— Güeno — prosiguió el viejo, — cuando yo carculé que había llegao el momento de intervenir en el asunto... salí de atrás del árbol y me le acerqué, sin sacar armas, como pa demostrarle que no le tenía miedo.

— Deje más que ligero a esa mujer ¡cobarde! — le grité, con voz firme, pero tranquila. — No había acabao de hablar cuando el bárbaro dió un salto de tigre y, echando mano a la cintura, sacó de un golpe el facón y se me vino como luz, encima, tirándome una cuchillada que, si no me ladeo un poco, me traspasa de parte a parte.

Nunca vide una cara más fiera en mi vida. Los ojos y la boca espresaban la maldá de su alma de condenáo y con las motas alborotadas, los brasos largos y gordos, parecía un animal salvaje engendrao por los genios malos del monte en una noche negra de espanto y disgracia.

Ansina mesmo yo no temblé ni un momento. La muchacha se había levantao y miraba la esena con ojos de loca, recostada a un árbol.

Yo no le sacaba los míos de encima al pardo, porque en cuanto hubiese pestañao solamente, me había traspasao de una puñalada.

Pronto se dió cuenta de que no me iba a sorprender, y de que tenía que peliar con un hombre acostumbrao al peligro. Yo, por mi parte, no me hacía ilusiones, porque ya conocía al tipo por sus mentas de traicionero y cuchillero envalentonao, autor de cien crímenes alevosos. Por eso cuando me gritó, pa distraerme:

— ¿Quién lo mete, disgraciao, en mis asuntos? ¿No sabe quién soy yo? Si lo supiese le iba a temblar la osamenta...

Yo nada le contesté y saqué, ricién, el puñal de la vaina, un puñal que parecía mangorrero comparao con su facón.

El largó otra risotada. El diablo se ha de réir de esa manera, dejuramente, cuando echa una maldición o un alma al infierno...

Ya preparao pa la pelea, hablé, serenamente.

— Encomiende su alma a Dios — le dije — porque ha llegao el momento de espiar tuitos sus crímenes...

Siguramente pensó que se le había presentao la oportunidá, porque me atropelló mandándome un viaje de esos que no tienen boleto é güelta. Pero yo se lo paré en medio el camino. Sorprendido por mi baquía, perdió el aplomo, quedándose sin saber qué partido iba a tomar pa desbarrigarme, y yo, ligero como un rayo, de un revés, le corté el cachete derecho, la nariz y el cuero é la frente, de

un sólo tajo, y la lonja le quedó como una careta colgándole de un costao.

Rugió lo mesmo que una fiera en la trampa y trató de acomodarse, con la surda, el pedazo é carne que le estorbaba. Yo, que ya me había dao cuenta de la ventaja que había conseguido, con ayuda de la divina providencia, no quise ultimarlo, aprovechándome de que estaba casi ciego. A más, pensé, que viéndose tan mal, podía dirse, internándose en el monte, pero el facineroso no era hombre capaz de reflesión ninguna, porque cuando atacaba sólo la muerte podía dejarlo quieto. Yo sabía que una ocasión pelió y venció, habiendo recibido cincuenta puñaladas, arrastrando las tripas.

Y se vino otra vez con el facón en una mano, el trabuco naranjero en la otra y el troso é la cara colgando. Me disparó el tiro casi a quemaropa, pero yo me había agachao en el mesmo istante de la esplosión y los cortaos barrieron las hojas y rompieron las ramas, pasando a un dedo sobre mi cabesa.

Conoció, no sé cómo, que me había errao y volvió a atropellarme, echándome sobre un tronco. Me vide mal, pero no di por perdida la esperansa. Al fin y al cabo, era el bien peliando con el mal, y si lo mataba haría un servicio al mundo.

Ese pensamiento me dió ánimo y empesé a parar los golpes con mucha fortuna, tratando de cansarlo. Pronto noté que estaba perdiendo mucha sangre por las heridas que le había hecho, sobre todo por la de la cara, que era horrorosa, y mantuve mi atitú de defenderme solamente. El me creyó ya juera e combate y me largó un hachaso a la cabesa, que si me lo pega, me la parte como una sándia. Ese golpe jué su perdición, porque, en cuanto levantó el arma pa darme otro hachaso, yo le metí la hoja hasta la empuñadura en el pecho. El hombre cayó de espalda, resollando por la boca y por la herida, hasta que, dispués de un pataleo, se quedó estirao, con los ojos vidriosos.

Ansina acabó su esistencia, señores, el más facineroso y más temible de los hombres. No juí yo quien lo mató; jué la justicia divina.

— ¿Y la muchacha? — preguntó el comisario. — ¿No se desmayó siquiera, mirando esa bárbara carnicería?

— Ya *lo creo — contestó Quilques, sonriendo,* — se había desmayao unas cuantas veces y tuve que cargarla, ¡pobrecita!, y ponerla encima el petizo, porque, con la emoción, había perdido las juersas y hasta el habla.

Más tarde nos hicimos muy güenos amigos, y pudo agradeserme cuanto hise por ella....





PRIMAVERA EN LA MONTAÑA

Primavera en la montaña
y un sol de oro en el cielo.

Los álamos musicales
suenan sus hojas de argento.

Y en la luz matutinal
deslumbran sus cabrilleos.

La campiña está esmaltada
de botoncitos de fuego.

Y ¡oh! las lindas florecillas,
azules en el romero,

amarillas en la aliaga,
nevadas por los senderos.

Cómo canta el regatillo
entre los verdes helechos.

De vez en cuando un pastor
suena su cuerna a lo lejos.

Y, aquí, si el viento que pasa
hace vibrar el silencio,

suena en mi cráneo la música
más dulce del universo.

Bendita sea la tierra.
Loados sean los cielos.

¡Qué pena que tenga yo
mi corazón casi muerto!

PEDRO HERREROS



EL ATUN

Del griego *skomeros*, formaron los latinos la palabra *scombrus*, que significa *caballa*. La zoología aprovechó esa voz para designar a la substanciosa familia de los *escómbridos* en la que figuran atunes, bonitos, caballas o escombros y otros peces *acantopterigios*. El vocablo acanptoterigios te lo expliqué al hablarte de otros peces como la trucha, la corvina, el bagre y el pejerrey; pero no está de más repetir que *acantos* quiere decir *espina*, y *pterigion*, aleta.

Los escómbridos tienen movible la mandíbula superior, espinas en las aletas, esqueleto óseo y branquias cubiertas por *opérculos* llamados vulgarmente *agallas*.

El atún es el más grande de los escómbridos. Vive casi exclusivamente en el mar Mediterráneo. Les sucede lo mismo que a los pueblos antiquísimos que habitaron las orillas de ese enorme golfo al que los romanos llamaron «Mare Nostrum» y «Mare Internum». Claro que hay también atunes para los cuales no reza la inscripción célebre: «Non plus ultra» (no más de la otra parte) puesta sobre las columnas de Hércules, es decir, Gibraltar y Ceuta, que limitan el estrecho de Gibraltar. Estos atunes atrevidos salen del Mediterráneo y se pasean por la costa del Atlántico.

En esto de los atunes hay alguna confusión. Por ejemplo, la gente llama toninas a unos peces que pasan a una o dos millas de la costa haciendo cabriolas muy graciosas. Se las ve sacar el lomo igual que submarinos y volver a ocultarse. Estas toninas lo mismo pueden ser delfines que atunes. El delfín es un cetáceo y la tonina está clasificada por los zoólogos entre los atunes. *Thynnus* o *thunnus thunina* llama la ciencia a un atún que solo tiene de 0,70 a 1 metro de longitud. También la zoología llama atún a la albacora, pez de las mismas dimensiones que la tonina, cuya carne produce envenenamientos.

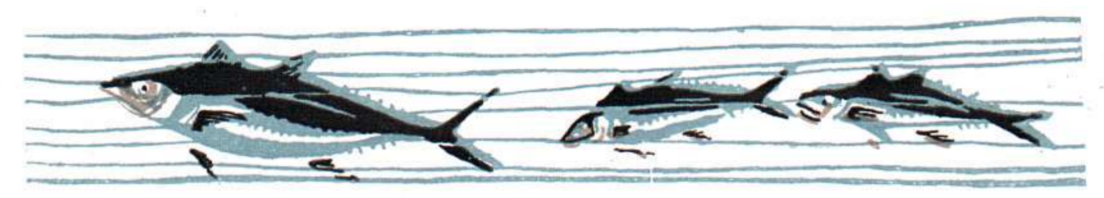
El verdadero atún es el *Thynnus thynnus*, o sea, *atún atún*, bicharraco de 2 ó 3 metros de largo que puede pesar hasta 600 kilos, bravísimo navegante que penetra en el mar Negro y se sale del Mediterráneo para recorrer la costa oriental del Atlántico llegando hasta las playas meridionales de Inglaterra, y a veces se mete en el Báltico.

Los atunes tienen misteriosas costumbres. Hay épocas del año durante las cuales ni se les ve. Seguramente viven en las aguas más profundas. De marzo a julio acuden en grandes bandadas a la costa para desovar. Después en octubre, cuando las crías pesan ya un kilo, las bandadas se retiran mar adentro. En estas dos épocas es cuando se hace la pesca del atún.

Las bandadas de atunes son grandes y siguen a las enormes bandadas de sardinas, anchoas y otros pececillos que les sirven de alimento. Alrededor de los atunes se agolpan los delfines y tiburones para comérselos a su vez.

En las costas de Cádiz y Tarifa, del Atlántico; en las de Cataluña, Provenza, Génova, Cerdeña, Sicilia y otras aguas hay almadrabas o sean ensenadas donde acuden los atunes y cuyas entradas se cierran con redes. Allí se verifican terribles carnicerías de este sabroso pez que llega acá despedazado y metido en latas.

EDUARDO DEL SAZ



DIBUJOS DE MACAYA

Página Infantil

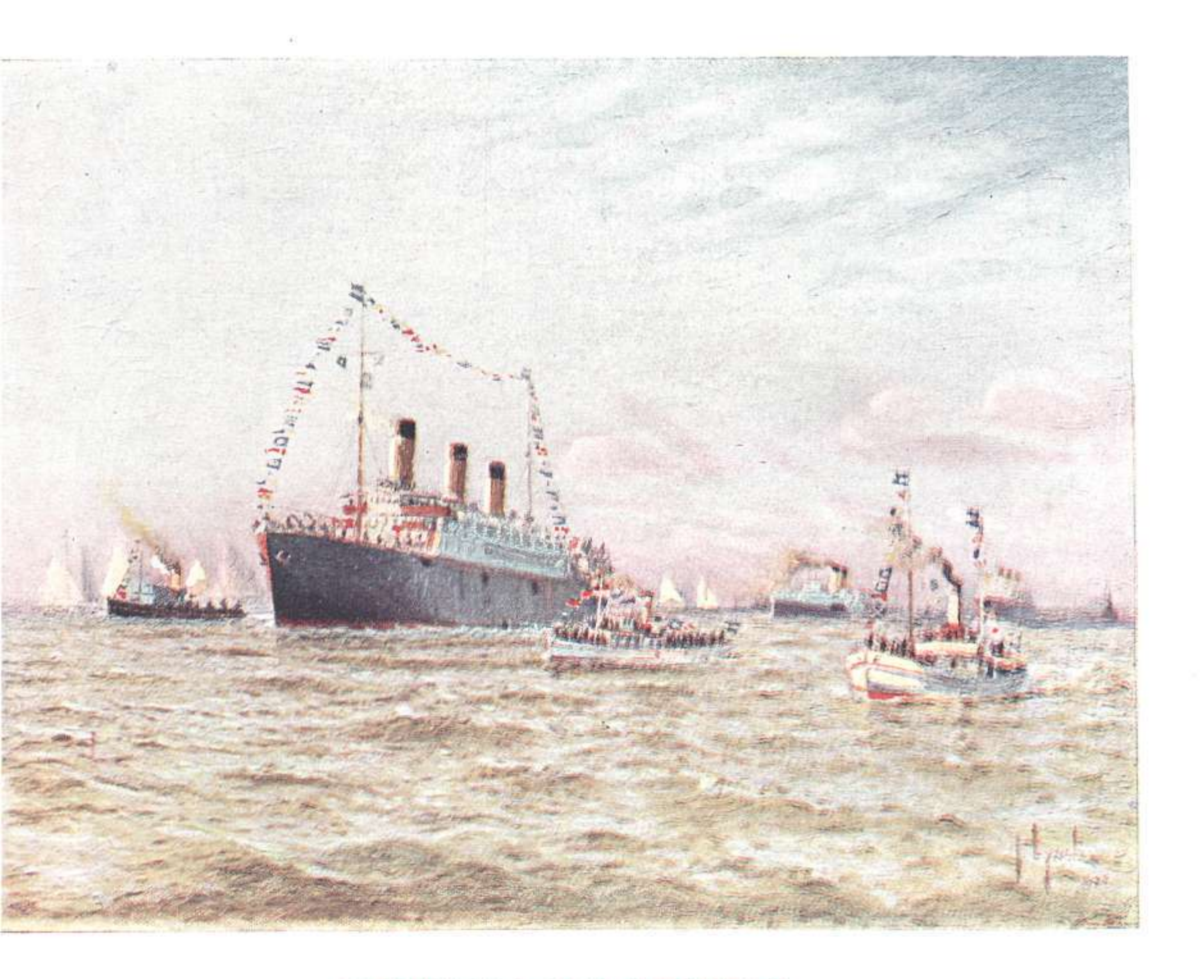
Panchita D. Martz



Olga Hemilce Gutiérrez



Ignacio Lugones



RECUERDO DEL REGRESO
DEL DOCTOR ALVEAR

EL "MASSILIA"
ENTRANDO AL PUERTO
DE BUENOS AIRES

ÓLEO DE LYNCH

ACTUALIDADES VARIAS

Delegación argentina a la Conferencia Panamericana



Doctor Fernando Saguier, senador nacional, nombrado representante argentino ante la V Conferencia Panamericana que se celebrará en Chile.



Doctor Manuel E. Malbrán, nuevo embajador en Chile, que también formará parte de la delegación argentina ante las conferencias.



Doctor Manuel Augusto Montes de Oca, que asimismo asistirá oficialmente a los debates panamericanistas que se sustentarán en la vecina república próximamente.

Centro Militar de Expedicionarios al Desierto



Destacados militares que integran la nueva comisión directiva de este Centro y de cuyas gestiones se esperan excelentes resultados culturales y patrióticos.

Liga de maestros de territorios



Liga de maestros nacionales de los territorios que acaba de constituirse para la defensa de sus intereses pedagógicos y para la difusión de sus ideales educadores.

Campaña electoral



Manifestación política de varias conscripciones socialistas en la plaza de Italia con motivo de las próximas elecciones a senador. Una enorme y entusiasta muchedumbre escuchó la palabra de los oradores, aplaudiendo calurosamente al candidato proclamado, doctor Mario Bravo.



Señora Cano de Bunge.



Señoras Anita Quirno de Castro y Juana Castro de Barreto.



Señoritas de Madero.



Señora de Esteves.



Señoritas Etchepareborda y Seré.



Un grupo de hermosas veraneantes luciendo, entre las olas, sus ligeras "toilettes" de baño.



Señor Bosch y señorita Susana Bosch.



Señora Pellens y señoritas Leonor y Raquel Arias.



Señora Celina Zaldarriaga de Paz y señora y señorita de Beláustegui.



Señoritas de Lalor.

La temporada


Señora de Mignaquy.


Señoritas de Ledesma.


Doctor Rocha y señora.


Señoritas de Benedit.


Doctor Saccone y señora.


Una elegante mamá vigilando a los dos pequeños niños en sus juegos de la arena.

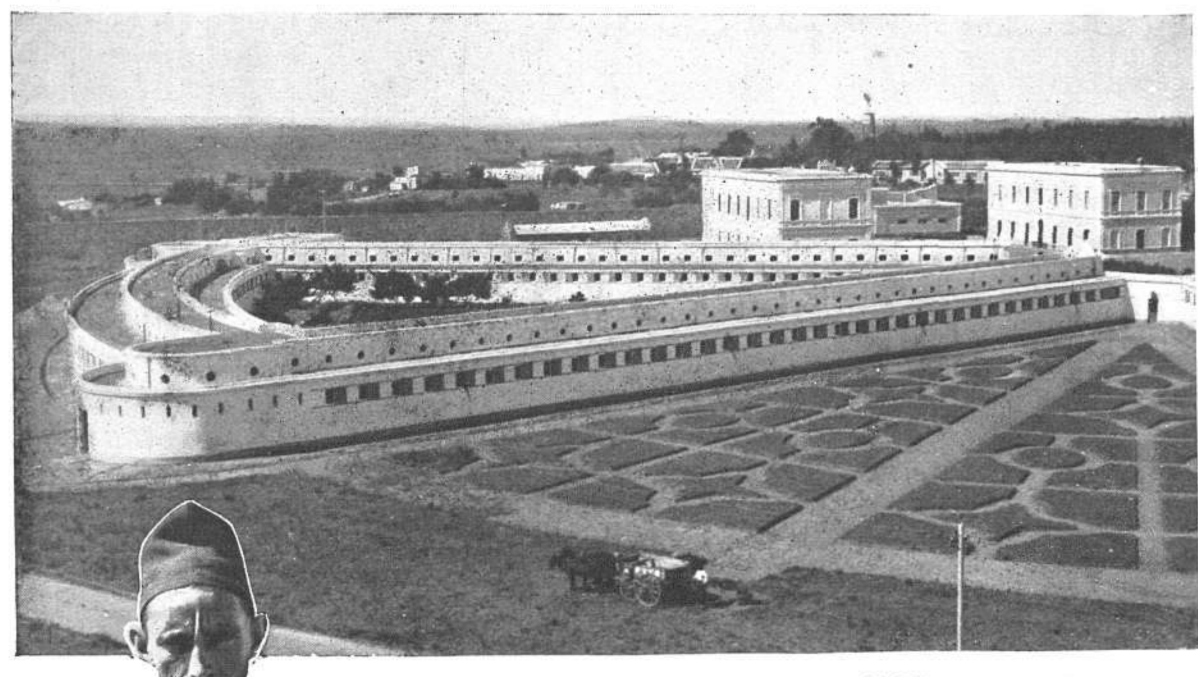

Señor Fernando Sauze y señora.


Doctor Pereyra y señora.


Familia de Ledesma.


Señoras de Ray y Goya Herrán.

de Mar del Plata



LA CASA DE LOS MUERTOS.



VISTA DESDE LO ALTO.

513 PENADOS QUE CUMPLEN 12.560 AÑOS DE PRESIDIO

Porque ese hombre mató, la sociedad le saca a ese hombre — todos los días — un día de vida. ¿Y, cómo? Aquí estoy frente a la puerta de la casa extraña, donde se volatilizan con igual soltura el granito y los años. Es el presidio de Sierra Chica, levantado en las entrañas de piedra, de pórfido y diorita de la cantera inagotable. La piedra es ruda al cincel y desconsoladora a la vista. La piedra es hosca y dramática. Cae, destroza y mata, ciegamente, sin explicárselo, así como esos hombres que vengo a ver, mataron. Y es esa materia — la más árida, el granito, la más cruenta, la piedra] más pesada, que debe vencer horadar, mudar, triturar o modelar el gusano silencioso del penado. 25 años de cadena, eran otrora. Hoy son veinte y cinco años de labor doblado sobre la informe masa sin atractivo, ni belleza. El sol llega a punto para darle fuerza y salud al presidiario, pero le quita placer al paisaje. Son veinte y cinco años de horror disciplinado. Cae un telón de hastio ante los ojos.

Y la puerta se abre. Y otra puerta. Y más allá otra puerta, para alcanzar recién hasta el monumento de ingeniería en que vuelven a encontrar la noche sedante los que cayeron por el crimen hasta tocar el máximum de la ley, la muerte.

El expediente de su proceso tenia tapas de cartón color verde y la clemencia de los jueces ancianos, cansados de juzgar, les conmutó la pena. A otros las redujo el juego de la política provinciana que no pierde de vista a estos brazos peligrosos, para fuerza de sus argumentos electorales, que así como los salvajes se pintaban el rostro para amedrentar a sus adversarios, así también la lucha cívica del período terciario necesita en las provincias la presencia de los matones calificados para hacerse respetable.

LA CARNE DE PRESIDIO QUE APLACA CONTRA LA



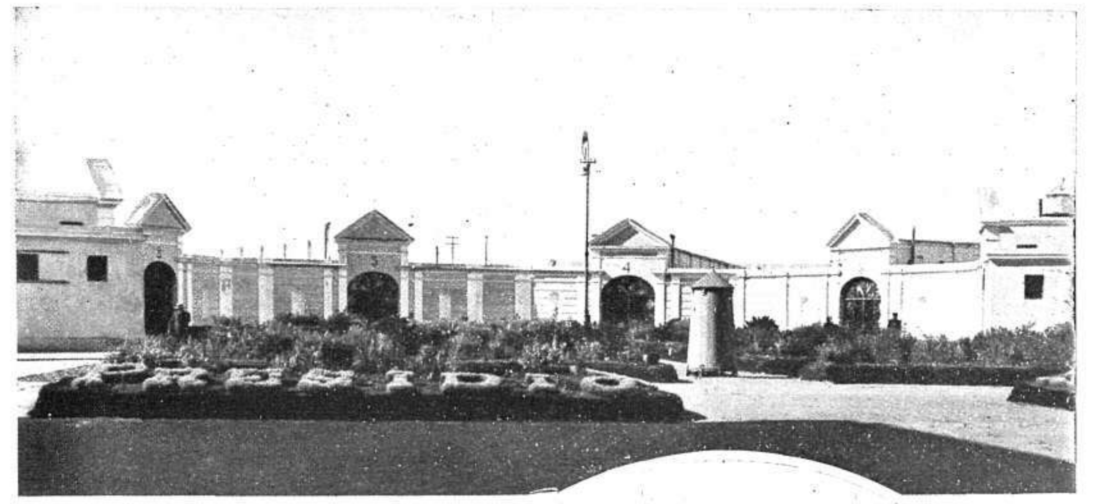
NUESTRO REDACTOR TRASPONIENDO LA PUERTA DANTESCA.



LAS LLAVES DEL SOL Y DE LA SOMBRA Y EL CARCELERO QUE LAS GUARDA CELOSO.



EL REPRESENTANTE DE LA SOCIEDAD QUE VIGILA



EL ELEGANTE JARDÍN DEL PRESIDIO, DONDE SE ABROCHA EL ABANICO DE LOS PABELLONES.

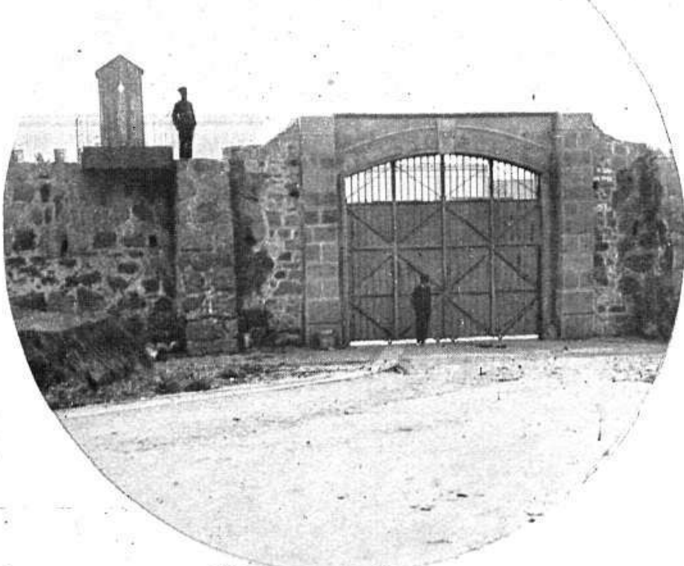
Pero, vistos ya a la sombra de los muros ásperos, esos hombres se titulan inocentes.

Inocentes lo son todos.

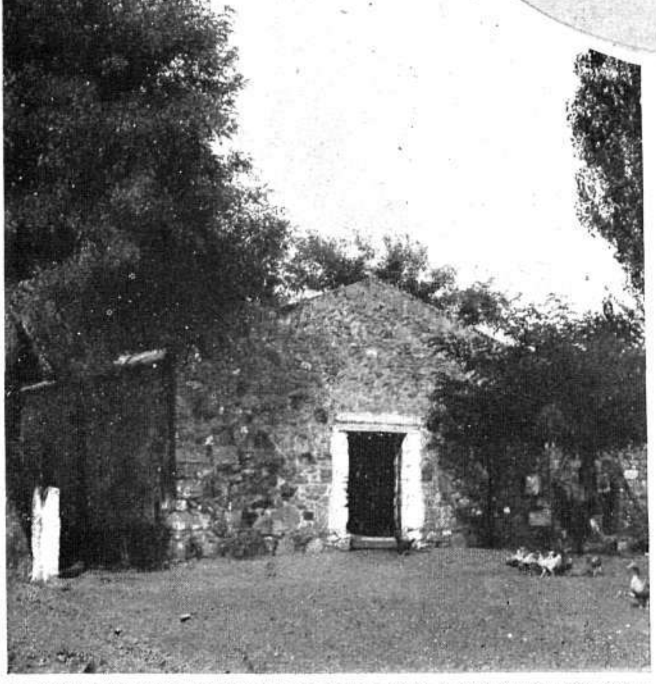
Unos porque idearon, tarde, un determinismo inmediato que jugó con ellos; otros porque concibieron en el infierno la belleza del paraíso que nosotros mismos no nos explicamos; y otros son inocentes porque el vicio, la degeneración, la herencia los había desdibujado sin piedad. Sus rostros son los rostros de asesinos, tal como los conciben los niños en sus pesadillas.

¿Cómo no iban a matar, me lo pregunto, teniendo el rostro y los músculos que paralizan a las víctimas, como el aliento de las víboras somete a los pájaros a caer en sus gaznates? Mataron.

Y teniendo como tienen explicado su destino en el rostro, son los únicos que no saben encontrar la causa de su «desgracia». La causa del «hecho» como se dice entre profesionales.



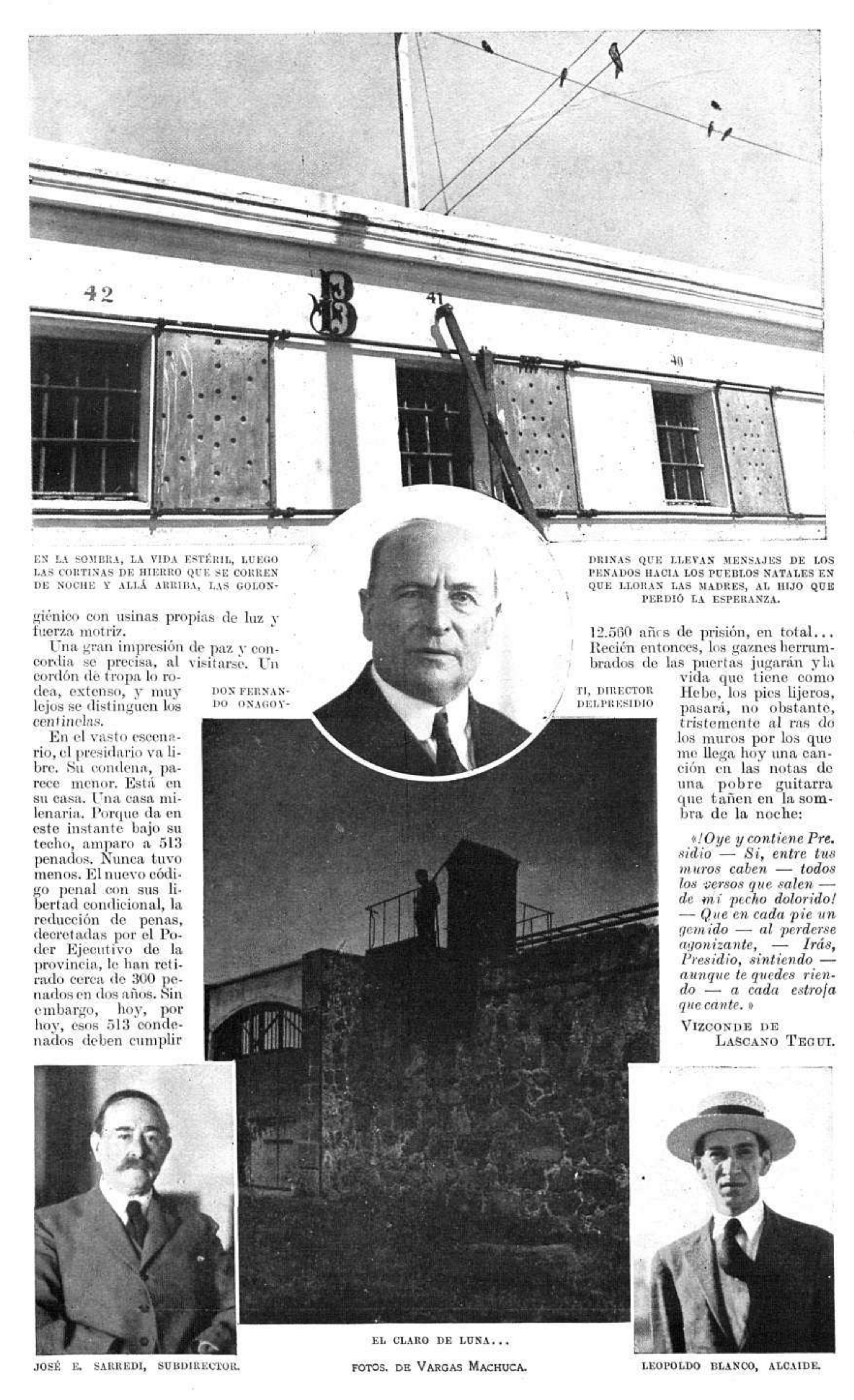
¡SIEMPRE LAS REJAS Y LAS PUERTAS!... LA QUE SE ABRE SÓLO A LOS PRESOS RUMBO A LAS CANTERAS.



EL PRESIDIO PRIMITIVO RODEADO DE UN FOSO Y EN EL QUE SE GUARDARON LOS 25 PRIMEROS PENADOS, CONVERTIDO HOY EN MODESTO GALLINERO.

El presidio de Sierra Chica ha perdido, el foso, el palenque, el cepo original. Es hoy, bajo la dirección paternal y cristiana de don Fernando Onagoyti, la casa grave en que cuelan sus años de condena los muertos de Fedor Dostoyewski. No hay penas. No hay reclusión, No hay castigos. El interés del mismo preso que acumulando un mínimo jornal le permitirá abandonar la cárcel con dinero suficiente para buscarse trabajo, lo saca de la celda. Muchos penados vienen mal prevenidos desde esa escuela del delito, la cárcel, y creen que no yendo al trabajo harán un mal a la sociedad que los aisla. No. El mal se lo hacen ellos mismos. La sombra de la celda es fatal, como su silencio. El trabajo redime. Es el compañerismo, la luz, y es el lenitivo mejor que se conoce para el alma atribulada. El trabajo atenúa la pena y el alcaide actual, con una paciencia que le admiran los mismos presos, induce a los reacios a la propia salud. En las celdas quedan pocos. El adolorido o el desequilibrado sin remedio.

El presidio es un gran taller. La industria de la piedra lo absorbe, pero cuenta con talleres diversos. Extendido en varias hectáreas, es un edificio moderno e hi-



EN LA SOMBRA, LA VIDA ESTÉRIL, LUEGO LAS CORTINAS DE HIERRO QUE SE CORREN DE NOCHE Y ALLÁ ARRIBA, LAS GOLONDRINAS QUE LLEVAN MENSAJES DE LOS PENADOS HACIA LOS PUEBLOS NATALES EN QUE LLORAN LAS MADRES, AL HIJO QUE PERDIÓ LA ESPERANZA.

DON FERNANDO ONAGOYTI, DIRECTOR DEL PRESIDIO

giénico con usinas propias de luz y fuerza motriz.

Una gran impresión de paz y concordia se precisa, al visitarse. Un cordón de tropa lo rodea, extenso, y muy lejos se distinguen los centinelas.

En el vasto escenario, el presidario va libre. Su condena, parece menor. Está en su casa. Una casa milenaria. Porque da en este instante bajo su techo, amparo a 513 penados. Nunca tuvo menos. El nuevo código penal con sus libertad condicional, la reducción de penas, decretadas por el Poder Ejecutivo de la provincia, le han retirado cerca de 300 penados en dos años. Sin embargo, hoy, por hoy, esos 513 condenados deben cumplir 12.560 años de prisión, en total... Recién entonces, los gaznes herrumbrados de las puertas jugarán y la vida que tiene como Hebe, los pies lijeros, pasará, no obstante, tristemente al ras de los muros por los que me llega hoy una canción en las notas de una pobre guitarra que tañen en la sombra de la noche:

«¡Oye y contiene Presidio — Si, entre tus muros caben — todos los versos que salen — de mí pecho dolorido! — Que en cada pie un gemido — al perderse agonizante, — Irás, Presidio, sintiendo — aunque te quedes riendo — a cada estrofa que cante.»

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.

JOSÉ E. SARREDI, SUBDIRECTOR.

EL CLARO DE LUNA...

FOTOS. DE VARGAS MACHUCA.

LEOPOLDO BLANCO, ALCAIDE.

CARAS Y CARETAS EN ESPAÑA

SOLEMNE RECEPCION DEL EMBAJADOR ARGENTINO

El nuevo embajador de la República Argentina, doctor Carlos de Estrada, en la carroza de Palacio que le condujo a la brillante ceremonia de la presentación de credenciales, después de la que cumplimentó a la reina doña Victoria y a la reina madre doña María Cristina, habiendo asistido al acto una lucidísima representación de la grandeza de España, el gobierno en pleno y varios altos jefes del ejército. Al paso del cortejo la población dispensó al ilustre representante diplomático elocuentes manifestaciones de simpatía.



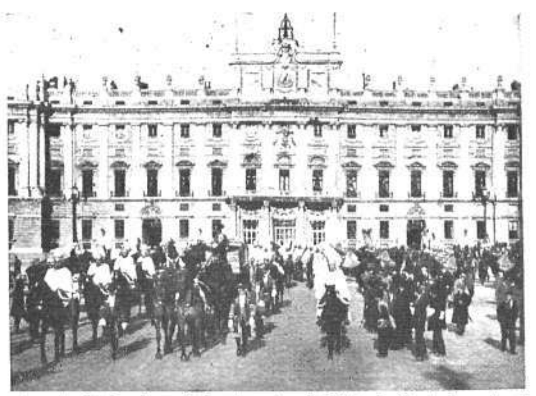
El digno representante en visita oficial con los señores marqués de Alhucemas y don Santiago Alba, presidente del Consejo y ministro de Estado respectivamente.



El alto personal de nuestra embajada al salir del hotel Ritz para tomar las carrozas de Palacio y asistir a la significativa ceremonia.



La carroza que condujo al consejero de la embajada, señor Gayán.



Aspecto de la plaza de la Armería, del Palacio Real, durante el


REFINERIA DE ACEITES
PUROS DE OLIVA
BAU
CALIDAD EXTRA-FINA
IMPORTADORES EXCLUSIVOS
PARA LA REPUBLICA ARGENTINA
FREIXAS Y Cia Buenos Aires
La mas poderosa
institución industrial del mundo
respalda cada
lata de aceite Bau
Freixas & Cia

2 de febrero de 1813.— Declaración de libertos

En la «Gazeta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires», fecha 5 de febrero de 1813, se publicó lo siguiente:

«Sesión del día 2. Decreto. *Bando publicado a virtud del decreto soberano de este día.* El Supremo Poder Ejecutivo provisorio de las Provincias unidas del Río de la Plata, a los que la presenten viesen, oyesen y entendiesen. Sabed: que la Asamblea Soberana general constituyente se ha servido expedir el decreto del tenor siguiente:

« Siendo tan desdoroso, como ultrajante a la « humanidad, el que en los mismos pueblos, que « con tanto tesón y esfuerzo caminan hacia su li« bertad, permanezcan por más tiempo en la escla« vitud los niños que nacen en todo el territorio de « las Provincias unidas del Río de la Plata, sean « considerados y tenidos por libres, todos los que « en dicho territorio hubiesen nacido desde el 31 « de enero de 1813 inclusive en adelante, día con« sagrado a la libertad por la feliz instalación de « la Asamblea general, bajo las reglas y disposi« ciones que al efecto decretará la Asamblea gene« ral constituyente. Lo tendrá así entendido el « Supremo Poder Ejecutivo para su debida obser« vancia. Buenos Aires, febrero 2 de 1813. *Carlos « Alvear,* presidente.—*Hipólito Vieytes,* diputado « secretario». Por tanto, para que este soberano decreto tenga su puntual y debido cumplimiento, publíquese por bando en esta capital, imprímase y comuníquese al Gobernador Intendente de esta Provincia para que lo haga así mismo notorio en todos los puntos de su dependencia, dirigiéndose igualmente a todos los gobiernos de la comprensión de este Supremo Gobierno Ejecutivo a los efectos que van prevenidos. Buenos Aires, 3 de febrero de 1813. — *Juan José Passo, Nicolás Rodríguez Peña.* Por mandato de S. E., *don José Ramón de Basavilbaso*».

Y más tarde, 10 de marzo, dióse a la publicidad el oportuno reglamento del que tomamos los artículos más interesantes:

«Art. 4.º — La lactación de los infantes libertos deberá durar doce meses por lo menos.

Art. 5.º — Cuando se hubiese de vender una esclava, que tenga un hijo liberto, deberá pasar con él a poder del nuevo amo, si el liberto no hubiese cumplido aún los dos años; pero pasado este tiempo, será a voluntad del vendedor el quedarse con él, o transpasarlo al comprador junto con la esclava.

Art. 6.º — Todos los niños de castas, que nacen libres, deberán permanecer en casa de sus patrones hasta la edad de 20 años.

Art. 7.º — No tendrá lugar el artículo antecedente; si los libertos fuesen tratados con sevicia, por sus patronos; pues justificado que sea, ante la policía deberá ésta destinarlos a la casa que regulase más conveniente. Tampoco tendrá lugar, si los patronos por pobreza conocida, por corrupción incorregible de los libertos, o por otros motivos resistieren mantenerlos consigo; en cuyo caso deberán aquéllos dar cuenta a la policía para darles otro destino.

Art. 8.º — Los libertos servirán gratis a sus patronos hasta la edad de 15 años; y en los cinco restantes se les abonará un peso cada mes por su servicio, siendo de cuenta de sus patronos la demás asistencia.

Art. 9.º — Cada mes deberán entregar el contingente del salario todos los vecinos por el número de libertos que tuviesen.

Art. 10. — Se creará una tesorería con el nombre de *Tesorería Filantrópica,* y en ésta serán percibidos los salarios mensuales de todos los libertos.

Art. 11. — El destino, o profesión que hayan de tener los libertos cumplidos los 20 años será del arbitrio, o elección de ellos mismos; cuidando el intendente de policía que no vaguen con perjuicio del Estado.

Art. 12. — Cumpliendo el liberto los 20 años de su edad, deberá desde el mismo día ser emancipado de su patrono, y darse cuenta a la policía.

Art. 13. — A cada liberto varón que prefiriere la labranza, se le darán por el Estado cuatro cuadras cuadradas de terreno en propiedad.

Art. 14. — No podrá señalarse al liberto el establecimiento en la campaña, ni ponérsele en su posesión, sin que se case con libre, o liberta, si antes no lo hubiese verificado.

Art. 15. — Las libertas quedarán emancipadas a los 16 años, o antes si se casasen; y desde los 14 deberá abonárseles por su servicio un peso mensual, que del mismo modo entregarán sus patronos en la tesorería filantrópica.

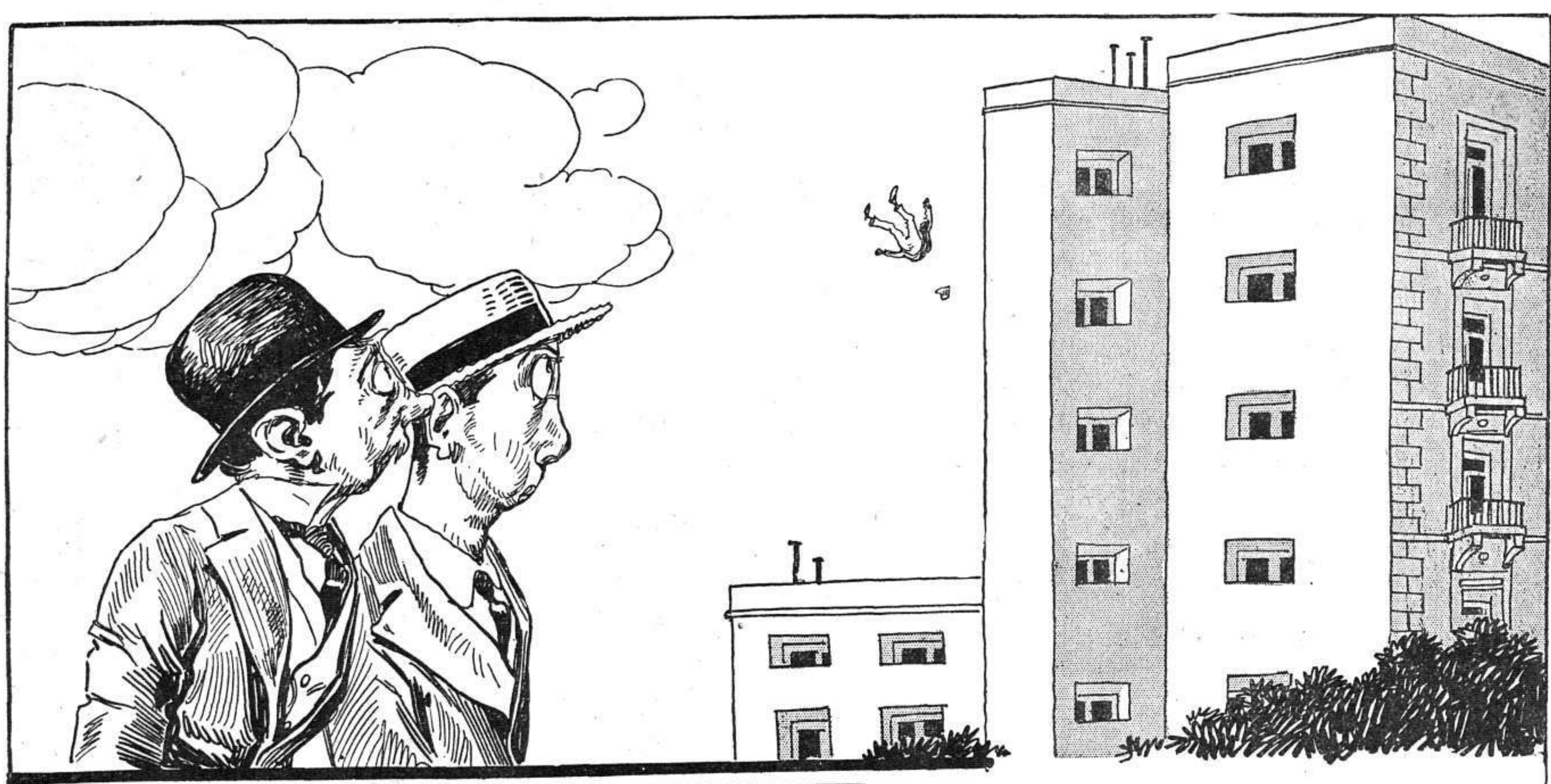
Art. 16. — Con el fondo resultante del servicio de ambos sexos se comprarán al liberto, que quisiese destinarse a la labranza, los útiles y aperos necesarios para su establecimiento; se le darán los materiales para construir su casa, las semillas precisas para sus primeros cultivos y las reses lanares que lo hayan de alimentar hasta la primera cosecha.

Art. 17. — De las cuatro cuadras cuadradas que se donan a cada liberto que se dedicare a la labranza deberá tener en el término preciso de 2 años, una cuadra cuadrada, por lo menos, de monte, y otra labrada, y sembrada.

Art. 18. — Siendo éste un establecimiento filantrópico, y a efecto de no cargar los fondos que resulten del jornal de los libertos, deberá crearse una junta de piedad de los vecinos más honrados, y rolar entre ellos por determinado tiempo los cargos de su manejo bajo la inspección inmediata de la policía.

Art. 19. — El señalamiento del terreno que deberá darse a los libertos será de la inspección de la policía. El intendente general de ella en esta ciudad podrá cometerlo a sus comisarios, y en las demás los jueces encargados de este ramo a las justicias territoriales, quienes deberán darles cuenta de la conducta de los libertos en el manejo de su labranza, para que se anote en un libro, y pueda conocerse desde luego el grado de laboriosidad de cada uno, y tomar en su vista las providencias que se estimen necesarias para el mayor adelantamiento del trabajo.

Art. 20. — Desde el 27 de febrero de 1813 inclusive en adelante deberán ser bautizados gratis todos los niños de castas que nacieren dentro del territorio de las Provincias unidas del Río de la Plata.»



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

—¿Quién será ese que cae desde tan alto?

—¡Debe de ser el pobre Pérez, que el año pasado tuvo la desgracia de caerse desde esa casa!

LA IGNORANCIA

Cuando se ignoran las cosas es muy difícil manejarse, hijita — dijo cierto día la señora Catalina a la pequeña Baby.

— ¿Entonces es verdad lo que dice papá que los ignorantes son como los ciegos?

— Sí, y generalmente son siempre los más presuntuosos. Ellos se creen los mejores: con buen corazón y con buenos pensamientos; es su amor propio el que los halaga de esa manera, es su atraso mental y espiritual el que los conduce a ese error. Hombres y mujeres, familias y pueblos se encuentran desgraciadamente en ese estado.

— ¿Y esos seres, mamita, no dejarán su ignorancia alguna vez?

— Es posible que eso suceda, cuando tienen tendencia al bien, y si no encuentran en su camino personas siempre dispuestas a lisonjearlas. Debo agregar, hijita, que es muy difícil persuadir a cierta clase de ignorantes, vanidosos y confiados en su propio valer.

— Entonces, mamá, tengámosles lástima.

— Bien, pero tratemos siempre de predicarles que se despojen de sus miserables ideas, y despertemos su sentimiento, apelemos a lo mejor que puede haber en su corazón.



La niña, que se columpia en su hamaca teniendo entre sus bracitos a una de sus muñecas, dice acariciándole los bucles:

— Mira, mamá, qué linda está Clide con la cabeza nueva; tendré mucho cuidado de no romperla, porque me dijo el hombre que compone muñecas que si la rompo otra vez él no podrá arreglarla. La rompí cuando era más chiquita, porque como tenía las dos cuerdas que tirando decía papá y mamá, yo creí que si la muñeca hablaba también debía saber caminar, y fuí tan tonta que la paré en el vestíbulo y un golpe de viento la arrojó al suelo, y al caerse se destrozó la carita. Pero ahora que soy una señorita, que voy a tener casi seis años, no haré más semejante barbaridad. Ves, mamita; yo también procedía por ignorancia.

— Así es, Baby. Pero tú eres una nena cuyos pocos años justifican que ignores muchas cosas. A medida que vayas creciendo tu inteligencia se irá desarrollando, tus sentimientos se pondrán de manifiesto, y yo y tu maestra iremos educándolos para que seas en el porvenir una joven útil y buena.

Adelia Di Carlo.



Valiosos regalos
para las consumidoras del
Polvo Graseoso LEICHNER
Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el Polvo Graseoso Leichner, como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior al 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo que consiste en lo siguiente:
A las dos de la tarde del día 14 de septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con división de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el Polvo Graseoso Leichner, la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada quedó depositada en poder del mencionado señor escribano.
El día 15 de marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.
Para optar a los obsequios es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de Polvo Graseoso Leichner, cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: Señores MENDEL y Cía., Obsequios Leichner, Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.
Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.
No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esa fecha.
REGALOS A ADJUDICARSE:
1.º— 1 regalo de $ m/n 1.000.— en cédulas del Banco Hip. Nacional
2.º— 2 regalos " " " 500.— c|u. " " " " " "
3.º— 4 " " " " 250.— " " " " " " "
4.º— 10 " " " " 100.— " " " " " " "
5.º— 40 " " " " 25.— " " " " " " "
6.º— 500 " " " " 3.50 " " caj. de Pol. "Si tu voulais...!"
7.º—1.500 " " " " 1.50 " " caj. de Pol. Graseoso Leichner
Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 91

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



El abogado colocó sobre la mesa un mazo de billetes de banco. Jasper Baldwing lo miró.

— ¿Qué es esto, Budd? — dijo. — Seguramente que no ha sido tan tonto como para dejarles levantar la hipoteca

Aunque Henry Budd estaba acostumbrado a los métodos del otro, pareció sorprenderse.

— Sólo habían pasado unos días del vencimiento — le contestó — y sabía que eran gente de pagar.

—¡Majaderías!—dijo el viejo, con sus manos como garras apretando la mesa con rabia.— Usted debería haber cerrado al instante. Esa propiedad valía diez veces el dinero. Vea, Budd, los negocios son negocios, y no quiero que su maldito sentimiento se mezcle en ellos. A no ser que usted siga mis instrucciones al pie de la letra, haré que sus clientes se enteren de la clase de apoderado que tienen. ¿Comprende?

Por un momento perdió la cara de Budd su tranquila expresión, contestando simplemente:

— Comprendo muy bien.

Jasper extendió un plano sobre la mesa y empezó a medir con un compás. La sala donde estaban, aunque espaciosa, se alumbraba sólo por una lámpara eléctrica, la cual, por razones de economía, colgaba de un caño de gas ya fuera de uso, que quedaba directamente sobre la cabeza de Jasper. Sobre la estufa se veía, apagada, otra lamparita.

Muebles de los más antagónicos estilos llenaban la estancia. De la pared colgaba una invaluable colección de armas, reliquias del antiguo propietario. Jasper había adquirido la casa por sus métodos usuales... en satisfacción de una deuda.

Por todas partes se veían muestras de la tacañería de Jasper. La alfombra se había desgastado tanto, que por los agujeros dejaba ver las tablas del piso. Sobre la mesa había un puñal medioeval, en un tiempo propiedad de un noble italiano, pero que ahora se veía obligado a servir de cortapapel.

Jasper terminó sus mensuras y se metió el compás en el bolsillo del pecho del deteriorado saco que tenía puesto. En el mismo momento la puerta se abrió, apareciendo una joven.

— Son las siete y cuarto, tío — dijo ella. — ¿No te vas a cambiar para la cena?

— ¡No! — gesticuló el viejo. Miró rudamente a la joven, que temblando ligeramente se acercó a la estufa para calentarse. Jasper continuó:— No puedo permitirme tales frivolidades. Eso queda para ti... pobre e inútil, a quien tengo que mantener. ¿Qué es esa chuchería que llevas en la cabeza?

La cara de la muchacha palideció ante el insulto y se sacó el ornamento. Era un alfiler en forma de estilete con empuñadura adornada de pequeños brillantes.

— Roland me lo dió como regalo de mi cumpleaños — dijo ella.

— ¡Idiota! — exclamó el viejo. — Esto me recuerda, Budd, que tengo algunas instrucciones que darle esta noche. Mande a llamar a mi infeliz hijastro. — Y continuó volviéndose hacia ella. — Voy a poner un freno a vuestras tonterías, Zarfrida.

Ella se encogió de hombros y no contestó. Poco después volvió el abogado con Roland Suthers, el hijastro de Jasper. Era éste alto, de buena presencia, y Jasper lo odiaba por el sólo hecho de ser un caballero, lo que él no era ni sabía ser.

— ¿Me querías hablar? — preguntó Roland.

— Sí — contestó el viejo. — Ayer te vi en el jardín besando a Zarfrida.

— Supongo que deberías disculparme — dijo Roland — pero la verdad es, como habrás notado, que quiero a Zarfrida y ella me quiere a mí. Estaba esperando la oportunidad para pedirte que nos permitieras comprometernos.

— ¡Comprometerse! — gritó Jasper dando un puñetazo en la mesa con tanta fuerza que volcó la tinta colorada. — Quieres mostrar tu agradecimiento a mi generosidad haciendo el amor a mi sobrina, con la esperanza de quedarte con mi dinero...

— Supongo que tu generosidad — dijo Roland con calma — quiere decir el hecho de haberme empleado como tu secretario particular con la mitad de la paga que le darías a otro cualquiera. En cuanto a tu dinero, es una lástima que no puedas llevártelo contigo. Para lo que vale.

Los ojos de Jasper casi se cerraron por completo.

— Lo crees así, ¿no? Te mandé llamar para que puedas oir las instrucciones respecto a la modificación de mi testamento. Ni tú ni esta muchacha recibiréis un céntimo.

— ¿Es eso todo?—dijo Roland.—Entonces no necesito esperar más. Arreglaré mi equipaje esta noche.

Roland se dirigió a la puerta llevándose en la mano el puñal medioeval que involuntariamente había tomado de la mesa mientras hablaba.

De pronto se oyó un ligero *click* y la lámpara eléctrica reventó ruidosamente.

Una monentánea obscuridad, a través de la cual el moribundo reflejo de la estufa no llegaba hasta ellos, los dejó en suspenso. Después se sintió un paso, algo que sonó como un golpe y un grito ahogado. Roland encontró la llave de la luz frente a la estufa.

Al alumbrarse la habitación de nuevo, vieron a Jasper, con la cara contraída, arrodillado al lado de la mesa y con una mano apretándose el pecho.

De entre sus separados dedos salía un fino chorro de sangre.

Mientras ellos lo miraban, aterrorizados y sin comprender lo que había sucedido, se encogió como un trapo que cae de la percha y rodó por el suelo.

Los dos hombres corrieron para levantarlo. Pero estaba muerto... ¡el corazón había sido atravesado en aquellos tres segundos que duró la obscuridad!

El inspector de detectives, Cobold, que llegó diez minutos después con el doctor acudiendo al llamado telefónico del abogado, escuchó y tomó algunos apuntes; después hizo una minuciosa inspección de la habitación.

— ¿Dónde está el cuchillo? — preguntó.

El arma con la cual se había cometido el crimen había desaparecido. No había ni señal de ella en la habitación.

— Raro — dijo el detective. — ¿Qué forma tiene la herida, doctor?

— Hay una herida de nueve centímetros de profundidad. Creo que debe haber separado la unión del corazón y la aorta, según la cantidad de sangre que ha emanado — contestó el doctor. — Ha sido un arma con una punta muy delgada.

Al instante Roland notó el estilete, el cual Zarfrida acababa de volverse a colocar en el pelo.

— ¿Podría haberse herido él mismo? — preguntó el detective.

— No lo creo — dijo el doctor, — por la posición de la herida. Y si ese fuera el caso, el cuchillo estaría aún aquí. Además, ¿por qué se apagó la luz?

— Esos son asuntos que veré más tarde — dijo el detective. — Si no está muy ocupado, doctor, desearía que se quedara un momento conmigo. No debería haber mucha dificultad, puesto que todo ocurrió durante los tres segundos de tinieblas.

— No necesita continuar su investigación — dijo Roland adelantándose. — Yo lo maté.

— ¿Usted? — exclamaron todos a la vez.

— Sí — dijo él bajando la cabeza. — Ustedes saben que discutí con él y que intentaba desheredarme esta noche. Tan pronto como se apagó la luz lo apuñalé, en un arranque de rabia.

Hubo un silencio de muerte por varios segundos. El detective no se movió.

— Aquí está el arma — continuó Roland. — Usted me vió cuando la tomé.—Mostró el puñal que había tomado de la mesa.

El detective lo miró con curiosidad.

— Está apenas húmedo y rojo — dijo. — ¿Usted sabe lo que está diciendo y lo que ello significa?

Los labios de Roland temblaron. Miró a Zarfrida que parecía estar a punto de desmayarse.

— Claro—dijo;— le firmaré una declaración si usted quiere, y puede disponer de mí inmediatamente.

El detective apretó los labios, y después dijo. — ¿Quieren ustedes, señorita, y usted señor Budd, hacer el favor de esperar en la otra habitación? Puede ser que tenga que hacerles alguna pregunta después.

— Ahora, joven — continuó cuando hubieron salido, — ¿por qué ha hablado así?

— ¿Cómo? No comprendo — balbuceó Roland.

— Usted no mató a su padrastro. ¿Qué es esto colorado de la punta, doctor?

El doctor pasó el dedo por la hoja del puñal y después lo limpió en un pedazo de papel. Lo olió y lo acercó a los labios.

— Tinta colorada — dijo, y miró significativamente a la mesa, donde aún estaba el tintero volcado en el centro del charco de tinta.

— Me lo imaginé — dijo Cobold. — Más aún, si usted estaba tan cerca de la llave como para darle vuelta en tres segundos... y están ustedes tan seguros en cuanto al tiempo, usted no podía haberse arrimado a la mesa y volver en ese tiempo.

— Yo... este... podía haberle tirado el cuchillo — sugestionó Roland.

— Podía — dijo el detective sarcásticamente. — ¿Qué hacía su padrastro en aquel momento?

— Golpeaba la mesa con el puño.

— Eso quiere decir que estaba de espaldas a usted. La herida, como usted ve, está de frente. Usted tiró el cuchillo bastante bien, tal vez lo tiró contra la pared para que rebotara y fuera a clavarse en el cuerpo. ¡No, no le resulta! Usted está tratando de mentir para proteger a alguien. ¿A quién es?

Roland no contestó.

—No creo que sea al abogado— continuó el detective — así que debe ser a la joven. Bueno, veremos.

Una silla había sido colocada al lado de la estufa para Zarfrida.

— Aquí es donde usted estaba cuando se apagó la luz—dijo el detective,—¿no es cierto? Usted estaba más cerca de su tío que cualquiera de los otros.

— ¡Pero usted no sospechará de mí! — gritó Zarfrida horrorizada.

— Tengo que sospechar de todos — dijo el detective. — Recuerde que él dijo poco antes de morir que usted quisiera verle muerto. No le doy mayor importancia a esto, pero otros pueden dársela. En esta forma, siendo sólo un paso, usted podía haberlo alcanzado y volverse a su sitio fácilmente.

Zarfrida escondió la cara entre sus manos y agachó la cabeza. El detective vió el adorno que tenía en el pelo y frunció el entrecejo.

— Creí al principio que interrogar a usted sería cuestión de fórmula, pero ahora estoy en duda. Muéstreme ese pincho.

Zarfrida lo sacó con temblorosos dedos y se lo entregó.

— ¿Podría haber causado la herida esto, doctor?

— Es posible — contestó él, — pero está muy limpio.

— Es cierto, pero aunque haya sido limpiado, mostraría algunas señas bajo un microscopio.

Zarfrida vaciló, y se hubiera caído a no apoyarse con una mano en la mesa para sostenerse. Pero con un grito de dolor retiró la mano.

— ¿Qué le pasa? — le preguntó el doctor.

— Nada — dijo ella. — Es sólo mi muñeca, una torcedura.

Levantó la mano. La delicada muñeca estaba hinchada y descolorida.

— Déjeme verla — dijo el doctor. — ¿Cómo sucedió?

— Ayer mi tío y yo tuvimos un altercado y me tiró al suelo. No me atreví a decírselo a Roland, por temor de que sucediera algo, pero mi tío lo hacía con frecuencia.

— Un momento, señorita — interrumpió el de-

tective. — Debo recordarle que todo lo que usted está diciendo será usado como evidencia en contra suya. Se está culpando usted misma dando un motivo del crimen.

El doctor se volvió hacia él.

— Motivo o no — dijo — esto nos prueba que ella no ha podido herir a su tío.

— ¿Por qué? — preguntó el detective bruscamente.

— Porque si estaba a la derecha del muerto, quiere decir que tendría que haber usado su mano derecha... la que está como vemos, prácticamente inservible.

— ¿Está seguro de eso?

— Absolutamente.

— ¡Bueno, es cierto! — dijo el detective. — Ahora será mejor que veamos al señor Budd.

— Señor Budd — dijo el detective al verlo entrar. — ¿Se dice que el señor Baldwin era muy odiado?

— Así era — dijo el abogado.

— Usted, por ejemplo, ¿tenía alguna razón para temerle?

— Seré franco. Era un hombre despreciable, que ganaba el dinero con usura. Se mantenía al margen de la ley. Hace algunos años yo cometí una indiscreción profesional...

— No quiero saber los detalles... aún — le interrumpió el detective.

— Gracias. Jasper Baldwin lo descubrió, y desde entonces me ha estado obligando a ayudarle en sus intrigas, con amenazas de delatarme. Yo no debería haberle hecho caso, pero cuando hay una esposa e hijos es difícil ser independiente como a uno le gustaría serlo.

— Perfectamente — dijo el detective haciendole una seña para que no siguiera. — Pero, ¿podría usted darnos alguna luz sobre este asunto?

— Hay una cosa — reflexionó el doctor. — El señor Baldwin había dicho que el jardinero tenía algun motivo para odiarlo. Dijo que en la mesa, al lado de la ventana, había algunos papeles relacionados con este último.

— ¿En la mesa? — exclamó el detective. — ¿Qué mesa?

— ¡Cómo! ¿han desaparecido? — dijo el abogado. — Alguien se los ha llevado. ¿Pero cómo? Nadie más que nosotros ha entrado en esta habitación.

— El mejor modo de responder a su pregunta es buscando quien podía tener interés en esos papeles — dijo el detective. — La ventana está abierta y supongo que ha estado abierta todo el tiempo. ¿Y quién más a propósito para estar en el jardín que el jardinero?

Mientras buscaban al jardinero, el detective se asomó a la ventana y examinó el terreno con su antorcha eléctrica. Las plantas estaban pisoteadas. La llegada del jardinero desvió su atención.

— El señor Baldwin ha hablado de ciertos documentos en que usted estaba interesado.

El jardinero se sobresaltó.

— ¿De qué trataban esos documentos? — continuó el detective.

— Dios me ayude — exclamó el jardinero, — ¡pero supongo que debo confesar! Conocí a Jasper Baldwin hace años. Le debía dinero y no quiso esperar más. En aquel tiempo mi esposa, que ahora está muerta, hallábase enferma, y el escándalo podía haber sido más de lo que ella podía resistir. Para satisfacerlo le entregué ciertas acciones como garantía.

— Bueno... — dijo el detective mirándole fijamente a la cara.

— Esos eran los documentos. Estaban falsificados y él lo sabía. No me hizo detener, diciendo que el curso de la acción no le hubiera sido de ningún provecho. Le he pagado el dinero por más de diez veces. Perdí mi puesto y, finalmente, tuve que venir aquí como su jardinero, sin que aun pudiera conseguir que me devolviera los documentos. Me decía siempre que los tenía sobre la mesa al lado de la ventana, creo que con la intención de tentarme.

— Y esta noche — agregó el detective, — usted se los llevó de la mesa.

— Por meses he esperado la oportunidad de quitárselos. Pero Jasper estaba siempre aquí. Entonces ideé un plan, apagando la luz primero.

— ¿Cómo? — preguntó el detective.

— Por medio de uno de éstos — dijo el jardinero mostrando una flechita emplomada y con unos hilos de lana al final.

— ¡La flecha de una escopeta de aire! — dijo el detective.

— Exactamente. Uso una escopeta de aire comprimido para las ratas y otros bichos. Disparé una de éstas a través de la ventana, rompiendo la lámpara, tomé los papeles y escapé.

— ¿Y no vió nada más? — le preguntó el detective.

— Nada mas.

El detective quedó pensativo por un momento; después hizo pasar al jardinero a la habitación contigua donde un policía hacía guardia.

— Yo no creo que éste sea el asesino — le dijo al doctor después que hubo salido el jardinero. — ¿Notó que cuando hablaba del asesinato estaba tan sereno como nosotros mismos? Sin embargo, cuando hablaba de las acciones me pareció verlo temblar. Además, usted habrá notado que sus botas están bastante embarradas, y es fácil ver que han estado así por varias horas... No obstante, no ha dejado la menor señal en la alfombra.

Jasper Baldwin, aun vestido, reposaba en un sofá cubierto con una sábana. El detective levantó ésta y miró la pálida cara que había sido tan justamente odiada. Le pareció ver una fría sonrisa en los delgados y pálidos labios, tal como el avaro hubiera hecho en vida.

Con un gesto de repugnancia volvió a echarle la sábana encima, y al hacer esto descubrió, por un mero accidente, cómo había sido causada la muerte.

— Podríamos llamarle un acto de la mano de Dios — dijo el detective volviéndose hacia los otros. — Su principal característica en vida fué la avaricia, y ésta ha sido la causa de su muerte.

— ¿Cómo? — exclamó el abogado.

— Si él no hubiera llevado botines viejos y con la suela casi gastada; si no llevara un saco hecho pedazos; si hubiera gastado un poco de dinero en comprar una alfombra nueva, podría ser que hubiera estado con vida aún. ¿Le vió usted meterse este compás en el bolsillo?

— Sí, ahora recuerdo.

— Si usted lo hubiera recordado antes nos habría evitado tanto transtorno. Es fácil ahora reconstruir el hecho. El compás se escurrió por una agujero del bolsillo, quedando en esta forma con las puntas a la altura del corazón. Cuando se apagó la luz, el creyó inmediatamente que era cosa de ladrones y se abalanzó hacia el mazo de billetes que estaba sobre la mesa. La suela rota del botín se enganchó en un agujero de la alfombra y cayó contra la mesa. Esto forzó las puntas del compás contra el cuerpo, y después cayó de rodillas al suelo.

— Así fué como lo vimos — dijo el abogado.

— Al caer, el compás aún enganchado en el agujero del forro del bolsillo, salió de la herida. Al retorcerse convulsivamente, éste se desprendió, cayendo al fondo entre la tela y el forro. Por eso fué que ninguno de nosotros lo encontró, y nunca lo hubiéramos descubierto a no ser porque cuando yo volví a echar la sábana encima del cuerpo me arañó la mano.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

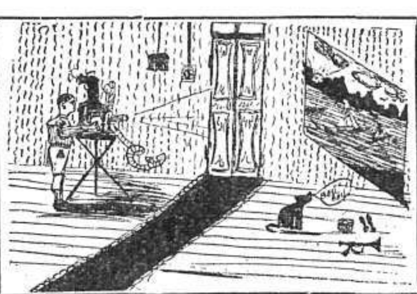


Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños.
Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1331 — En invierno.
CARLOS MONTAÑA.
Cochabamba (Bolivia).

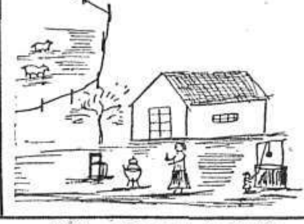
1332 — Luisita se asustó del perro.
PALMIRA INTERVENUTO.



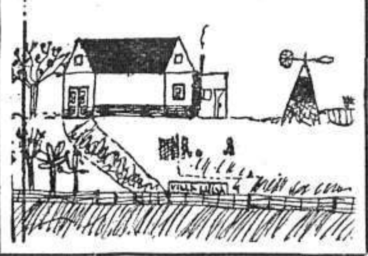
1333 — El regalo de los Reyes Magos.
EDUARDO HORACIO VUGLIANO.



1334 — El baile infantil.
FACUNDO GARCÍA.



1335 — La casa de Leticia.
SUSANITA LYDIA FERNÁNDEZ THEYE.



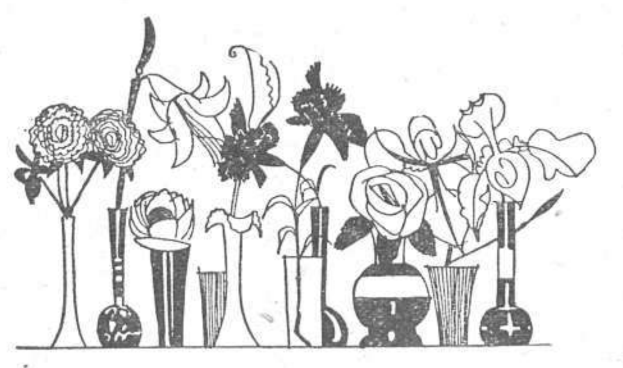
1336 — La casa de Juan Estortegui.
HERCILIA CASILDA PÉREZ.





Picnic organizado por el círculo social "Unión Juvenil".


Trapiche
RESERVA
Pida:
TRAPICHE
y obtendrá el mejor Vino de mesa.
BENEGAS Hnos. & Cía. Lda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial.
771, FLORIDA, 771 — BUENOS AIRES
U T 1752 y 7365, Av. - Coop. T. 3708, Central.



FLORES Y CRISTALES

Por LUZ Y SOMBRA

No sin motivo se ha abandonado totalmente el uso del antiguo *bouquet* encerrado en su puntilla de papel y en el que cada flor perdía su característica, su individualidad; en el que todas las flores, apretadas, niveladas, formaban una reunión de colores a veces brillantes, pero de ningún efecto decorativo.

La *corbeille* hoy adoptada es una fina manifestación de arte; cada flor se representa a sí misma, luciendo toda la plenitud de su belleza, la gracia de su porte; mas para que esta magnificencia pueda resaltar en todo su valor es necesario entrelazar bien las gradaciones de los colores, dar a los tallos poses naturales, mezclar sabiamente la verdura a las flores y esparcir bien el musgo.

Más sencilla que la *corbeille*, más práctico y acaso más modernamente artístico, es el vaso de forma, tono y estilo apropiado a las flores elegidas. Las flores de tallo corto, sin silueta particular, hacen lindo efecto en masas compactas, colocadas en un recipiente poco profundo o en esos vasos oblongos pintados a mano, de fabricación alemana. Una «boule de nankin» azul suave conviene a las violetas, a los miosotys y a los jazmines. En una copa japonesa, de bronce, con relieves extraños de animales bizarros, las violetas de los Alpes y los heliotropos suavizan la dureza del metal y dan brillo a la pátina que el tiempo ha dejado sobre las extravagantes pinturas.

A través del enrejado que forma la tapa de los viejos incensarios japoneses se yerguen brillantes y triunfadores los cálices del croco. Entre los productos del Extremo Oriente, donde las flores gozan de un culto idealmente entendido, encontramos esos vasos de formas esbeltas, cuya abertura adornada de tiras transversales permite mantener las flores en posición natural. ¿Qué adorno más lindo que un ramo de flores de durazno o de cerezo o de almendro, elevándose de uno de esos bronces, ofreciéndonos como un vuelo de florecitas rosadas o blancas? Es la ilusión de la naturaleza, el huerto que entra en nuestra habitación con todas sus promesas y sus perfumes. Son frutos que destruímos por el placer de nuestros ojos, un destino brutalmente interrumpido, la vida cortada en la plena expansión de sus recursos. ¡No importa! Se contempla la flor, se respira su perfume; el homenaje que le rendimos expande mayor poesía que el uso a que se destinan los frutos; y el huerto es bastante vasto para ofrecernos el regocijo para los ojos y el placer de un *dessert* exquisito.



En los esbeltos, sugestivos floreros de Nancy, de fondo azul con pequeños arabescos en oro, o fondo verde con largas hojas negras lanzándose hacia el borde, caben las rígidas astas de las lilas blancas venadas de azul y de rosa; de todos los tonos hasta el violeta intenso; caben los tallos robustos a cuya extremidad brillan los discos de los girasoles, de las dalias, o las frágiles azucenas, los lirios blanquísimos o de color rojo cargado.

Cuando en los jardines empieza a afirmarse el brillo rojizo del otoño, colocaremos en nuestros floreros un pámpano de viburno con sus hojas sangrientas, un ramo llevando fieramente los colores del otoño triunfante... oro, púrpura, cobre. No importa la calidad o el valor de la materia prima para esta composición de colores, cosechada tanto en la sierra como en el campo; las flores, los árboles más comunes nos serán tan preciosos como los mayores tesoros de la horticultura. Un ramo de zarza cuyo follaje nos ofrece todos los tonos de púrpura nos gustará dentro de un vaso alto, así como las frondas más delicadas de nuestro jardín. Un manojo de amapolas, de coronillas, un puñado de digitales o de reseda nos ofrecerán los colores más brillantes. En los altos, grandes floreros «marmoleados» con guarda de flores, producción alemana, caben las violetas, las margaritas, las rosas aterciopeladas. En los graciosísimos vasitos checoeslovacos (¡qué hermosa variedad de dibujos, colores y tamaños!) hacen hermoso juego las flores chiquitas y graves, como los pensamientos. En una copa enteramente blanca o ligeramente esfumada de verde, los tulipanes alegrarán nuestra vista con sus frágiles encantos. Sin embargo, son preferibles para estas flores los vasos de Delft, azules o blancos, ligeramente panzudos; ellas adquieren así un aspecto antiguo que nos recuerda su origen y el favor de que han gozado en otros siglos. De los lindísimos cristales tallados de Bohemia se adueñarán los claveles, los lirios, las margaritas, reinas del campo, las floripones con su tallo arreglado artificialmente, todas las flores de tallo largo que exigen recipientes esbeltos.

Las lilas, las gardenias, van reunidas en masa. Nada es más acertado para estas flores que una vieja urna georgiana, en cuero, de forma esbelta, que más tarde acogerá las begonias, flores que parecen de carne y de seda.

Los delicados floreritos de Nancy o los checoeslovacos sostienen con gracia los muguetes y los jacintos.

Las porcelanas de China o de Japón, con su barniz tan brillante y de colores tan intensos, nos servirán para flores de tallo largo y para los ramos de retama salpicados de oro.

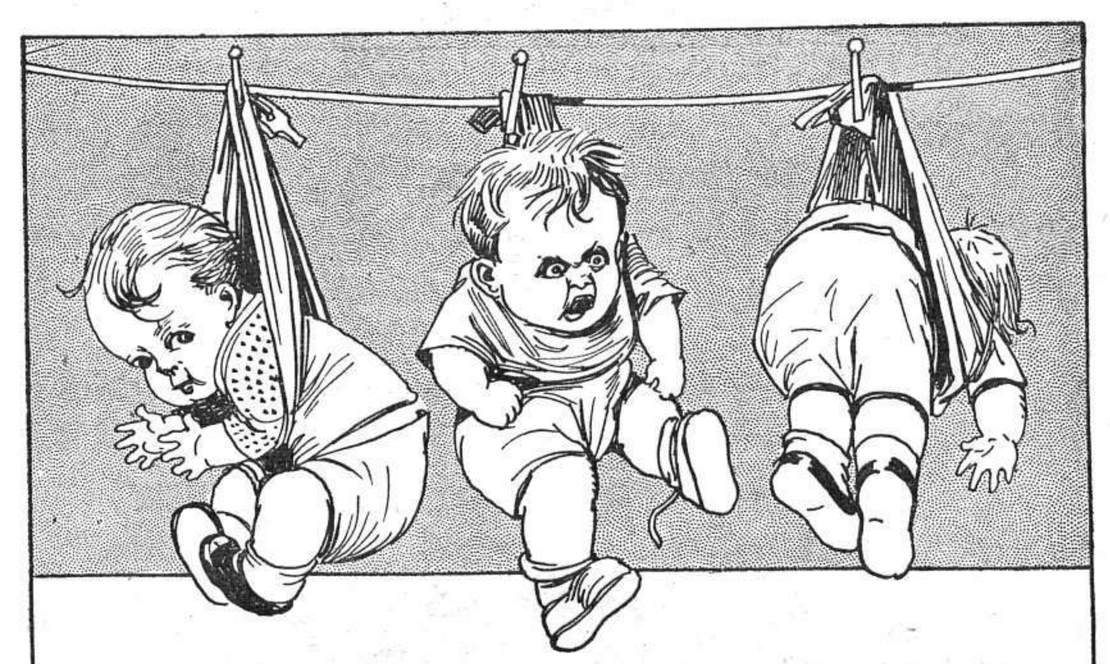
Estos mismos vasos acogerán los ramilletes de crisantemos. Las cerámicas modernas de Damousse, los vasos de reflejos metálicos de Clement Massier, obras de artistas poetas, se reservarán para las orquídeas, bizarras hijas del aire, de colores espléndidos, verdaderas mariposas del reino vegetal.




Si usted cultiva el buen gusto, y es afecto a los hábitos de distinción, use siempre en su toilette personal el extracto y la loción
MARLISE
exquisitos y delicados productos de la
PERFUMERIA MENDEL
que por su clase superior, sus deliciosas esencias y su estilo original, se han conquistado las decididas preferencias de la gente chic y de buen tono.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires. — Guardia Vieja, 4439
Montevideo. — Cerrito, 673
MARLISE
PARFUMERIE MENDEL
SI TU VOULAIS
ANITRA
MARLISE
PARFUMERIE MENDEL
Loción Marlise
$ 4.20 el frasco
Extracto
Si tu voulais...!
$ 9.50 el frasco
Extracto Anitra
$ 9.50 el frasco
Extracto Marlise
$ 9.50 el frasco
(Precios en la capital federal)

De Navarro

El nuevo intendente, señor Manuel J. García, con el secretario, señor Saborido, y autoridades que asistieron al acto de la toma de posesión del cargo.



La Higiene, el Aire, el Sol

y una buena y adecuada alimentación

a base de

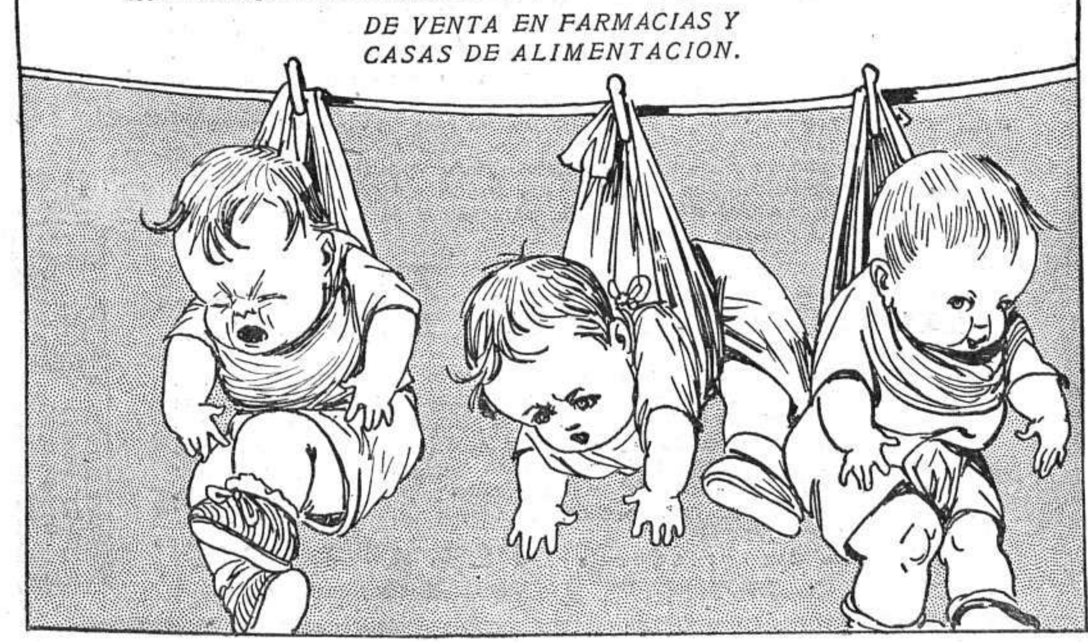
"Germinase"

(El alimento que contiene las Vitaminas de los Cereales)

contribuirán, mejor que ningún tónico, a conservar la salud de nuestros niños.

Hay que tener presente — y esto está bien probado — que la *"Germinase"* mejora notablemente las condiciones higiénicas y de digestibilidad de la leche de vaca, aumentando, por lo tanto, su valor nutritivo al par que ejerce una apreciable acción antiséptica-natural sobre el intestino de los pequeñuelos.

DE VENTA EN FARMACIAS Y CASAS DE ALIMENTACION.



De San Nicolás

El director de la escuela normal, señor Fabio Aramburu, con las maestras egresadas en 1922.

Los nuevos bachilleres con los profesores Bustos y Serrentino.


SERRANO.
Cuando su organismo ha sufrido alteraciones, su rostro desmejora de un modo alarmante, restando gracia y atractivo a su natural aspecto, el empleo de la
"LEVADURA DE UVAS ESTRELLA"
le restituye su buen semblante, lo que significa asegurarse éxito en la vida.
Elimina las impurezas de la sangre y las erupciones cutáneas.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA 215, sus secciones y
en todas las buenas farmacias.

LO QUE VA DE LA SEMANA

PERSONAJES TEMIBLES

En la calle Lavalle, no muy lejos de la zona donde rivalizan los cinematógrafos, existe una casa de negocio que vende libros de ocasión.

No diré que soy cliente, buen cliente en el sentido comercial de la palabra. Una que otra vez compro algo; pero, eso sí, casi todos los días paso un cuarto de hora, media hora a veces, con los ojos clavados en los escaparates para poder leer lo que está escrito en las carátulas de los mil y un volúmenes que hay allí amontonados en una lamentable promiscuidad.

Novelas de Carolina... Inservicio, como dicen los detractores de la sensacional escritora (¡pasada a mejor vida por fin!), al lado de la Ilíada o de un libro de misa; un tratado de anatomía patológica que aplasta con su peso a un Nuevo Testamento, encuadernado a la rústica...

Créanme, es un espectáculo doloroso ese caos de los productos intelectuales ofrecidos por menos que nada.

El otro día un volumen de tamaño respetable, encuadernado, llevaba este injurioso cartelito: «¡No se paga ni el papel!... ¡$ 1,60!»

¡Y tenían razón!

Una obra de 1375 páginas pesa bastante, pero cuando esta obra es nada menos que el Nuevo Diccionario Latino Español Etimológico y se la pone en venta a $ 1,60, es el caso de ruborizarse.

Compré el diccionario, porque me daba lástima que un trabajo tan arduo llevara un papel tan insolente, y además porque el que lo había vendido al librero ni siquiera se había preocupado de borrar su nombre y apellido, escritos en la parte interior del cartón.

Tal vez no sean muchos los que entre ustedes han estudiado el latín.

Por eso mismo no pueden darse cuenta de la emoción que produce hojear un diccionario de la lengua abuela, exhumar palabras sepultadas en las profundidades del casillero cerebral, meditarlas, y tras de la meditación, vislumbrar, como a seres vestidos de aire, a los profesores de antaño, a los compañeros de colegio, esas clases aburridoras, interminables en las que machacábamos esa lengua muerta, pero más viva que nunca y que procura a los que la conocen una elasticidad, una facilidad, una claridad (¡así lo aseguran todos!) que en la vida se han soñado procurarlas el inglés, el alemán y demás idiomas modernos y anglosajones.

Abrí el Diccionario Etimológico con mucho respeto, lo mismo que si hubiera puesto mano a un misal.

Me cayó bajo los ojos la letra «L», y empecé a recorrerla:

«Labialis, labor...»

«Labor... labor...»: trabajo, molestia, desgracia, incomodidad, sufrimiento, dolor, enfermedad...

¡Qué perspicaces nuestros abuelos los latinos!... ¡Cómo sabían que trabajar era molesto, que resulta una desgracia y a veces produce enfermedades!...

Con la misma palabra «labor» expresaban todos los *inconvenientes del trabajo*, porque *realmente* quien pudiera evitarse el trabajo lo haría gustoso, vamos.

Aquello de que el trabajo ennoblece al hombre, para mí que ha sido un invento posterior, muy posterior al glorioso período de la Roma que hablaba correctamente la lengua abuela, pues he leído muy detenidamente en el diccionario el parrafito que se relaciona con la palabra «labor» y no he visto de ninguna manera que Cicerón, los poetas, nadie, en una palabra, verdaderamente clásico, combine la idea de la nobleza con la del trabajo.

Estaría casi por decir lo contrario.

Pero como declaraciones explícitas en este sentido tampoco las hay, debo abstenerme de dar fe sobre la materia.

Salteé unas cuantas páginas, hasta dar con la palabra «lateo», que me llamó la atención. ¡«Lateo»!...

— ¡Mirá un poco! — dije.—Quién se acordaba de que también los latinos empleaban la palabra «lateo»...

Sin embargo, «lateo» no quiere decir en latín «doy latas»; significa estar oculto, escondido... Se pronuncia con acento sobre la «a»: «Láteo».

Pero era imposible que los romanos no tuvieran lateros y la consiguiente palabra para clasificarlos.

¡Efectivamente!

La palabra existe, es parecida a la nuestra, pero no igual. Los romanos decían: «latéscere» en lugar de latear. «Latéscere» significa alargarse, extenderse. Y los lateros, como es sabido, se alargan, se extienden...

¡Y cómo!...

¡Qué calamidad es el hombre qué... «latesce»!

Al hombre «latesciente» se le puede comparar a un palabrero empedernido.

Goza de la tortura de su víctima y se ensaña en ella con voluptuosidad y refinamiento.

El latero tiene características que se pueden clasificar con método científico, enumerarlas con los a), b), c), d), etc., como se usa en los libros serios, es decir, los libros que dicen con mucha solemnidad cosas que cualquiera podría decir en una forma más sencilla y menos pesada.

Por lo general en los sujetos lateros se nota:

A). Mal aliento.

B). Lluvia salival persistente, mientras emiten las palabras.

C) Tendencia a sujetar a la víctima por la solapa o los ojales del saco.

D). Paso de hormiga.

E). Deambulación interrumpida frecuentemente por paradas, durante las cuales el latero interpone su propia persona para obstaculizar toda tentativa de evasión que iniciara el sujeto que se siente asfixiar por la charla y el mal aliento.

Vean qué importancia adquiere una clasificación hecha en forma científica... ¡Qué tiene que ver!...

Como les iba diciendo, me encontraba buscando el verbo «latéscere» cuando sentí que una mano se me apoyaba sobre la espalda con cierta energía. Me dí vuelta medio amostazado.

¡Adiós!... ¡«Lupus in fábula»!... ¡Hablando de Roma el papa asoma!... ¡Y uno de aquellos «latescientes» que no les digo nada!...

— ¿Qué hacés?

— ¡Ya lo ves!

— ¿Comprando libros?

— Comprando libros.

— ¿Los pagaste ya?

— Los pagué.

— Y entonces vámonos... Te acompaño.

— Es que...

— Si a mí no me molestas de ninguna manera... Ya sabes que cuando puedo pasar un rato contigo soy el hombre más dichoso del mundo... ¿Y qué tal? ¿Qué tal? ¿Cómo siguen por tu casa? ¿Y esas notas *como* van? ¡Estás *como* para frigorífico, che!... ¡Demasiado, demasiado!... Hay que adelgazar... ¡Fijate!... Yo también, ¿te acordás? Llegué a pesar 97 kilos... Era mucho. Para mi edad era mucho... Sinembargo, aquí me tienes... Es cuestión de un poquito de buena voluntad... Mirá...

El latero me aplicó las dos manos sobre el pecho y se me plantificó por delante, de manera que me habría sido imposible moverme.

— ¡Mirá, viejo!... En tres meses vas a rebajar quince kilos... Nada de pan, nada de ravioles, «niente» tallarines, papas, pasta seca y cosas por el estilo... Al principio vas a extrañarte un poco, pero pronto te darás cuenta de que todo eso no hace falta... Posiblemente una hora al día debes jugar a la pelota... ¡No te rías!... En la Asociación Cristiana de Jóvenes hay

tipos más viejos, más viejos y panzones que vos y, sin embargo, hacen diariamente sus buenos ejercicios... ¡Da gusto verlos!... Están lo más bien... La edad no quiere decir nada... Hombre... Sin ir más lejos... ¿Te acuerdas de Felipe Sobrero? ¡Cómo no vas a acordarte!... ¡Sobrero, hombre!... Ese que vive al lado de la usina de gas en Almagro, al ladito mismo de la panadería del Sol... Inspector de seguros toda la vida... Pero si yo mismo te presenté una vez cuando el concierto de Risler en el salón La Argentina... Un hombre más o menos de tu estatura, muy ancho de espaldas, más pelado que vos,... ñato... ¡Sí, hombre! Muy ocurrente también... Siempre tiene uno que otro cuentito... no precisamente para señoritas... pero...

Como me encontraba en la situación de no poderme mover si no le decía que sí, que conocía a Sobrero, y, por otra parte, el Diccionario Latino Español Etimológico empezaba a pesarme bastante, duplicando los tres kilos abundantes, opté por poner cara de quien se despierta por fin de un sueño pesado y dije:

—¿Sobrero? ¡Ah, sí!... ¡Cómo no!... Estaba confundido... Creí que... ¡Qué diantre, como no voy a conocer a Sobrero!... Había entendido Romero...

—¡Qué Romero!... Romero es otra cosa.

—Debe ser porque no conozco ningún Romero...

—Romero está en el Rosario...

—¡Ah, ah!...

—¡Cómo! ... ¿Pero en qué mundo vives? Y a Romero también te lo presenté...

—Será, pero...

—Se fué al Rosario hará cosa de un par de meses... Hoy en día goza de una posición envidiable... Ha sabido darse vuelta y si vamos a ver no vale nada... Nada... Pero... ¿A dónde vas?

—¿Yo? Siento mucho dejarte, pero tengo que ir a la redacción...

—¿Chacabuco y Victoria?... Yo también, casualmente, debo pasar por ahí... Aprovecho... Me gusta tanto oirte hablar que no te imaginas... ¡Qué embromar con este viejo panzón!... ¡Sí, amiguito, hay que adelgazar, hay que adelgazar!... Mirá, no es tanto el conjunto, ¿sabés?, cuanto la barriga que es preciso rebajar por completo... Y para eso un ejercicio que te recomiendo es el siguiente...

Hubo otra parada en el medio de la vereda. Mi hombre no se conformaba con hacer descripciones con palabras; quería ilustrarlas con ejemplos.

Mi diccionario seguía pesando una barbaridad y mi malhumor aumentaba con un «crescendo» rossiniano, pero ¡quién se atreve a despachar con cajas destempladas a un caballero así!...

Soñaba en llegar a la redacción, con la misma ansiedad con que los musulmanos desean poner pie en el sagrado suelo de la Meca.

El latero seguía imperturbable:

—¿Así, ves? Las piernas bien derechas, derechitas, sin doblarlas... Así... Luego levantar los brazos por encima de la cabeza... Así... Poco a poco bajarlos, siempre con las piernas derechitas, bajarlos y procurar que las puntas de los dedos toquen la punta de los zapatos... ¿Te das cuenta?

Como el hombre, en su entusiasmo por los ejercicios físicos iba a intentar la maniobra allí mismo, le supliqué con un ademán rápido que suspendiera la demostración práctica no fuera cosa de que se formara alrededor de nosotros un grupo de desocupados.

—¡Está bien, está bien!... Si ya me doy cuenta... No creas que estoy tan atrasado como para no comprender sin necesidad de escenas como éstas, que llaman la atención del público...

DE MI DIARIO

Por el doctor A. VACCARI

—¿Y qué hay?... Para lo que me importan a mí los que no tienen nada que hacer...

—Es que a mí me importa...

—Bah... ¡No les hagas caso!... Gracias a Dios, estamos en un país libre, bien libre, donde cada cual puede hacer lo que le da la real gana...

—¡Un momento, che!... Lo que le da la real gana, *siempre que no limite la libertad de los demás.*

—¡Sabido, sabido!...

—Pues a mí me estás cortando el camino, porque estoy apurado y me vienes con ejercicios prácticos de gimnasia sueca...

—¿Estás apurado? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? Vamos, pues, ligero... Vamos... Yo estaba sujetando el paso en la creencia de que te molestaría caminar ligero... Por eso no más... Si es lo que quiero: moverme a prisa. Cuidado con el auto... No, no, no te atrevas a cruzar la calle mientras... Es así como suceden las desgracias. ¡Hace dos días cortaron la pierna derecha a Simón Recado. ¡Pobre muchacho!... Simón Recado... ¿Te acordás de Simón Recado?... ¡Si, hombre!... Cómo no vas a acordarte de Simón... ¿Sabés qué te va fallando la memoria?

—Un poco... sí...

—El hijo de la dueña de la chocolatería de la calle Suipacha... Un mozo alto, bien puesto... Estudia de contador público, balanceador... ¡Qué sé yo!...

—Pero si no conozco a ningún Recado...

—Te digo que sí... Si hemos ido juntos los dos a la chocolatería una tarde después de una sección de cine...

—¡Si no piso nunca las chocolaterías, hombre!...

—Me lo vas a decir a mí...

¡Qué se va a hacer!... O conocer a la fuerza a Recado o aguantar una serie de detalles cretinos, idiotizantes, interminables. No queda más remedio que poner la cara del hombre que se despierta de golpe:

—Ah, sí... Cómo no... Simón Recado... ¡Pero qué cabeza la mía!...

—¿Has visto?

Por fin llegamos a la calle Chacabuco, donde espero quedar libre del inmerecido suplicio.

—¿Vas a quedar mucho tiempo arriba? —pregunta el pegajoso individuo.

Una idea satánica me cruza por la mente. Un deseo de venganza loca.

—¿Mucho?... Un momentito no más... Si me aguardas un rato, después podremos seguir viaje juntos... ¿Me vas a esperar?

—Claro que sí... Pero... prontito, ¿eh?

—Voy y vengo.

De vez en cuando me asomaba al balcón para gozar de la tortura de ese sanguijuela que se paseaba a lo largo de la vereda, mirando de vez en cuando el reloj.

—Sufra y aguante... ¡Tenga paciencia, que con paciencia se gana el cielo!...

Mas cayó un conocido. El hombre-lata se le prendió con desesperación.

—¡Ola, amigo!... ¿Adónde vas? Yo estaba esperando a Fulano...

Y volvió a mirar el reloj.

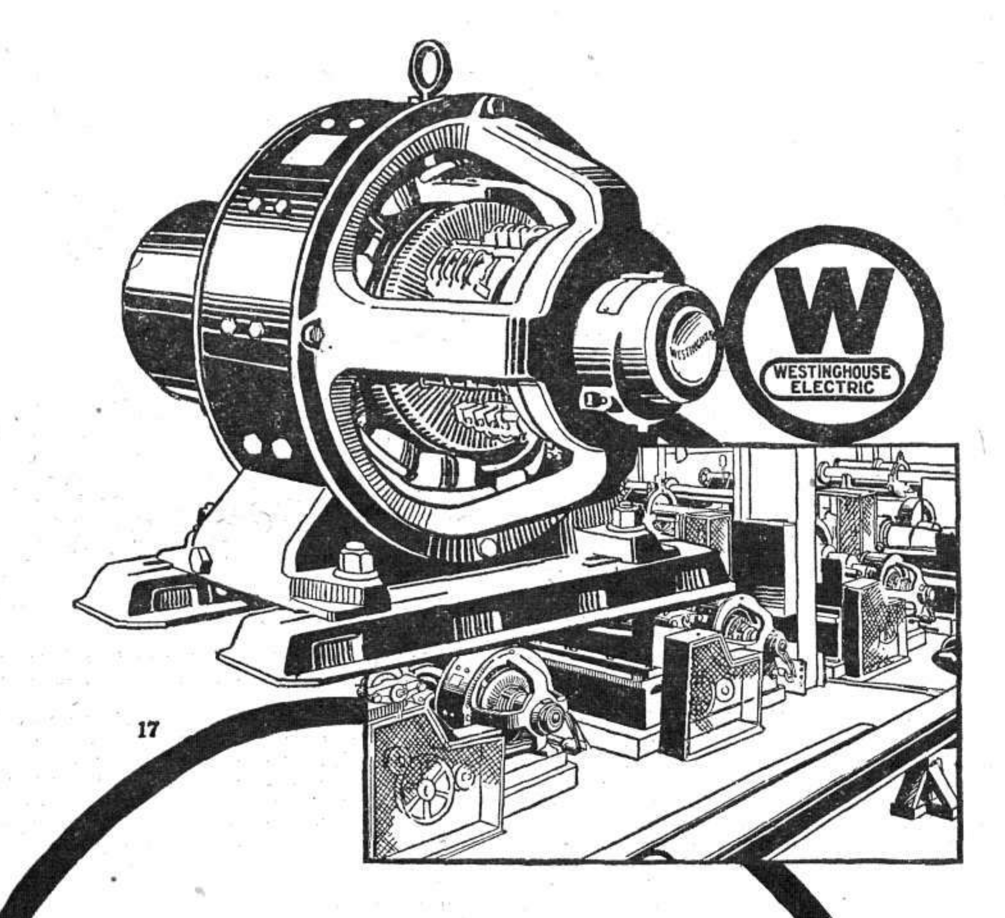
—¡Pero quién sabe cuando saldrá!... Me voy... Te acompaño, ¿querés?

Y sin esperar contestación ninguna tomó del brazo al infeliz y quién sabe qué demostraciones prácticas de ejercicios físicos le habrá dado por ahí.

Poco faltó para que, de contento, no se me escapara de la mano el Diccionario Latino Español Etimológico, que si llega a caerle en el mate, dado el peso y la altura, hunde la claraboya al «datesciente».

De Los Toldos (F.C.O.)

Fiesta campestre dada por los empleados del comercio para estrechar vínculos de camaradería.



Las máquinarias accionadas directamente por motores eléctricos resultan eficientes. Los propietarios de fábricas en las que cada máquina es accionada por un motor eléctrico independiente, se enorgullecen de tener un establecimiento claro y despejado, lo que se puede obtener solamente con esta clase de energía.

Los propietarios progresistas modernizan sus anticuadas instalaciones usando

MOTORES WESTINGHOUSE

para el funcionamiento de su maquinaria, con los que se obtiene un rendimiento mucho más económico.

Westinghouse

Av. DE MAYO, 1035. Bs. Aires — COLON, 59. Córdoba

De Rivadavia (F.C.O.)



Público que asistió al acto inaugural de la segunda exposición que de sus trabajos pictóricos hace la señorita Fermina Isola.

¿ES PERJUDICIAL LA RESPIRACIÓN NASAL?

Que la respiración a través de la nariz es la mejor y la más higiénica es una máxima que se repite hasta el cansancio en las lecciones de gimnástica y en la vida militar. Los mismos médicos recomiendan el sistema. Pero el consejero sanitario Bruno Alexander califica esta respiración con la palabra «falsa», en un artículo que aparece en la «Deutsche Medizinische Wochenschrift». Todas las observaciones revelan que el hombre o el animal, durante el reposo, respira por la nariz, y durante el esfuerzo físico, respira por la boca. Una constante respiración nasal tiene efectos dañosos sobre el corazón y sobre los vasos, y puede producir males permanentes si se convierte en habitual. Entre algunos individuos que creen sufrir de asma o de agorafobia, puede darse el caso de que sólo se trate de una víctima de la doctrina de la respiración nasal; y de su mal puede curar cambiando de sistema. Es verdad que la nariz está dispuesta de modo que impide el paso a las vías respiratorias de los corpúsculos y bacilos. Pero los esfuerzos físicos requieren mayor cantidad de aire de la que puede suministrar el conducto nasal. Nada se puede objetar a esta respiración durante el reposo, pero el sistema ideal, asegura el doctor Alexander, consiste en saber alternar.



SI LOS microorganismos destruyen los tejidos duros de los dientes, pensad en el peligro que representan millones de estos gérmenes que pasan al estómago mezclados con los alimentos!

La crema dentífrica Kolynos no tiene rival como germicida; expurga la boca de gran número de gérmenes nocivos, y con su uso se tiene lo que todo el mundo anhela; boca saludable, dentadura perfecta.

KOLYNOS

CREMA DENTAL

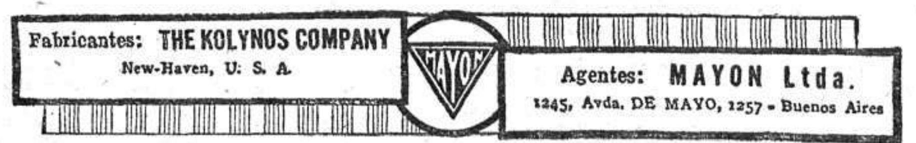
desarrolla su acción benéfica allí mismo donde las bacterias dando lugar a reacciones químicas, atacan y destruyen los dientes.

Kolynos elimina científicamente la capa limosa y viscosa alrededor del diente y hace recobrar a este su primitivo brillo y blancura.

Acójase Ud. desde hoy mismo a los beneficios que Kolynos le presenta y que miles de dentistas en el mundo certifican con placer. Cuando la haya usado se sentirá impelido a confesar que experimenta en su boca una sensación muy agradable.



Kolynos se vende en todas partes.



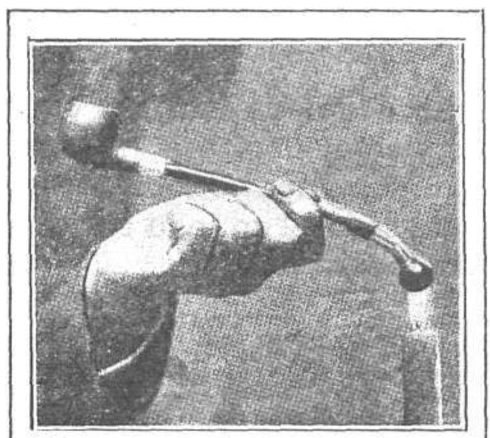
PASTA PARA PEGAR. — La albúmina, o clara de huevo, mezclada con cal en polvo da una excelente materia aglutinante, que se seca pronto y es a propósito para componer los objetos rotos. El queso tierno desmenuzado y mezclado con cal sobre un mármol cualquiera, constituye un cemento más sólido que el anterior para juntar las piezas de cristal, de porcelana, la piedra o los metales; pero conviene que la cola no sea muy espesa y es indispensable aplicarla inmediatamente, pues en seguida se endurece.

PARA BLANQUEAR EL MARFIL. — Cúbrase la pieza de marfil con un poco de jabón negro, expóngase al fuego, y después que haya dado un hervor, enjuáguese.

Las piezas de marfil que se han enrojecido se blanquean con agua en la que se haya apagado cal viva, haciéndolas hervir en ella hasta que aparezcan blancas.

CONSERVACIÓN DE LA CAZA. — Se abre y vacía la pieza de caza, quitándole el buches a las aves, pero sin desplumarlas, así como tampoco se despellejará la caza de pelo. Llénese de trigo candeal y entiérrese en el granero. La caza así aderezada se conserva cerca de un mes.

YESO QUE PARECE MÁRMOL. — A fin de que un objeto de yeso tenga la apariencia de mármol se hará disolver al calor en agua clara unos 30 gramos de jabón blanco, haciendo de modo que se forme una agua de jabón muy ligera, para dar un baño al objeto que quiere pulirse, y evitando, sobre todo, que haga espuma. Cuando el yeso haya embebido la humedad y esté bien seco, frótese suavemente con un lienzo fino, con lo que el jabón sacará lustre, y el yeso aparentará todas las cualidades del mármol más blanco y hermoso.



PRÁCTICO Y ECONÓMICO MEDIO DE LIMPIAR PIPAS. — La nicotina y residuos de tabaco pueden ser eliminados de una pipa por medio de un vapor originado por una ampolla de vidrio llena de agua, que es unida al vástago de la pipa por un estropajo enroscado.

Este recipiente colocado sobre la llama de una vela produce un ligero vapor que, penetrando hasta el fondo de la pipa, la limpia completamente.

LOCIÓN JABONOSA PARA DESENGRASAR EL PELO. — Tómese media taza de agua tibia y échese en una salvilla; póngase después en remojo por algunos instantes jabón de tocador algo aromatizado, agítese un poco hasta que el agua forme espuma; entonces, separando las mechas de cabellos, lávense por todos lados con una esponja humedecida con agua de jabón. Si acaso durante el lavado se enfriase el agua, se le añadirá de caliente hasta que se entibie. Limpio ya el cabello, se enjugará con un lienzo algo caliente, alisándolo después con el cepillo de paja de arroz.

MODO DE HACER IMPERMEABLES LOS TAPONES DE CORCHO. — Los tapones de corcho mojados dos o tres veces con una mezcla de dos terceras partes de cera virgen y un tercio de grasa de buey, colocado por el extremo más ancho sobre una piedra o una plancha de hierro, se dejan dentro de un horno caliente hasta que estén secos. Con esta operación adquieren la propiedad de interceptar enteramente el paso de las partes sutiles de los líquidos más fuertes y espirituosos y se conservan, por consiguiente, los vinos sin comunicarle ningún mal olor.

EMPAÑAMIENTO DE CRISTALES. — Para evitar este empañamiento se hace una mezcla de agua y glicerina, y humedeciendo un paño en ella se frotan los cristales. Después se secan con cuidado.

Para evitar que se empañen los cristales de unos lentes al entrar en una habitación caldeada, hay que tener cuidado de quitarse los lentes antes de entrar y tenerlos un momento en el bolsillo para que se calienten los cristales. Después pueden ponerse sin inconveniente.

Cuando se trate de las lunas de los escaparates se coloca dentro de ellos un ladrillos o cacharro con un agujero en el fondo, y a cierta altura por encima otro ladrillo. En el primero se coloca una capa de 8 a 10 centímetros de cloruro de calcio. El cloruro, muy esponjoso, absorberá la humedad.

PARA QUITAR LOS TAPONES DE CRISTAL FUERTEMENTE ADHERIDOS. — Es frecuente que para quitar los tapones de cristal muy adheridos el cuello del frasco o botella se caliente el citado cuello, pero suele este sistema no dar resultado por saltar la botella. Lo mejor es calentar el cuello de la botella rodeándolo de bramante e imprimiendo a éste un movimiento de vaivén.

Una vez destapado el frasco se evita la adherencia untando de vez en cuando el tapón con un poco de vaselina.

RECOMENDACIÓN A LOS FUMADORES.—El color obscuro que adquieren las puntas de los dedos de los fumadores desaparece bañándolos en una solución de ácido cítrico y levándolos después en agua corriente.

El uso diario de la piedra pómez impide que se reproduzca el color en cuestión.

PERFUMADO DE HABITACIONES. — Para perfumar habitaciones se prepara una solución de estoraque, benjuí, iris, clavo, todo en partes iguales de 20 gramos cada una, añadiendo después 25 gramos de flores de espliego.

Para perfumar la habitación basta echar un puñado de la mezcla en una badila enrojecida por el fuego.

El benjuí en polvo es, por lo general, suficiente para hacer desaparecer los malos olores.

CONSERVACIÓN DE ENCUADERNACIONES. — Una encuadernación antigua se rejuvenece si se extiende sobre ella un barniz formado con una clara de huevo disuelta en la tercera parte de su volumen en alcohol de 90°.

La encuadernación deberá previamente limpiarse en seco y luego con espíritu de vino.

PROCEDIMIENTO PARA QUITAR LOS TORNILLOS OXIDADOS. — Un tornillo oxidado es a veces muy difícil de quitar; he aquí un medio muy sencillo y que da siempre buen resultado.

Se calienta la cabeza del tornillo con un hierro plano que se introduce en la hendidura del tornillo, se deja algunos instantes y luego se saca el tornillo con un destornillador sin el menor esfuerzo.

LECHE MATAMOSCAS. — Todo el mundo sabe que la leche atrae a las moscas y es para ellas una golosina; añadiendo un poco de pimienta y azúcar mueren instantáneamente.


GALLETITAS CUBIERTAS
CON CHOCOLATE
MORENAS
Como al más fino y rico bombón, las damas se deleitan saboreando su gusto exquisito y su aroma delicado.
INDUSTRIA ARGENTINA
M.S. BAGLEY & CIA. LDA
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES
GALLETITAS
MORENAS



PAZ (F. C. C. A.). — Señoritas y jóvenes aficionados de esta localidad que componen el cuadro filodramático "Guido Spano".

¿DE QUÉ SE ALIMENTAN LOS MOSQUITOS?

Una cosa que maravilla grandemente a los exploradores es ver las inmensas bandas de millones de mosquitos que pululan en los terrenos pantanosos desiertos de América y de Africa, donde en muchísimos años no penetra ningún ser humano y ningún ser de sangre caliente.

¿Qué comen los mosquitos, no teniendo a quienes chupar la sangre? ¿Cómo, a pesar de que durante muchísimas generaciones los mosquitos no comen sangre, en cuanto se presenta un animal de sangre caliente se precipitan sobre él como si no hubiesen hecho otra cosa en su vida?

A esta última pregunta no es posible contestar. Pero de los estudios hechos resulta que los mosquitos no se alimentan exclusivamente de sangre, ni mucho menos; hay una porción de substancias que le sirven perfectamente para mantenerse.

Si se coge un mosquito y se le mantiene preso bajo una campana de cristal, perecerá al cabo de unos cuantos días; rara vez sobrevive más de una semana; pero si dentro de la campana se mete un pedazo de plátano maduro y se renueva este cada tres o cuatro días, el mosquito vive varios meses.

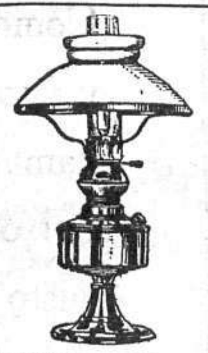
De igual modo los mosquitos pueden alimentarse muy bien y vivir y prosperar sin otro alimento que patatas cocidas y cáscaras de sandía.

Así lo han comprobado los naturalistas, y no hay motivo para dudar que hay plantas que sirven también para alimentar a esos poco simpáticos insectos.

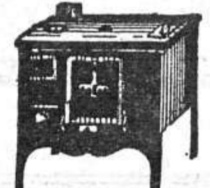


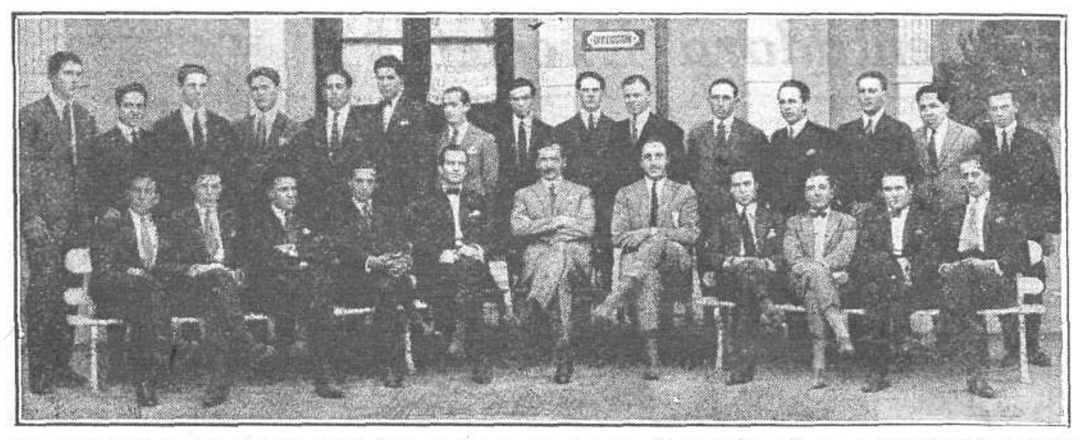












Escuela Nacional de Agricultura de Casilda. De izquierda a derecha. Sentados: señores D. Parodi Torres, Juan Kelly, Raúl Garibaldi Santiago Díaz Vieyra, Fernando Schlieper, ingeniero agrónomo D. Silvio Spangenberg, Manuel A. Gallardo, José Ferriz, C. Souza Almandoz, Juan Scott, A. Rodríguez Moyano. De pie. De izquierda a derecha: señores Francisco Calp, Fernando Salcedo, Tomás Varsi, José Danni, Eduardo Valdez, Ernesto Davel, Carlos Pérez, Bernardo Ordóñez, Pedro Alby, Teodoro Fischer, Ismael Martínez, Eduardo Mascazzini, Ernesto Wittenstein, Luis Sardón, Adel Aristimuño.

FLUMINIS ET HOMINIS

Todo lo que se mueve, todo lo que se agita busca al Infinito. La corriente del arroyo y del río buscan el mar, y allí donde se abre la inmensidad del océano termina su pequeñez: el mar es el Infinito de las aguas que corren.

El hombre, como la corriente, corre. ¿A dónde va él con tanta prisa? Hay acaso allá, al otro lado de la tumba un mar, un océano donde su personalidad se confunde en la inmensa grandeza de lo nuevo? ¿O es la tumba una vorágine que se traga el secreto de la vida?

La característica principal de las aguas del río se pierde al contacto con las aguas del mar. ¿Podría decirse lo mismo del hombre, de ese arroyo humano que pasa susurrando una canción de quejas? ¿Podría decirse que es él una corriente que busca a un mar para amalgamarse en sus grandezas, perdiendo en el cambio la historia de su origen?

Si la corriente tiene un fin y ese fin es el mar, ¿ha de afanarse en vano el hombre para dar en el Caos?

No. Yo creo que no resulten inútiles los esfuerzos del hombre. Su obra perdura. El busca a Dios y allí donde termina su existencia se abre la inmensidad del Infinito: el Infinito es el océano de las almas que corren... Allí está Dios...

M. A. Hernández.

UN CASO



ÁVIDO, febricitante, lívido, los ojos muy abiertos, el cuerpo rígido, cual si sólo de una pieza fuera, muda la lengua, sudorosa la piel, así halléle en aquel momento. La pieza era grande, la luz ninguna, la hora las dos, el sueño tranquilo. No sé bien qué me despertó: si el martilleo de su pequeño corazón contra las paredes del tórax, en una formidable crisis de taquicardia, o el fatigante acezar de su respiración. Salté de la cama y me lancé a la suya. La suya era un catrecito que le iba ya demasiado estrecho. No cabía casi allí, y tan no cabía que era preciso envolverle frazadas en los pies para evitarle resfríos, pues sólo hasta los tobillos el lecho le llegaba. Le grité:

— ¡Hijito! ¡Hijito! ¿Qué te pasa? ¿Estás soñando?

Abrió más todavía los ojos, tanto que, en el temor de que pudieran salírsele de las órbitas, se los contuve con los dedos, brutalmente, acaso haciéndole dolor. Me echó los brazos al cuello.

— ¡Papito! ¡Papito! ¡Un fantasma! ¡Se ha escondido en el ropero! ¡Míralo! ¡Papito!

Le tranquilicé. Le dije que los fantasmas sólo aparecen en sueños y que a los sueños no hay que hacerles caso, que se durmiera, que dejaríamos la luz prendida, que yo le cuidaría. Poco a poco fué cerrando los ojos, hasta que se quedó dormido.

En cambio, a mí me fué absolutamente imposible agarrar el cabo del sueño. Me puse a mirar a mi hijo. Pálido, más bien delgado que rollizo, sin ser magro; las cuencas grandes, como para contener en su fondo los tamaños ojos que, abiertos, iluminaban el rostro; breves las orejas; negro el pelo; agudo el perfil; diminuta la boca; vasta la frente, cual cuadraba a su mucha inteligencia. Era vivo retrato de su madre, pues de mí poco o nada había sacado. Largo rato quedéme contemplándole con un sentimiento que por mitades tenía de admiración y de orgullo. Presto, yo no sé cómo, ni aun ahora, después que todo ha pasado acierto a explicármelo, concebí una idea perversa, canallesca, salvaje. Me indigné conmigo mismo y la arrojé de mi cerebro como se arroja a un ladrón, a un intruso, a un miserable. Presto también volvió el brutal pensamiento a tentarme. Torné a despedirlo enojado, y acudió una vez más con ánimo de convertirse en acción. Aquello fué una verdadera batalla. De un lado, mis afectos de padre disparando los arcabuces de la piedad; de otro, no sé qué diabólico sadismo oponiendo la fortaleza ¡ay! inexpugnable de las malas acciones. Triunfó lo último.

Pronuncié su nombre, acompañándolo de dulces adjetivos. Se incorporó.

— ¡Papito!

— No duermas más. Es preciso estar despierto. Las almas del otro mundo velan en torno de nosotros...

Vi encenderse en sus ojos la lucecilla del terror, y quise, quizá por pura experimentación, percatarme de los extremos a que podía llegar. Poniendo voz de bajo, voz fúnebre, voz de catacumbas, dije:

— El fantasma que viste hace un momento es un muerto que te persigue...

Sus ocho años temblaron como ocho paralíticos.

— ¡Los muertos gustan de robarse a los niños, para vengar en los vivos el pecado de vivir!

— ¡Pa... pi... to!

— Ese muerto ha de querer robarte... Pero yo lo impediré. Estaré a tu lado toda la noche. ¡Hijo mío!

Me acerqué a él y le besé en la frente, y al punto que lo hacía, noté que algunas lágrimas sesgaban sus mejillas. Se recostó en mí, implorando protección. La sangre corría por sus venas en carrera precipitada, desenfrenada. Otra vez el terror se apoderó de su espíritu. El corazón le palpitaba de tal modo, que el oído más sagaz no hubiese podido percibir el tic-tac del reloj.

Como el mercurio en el termómetro, fué subiendo en mi alma la sed de crueldad. ¿Algún espíritu infernal se metió en el mío y acalló sus virtudes? ¿Despertó en mí la fiera que hay en todo hombre? ¿Perdí el juicio, abandonándome a los impulsos de la más abyecta locura? ¿Qué sucedió? ¡Quién sabe! Lo cierto es que, fingiendo un amor que en aquellos instantes no debía sentir, acaricié a mi hijo y le hablé de este modo:

— Te voy a contar un cuento, pero un cuento verdadero. Tu tenías un hermanito. De nombre Arturo. Era mayor que tú en dos años. Una noche, tu madre y yo dormíamos teniéndote a ti entre ambos, cuando de pronto nos despertamos sobresaltados a causa de los gritos que desde el cuarto de al lado, donde dormía, lanzaba Arturo. Le pasaba lo mismo que a ti hace pocos minutos, pero con una diferencia muy grande: tú estabas dormido y él despierto. No bien entré, me señaló el hueco que había entre la pared y el ropero, diciendo:

— ¡Un perro! ¡Un perro!

Me acerqué al lugar indicado, comprobando que no había perro ni bicho alguno que se le pareciese. Sin embargo, el chico insistía y subrayaba con lágrimas la insistencia. Por fin, logré calmarle con buenas razones, pero sobre todo con las oculares, pues



La niña. — No le pegue, señor; sus dientes son muy pequeños.



EL CIEGO ES UN FARSANTE
— ¡Yo sé que lo que usted quiere es empujarme!



alzándole en vilo le hice catar por cuenta propia el hueco de marras, y aun arrimé el ropero a la pared de manera que le quedase el convencimiento de que ningún ser viviente pudiera por allí colarse. Retiréme a la alcoba con ganas de burlarme del miedoso al día siguiente, y luego de haberme arrellanado entre las sábanas, bastante nostálgico de ellas, vuelta Arturito a gritar:

— ¡El perro! ¡Papá! ¡El perro! ¡El perro!

No hubo otro remedio: resolví llevarle a nuestra cama, aunque en ella tuviéramos que pasar la noche pegados los unos a los otros como las ostras a la roca. Entre taparnos todos tres con las frazadas, bajo de las cuales dormías tú lironescamente, y ponerse Arturito a gritar, no trascurrió ni la friolera de cinco minutos.

— ¡El perro! ¡Papá! ¡Míralo!

— ¿Dónde, hijito? ¿Dónde?

— En mi cuarto. ¡Míralo! ¡Está sacando la cabeza por la puerta!

Me levanté y cerré la puerta, que había dejado abierta por descuido, no sin antes reprochar a Arturo, muy duramente, su cobardía.

— Estás alucinado. Ni duermes ni dejas dormir a nadie. ¡Basta ya de tonteras!

Una hora después, empezando ya a arrullarnos el buen Morfeo, el corazón nos dió un golpe inesperado. Del cuarto de Arturo nos llegó un aullido ronco, espantoso, terrible. No es para describir el pavor que se apoderó de nuestras almas. ¡Quiera Dios que jamás vuelva a oir aullido semejante! Cual convenía a mi situación de jefe de la familia, tomé valor de donde no lo había sino muy escaso, me proveí de un revólver y penetré en la misteriosa habitación. Nada. No había perro. Todo lo busqué: las puertas, las alacenas, los muebles, los baúles.

— Indudablemente — sentencié al volver al lado de los míos — nos hemos contagiado de este niño. En aquella pieza no hay nada. Son alucinaciones, alucinaciones...

Lo que hablé no era lo justo. Otra cosa creía. Algo debía haber de esotérico, de tenebroso y de sobrenatural en el asunto. El corazón me lo decía, y mi corazón nunca me había engañado. En efecto, en cuanto me hube acurrucado junto, no me acuerdo junto a cual de ustedes, más ronco, más espantoso, más terrible, se renovó el aullido.

— ¡Ahí hay un perro! — me dijo enérgicamente tu madre. — No has registrado bien. Vamos los dos.

Fuimos. Arturito se incorporó, aunque no con ánimo de seguirnos. Abrimos la puerta y nos introdujimos en la pieza maldita. Mas en el momento en que la cerrábamos tras de nosotros, tuvimos la sensación de que un animal poco mayor que un gato se hubiera deslizado por nuestras piernas. Al punto, Arturito lanzó un alarido desgarrador. Corrimos hacia él y le hallamos tendido en mitad de la sala. Estaba muerto.

La muerte se había disfrazado de perro para robárnoslo.

Tu madre se volvió loca, de una locura incurable, horrenda. Se le metió entre ceja y ceja que todos los perros tenía por cabeza una calavera, y en cuanto los veía, poníase a luchar con ellos y lloraba. Hubimos de internarla en un instituto de frenopatía, donde falleció pocos días después.

Cuando terminé el cuento, mi pobre hijo había perdido el habla, tanta era la emoción que le embargaba. Le pregunté:

— ¿Tienes miedo?

Me hizo seña de que no, con la cabeza.

— ¡Ah! ¿Eres un valiente?

Me hizo seña de que sí, con la cabeza.

Pero yo sabía que mentía, porque miraba a izquierda y a derecha, hacia la puerta, hacia los muebles, bajo las mesas, en todas direcciones. Entonces se me ocurrió algo verdaderamente macabro para probar el valor de mi hijo. Me dirigí hacia el interior de la casa, so pretexto de ir al baño. Desprendí un gran retrato de mi mujer que colgaba ostentosamente de uno de los muros del comedor. Era sólo la cabeza, hecha de tamaño natural. Cubrí todo mi cuerpo con una sábana y prendiendo el retrato con alfileres, lo arqueé de modo que tomara la forma de mi cara. Así vestido, tomé el camino del dormitorio, cuya luz había entenebrecido al salir. Mi hijo, ante semejante aparición, lanzó un gemido letal. No me era posible verle, pero adivinaba sus muecas. Casi puede decirse que las oía, de violentos que se movían sus músculos. Me acerqué a la cama lentamente, suavemente. El osó hablar:

— ¡Ma...!

En ese momento moví los brazos como para agarrarlo, hice un leve castañeteo con los dientes y froté el suelo con los pies. Sentí que su corazón golpeaba el pecho furiosamente. Parecía un caballo que galopara, que galopara por una calle llena de piedras. Nunca podré olvidar lo que ocurrió en aquel segundo. De la altura de su pecho salió un ruido como de una vena que se arrancara. El aneurisma. Luego estiró las piernas, y ya no sentí más.

Deshice mis ataduras, dispuesto a descubrirle la broma y a reirme del susto que se llevó. Pero ya era tarde.



— Si usted supiese cómo sufre porque ha perdido la voz...
— ¡Ya!... ¡Y nosotros!

GRANDES FECHAS DE LA HISTORIA
¡Cincuentenario de la "ondulación"!
¡Ondulación del cincuentenario!

De Tucumán

El profesor señor Mosi con las alumnas egresadas últimamente del Instituto Musical.



Miembros de la "Asociación Madrinas de los Presos" durante la fiesta realizada en la cárcel penitenciaría de esta ciudad.


Boccanegra
LA ALEGRIA DE QUIEN COCINA
Y DE QUIEN COME ES UN HECHO
CUANDO LOS PLATOS SON PRE-
PARADOS CON EL ACEITE DE
OLIVA BOCCANEGRA.

Bodas de oro y plata



Señor Miguel Russo y señora Rosa Briglia, que celebraron sus bodas de plata.



Los esposos Covatto-Lagamma, que celebraron sus bodas de oro.



Los esposos Flamini y Riccio, que festejaron el 25.° aniversario de su boda.



El señor Victor Dangra y su señora Frutos Hernández, rodeados por sus descendientes el día en que celebraron sus bodas de oro.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

LA UTILIZACIÓN DE UN BARRILETE COMO ANTENA

El empleo de un barrilete como colector de ondas o de energía eléctrica no es una idea nueva, si recordamos que el sabio físico Franklin, utilizó este sistema en una de sus experiencias sobre la electricidad atmosférica.

Debemos recordar en que consistía la experiencia de este sabio.

Por medio de un barrilete de considerables dimensiones, en cuya parte superior se había puesto una varilla de cobre en posición vertical y cuya extremidad superior se había aguzado, se elevaba un alambre de cobre que estaba conectado a la varilla y que servía para retener el barrilete.

La extremidad inferior del alambre estaba atada a varios hierros enterrados, de manera que entre la varilla fija al barrilete y la tierra existiera un buen contacto.

Durante una fuerte tormenta Franklin remontó su barrilete, y cuando éste se encontró cerca de las nubes se produjo una enérgica descarga eléctrica entre la nube y el barrilete, destruyéndolo.

La descarga eléctrica se hizo hacia tierra, a través del alambre, que Franklin tenía en sus manos, produciéndole una conmoción tan fuerte que casi pierde la vida.

El fenómeno que se había producido es muy común.

Se considera que la tierra está a un potencial negativo, de manera que la varilla de cobre fija al barrilete y unida por medio de un conductor a tierra, estaba también a un potencial negativo.

Una elevada tensión positiva, almacenada en una nube, ante la presencia de un punto próximo y a un potencial opuesto (negativo) pasó a ese punto en la forma de una chispa eléctrica.

Debe recordarse que la propiedad de los cuerpos aguzados, de atraer la electricidad, precipitó el fenómeno.

No es esta la única ocasión en que se ha hecho uso de un barrilete para elevar una antena.

Debe recordarse la serie de experiencias realizadas por el americano Loomis, a quien sus compatriotas consideran como el precursor del radio.

Loomis suspendía del barrilete un alambre de cobre que unía a un borne de un galvanómetro, conectando al otro un alambre enterrado o sumergido en un río, por ejemplo.

Comprobaba la presencia de una corriente eléctrica en el circuito de la antena de alambre, por medio de las deflexiones del galvanómetro, corriente que circulaba por el alambre de acuerdo con una teoría que él había concebido y defendía, pero que por lo extensa no es el caso citar aquí.

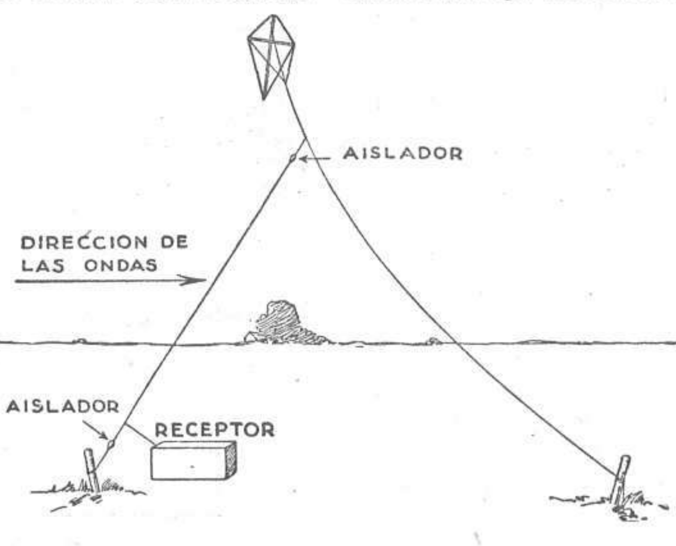
En resumidas cuentas, un alambre suspendido de un barrilete constituye una excelente antena y puede ser empleada con muy buenos resultados por los aficionados, presentando la incomparable ventaja de ser portátil y de requerir muy poco trabajo para montarla.

La longitud del alambre debe ser aproximadamente de 60 metros, debiendo emplearse un alambre de cobre no muy grueso para que su peso no sea excesivo, aconsejándose un diámetro de 0.80 a 1 milímetro.

Se puede emplear el mismo alambre para retener el barrilete, pero dado que a los 60 ó 70 metros el viento no es muy constante, es preferible emplear una soga aparte, que permita elevarlo a 150 metros por ejemplo, donde los vientos son más regulares.

Cuando faltan 70 u 80 metros de soga para alcanzar dicha altura, se atará a la misma un aislador, al cual se fijará una de las extremidades del alambre de cobre.

Se continúa remontando entonces, elevándose el alambre hasta que esté todo en el aire. Se atará la cuerda a un punto fijo y se procederá de igual manera con la extremidad inferior del alambre de antena, no olvidando hacerlo por medio de un aislador.



Esta extremidad es la que se une al borne de antena del receptor, mientras que al borne de tierra se conecta un cable unido a una cañería subterránea o en su defecto a una chapa metálica enterrada en un lugar húmedo.

La sintonización se efectúa de igual manera que con una antena común, y desde ya puede considerarse que se obtendrán muy buenos resultados en la recepción, especialmente de estaciones lejanas.

Es muy importante que el viento sea lo más regular posible, pues de otra manera, si varía la altura del alambre o si al soplar el viento por rachas se estira el mismo, se comprende que varían las características del circuito antena-tierra y la sintonización de la estación no es fija.

Este inconveniente parece notarse con preferencia con los circuitos receptores de sintonización directa con reacción, pues con variaciones del circuito de antena se producen variaciones del circuito de reja que debido a la reacción se hacen considerables.

Esta antena presenta propiedades directrices muy marcadas, y como al aficionado conviene aprovechar todos los factores favorables, es preferible que no emplee el alambre para retener el barrilete, ya que es difícil que la dirección del viento sea favorable y que, por el contrario, quede suspendido de la cuerda, de manera que se podrá orientar la antena como se indica en la figura.

El efecto de las variaciones de las características del circuito antena-tierra con las variaciones del viento, si bien no tienen mayor importancia con los circuitos de recepción, se traduce en un grave inconveniente si se emplean circuitos transmisores, razón por la cual se aconseja no emplear esta antena para transmisión.

De Mendoza

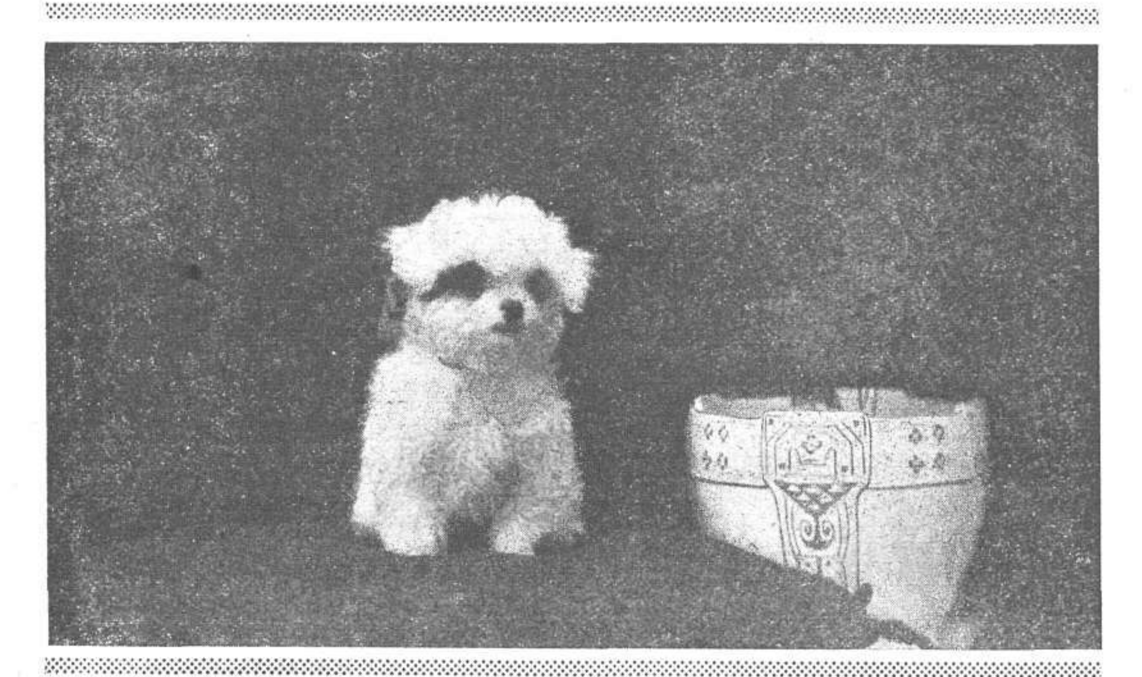
Nuevos contadores públicos egresados recientemente del colegio nacional.



Lunch dado en la Escuela Mercantil en honor de los alumnos egresados.

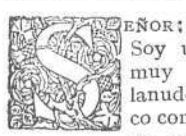


PRODUCTOS
SUPREMA
Son los preferidos de las damas elegantes debido a sus cualidades excepcionalmente benéficas para el cutis.
LOS PRODUCTOS
SUPREMA
han sido elaborados después de un largo estudio de las necesidades de la toilette moderna y representan la última palabra en artículos para el tocador.
POLVO GRASOSO
SUPREMA
Adherente y delicioso. La caja $ 1.10
AGUA COLONIA
SUPREMA
Refresca y perfuma el cutis. El frasco pesos 2.20
SE VENDEN EN TODAS PARTES
SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES
PRODUCTOS SUPREMA
P. BURS & Cía.
BOLIVAR, 1725 BUENOS AIRES
GRATIS se envía a toda dama que lo solicite una muestra del POLVO GRASOSO SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
SUPREMA





A GRANDMONTAGNE, EL CINÓFOBO



SEÑOR: Soy un perro muy chiquito, lanudo y blanco como la nieve, por lo cual me llaman *Yuki;* y escribo esta carta, cumpliendo las órdenes de una asamblea canina, para contestar el artículo «La espiritualidad de los perros» que ha publicado «La Prensa» hace algún tiempo.

Le causará extrañeza — y tendrá que perdonarme el atrevimiento — que un minúsculo ejemplar de la especie tan denigrada por usted sea el encargado de discutir nada menos que con el señor Grandmontagne. ¡Falderillo intelectual! exclamará usted con desprecio, y comprendo que, aparentemente, le sobrará razón; pero recuerde, señor, que no hay enemigo chico y que, en cuestiones de esta clase — usted lo sabe muy bien — la robustez corporal no significa gran cosa. Y antes de entrar en materia deseo advertirle también, para disipar escrúpulos respetables, que, aunque falderillo — y a mucha honra lo tengo — soy de la casta honorable de los de costumbres puras.

La primera parte del mencionado artículo está destinada a ensalzar las virtudes de varios animales más o menos domésticos: caballos, gatos, gorriones, palomas, gallos y otras alimañas; y no me detendré a discutir tales alabanzas, aunque habría mucho que observar, porque es evidente que todo esto no es más que un artificio literario para hacer resaltar más la perfidia de los perros, dar ocasión a elegantes citas filosóficas o aderezar alguna frase ingeniosa, aunque inexacta, como la del feminismo, el parlamento y los gatos.

En la segunda parte está lo esencial, la médula del artículo, que viene a ser como la albondiguilla mortífera con que usted pretende destruir nuestra reputación perruna, que apreciamos más que la vida Léanse, como muestras del veneno, las siguientes líneas que transcribo:

«En la fidelidad canina, tan ensalzada por los sociólogos superficiales y los poetas chirles, sólo hay espíritu utilitario. Si el hombre no hubiera creado la culinaria, nunca el perro hubiese llegado a tan degradante adhesión. Descendiente degenerado del lobo, todas las formas de la más abyecta adulación se resumen en el perro».

Nunca podrá figurarse, señor Grandmontagne, el grado de indignación y al mismo tiempo de tristeza que han producido en todos los perros estas temerarias afirmaciones, sobre todo escritas por usted; y en la asamblea canina a que me he referido, después de la indispensable invocación a Sirio, la resplandeciente estrella del Can Mayor, se aprobó el proyecto de respuesta a su artículo, presentado por una comisión de graves podencos, y que yo, ahora, voy a tratar de resumir de la mejor manera que lo permitan mis débiles fuerzas:

Se nos llama lobos degenerados, lo que es un gran error, porque, en realidad, somos lobos perfeccionados, seres superiores que hemos sabido adaptarnos a la civilización humana, y así vivimos y prosperamos, mientras que el lobo, enemigo del hombre, está condenado a desaparecer. Insistir en esta supuesta degeneración, valdría tanto como afirmar la superioridad del salvaje sobre el hombre civilizado y querer encontrar el ideal del tipo humano en el gorila feroz de los bosques tropicales. Su santo horror al instinto gregario creo que extravía su juicio, señor don Francisco, y lo lleva a la glorificación de la barbarie, a estilo *seudo-nietzscheano.*

¿Que somos utilitarios? ¿Y quién no lo es, señor, si el serlo es condición del vivir? Lo interesante es que la utilidad propia redunde en beneficio de los demás, y los perros no somos en modo alguno egoístas, porque pagamos en fideliead y en caricias

todo el bien que recibimos. ¿Qué otra cosa hace la persona amada? Si no diéramos nada en cambio, ¿por qué mantenernos y cuidarnos?

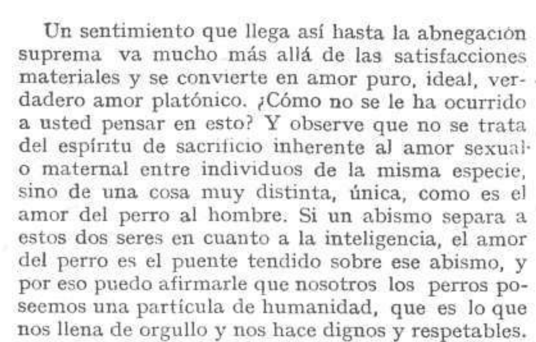
Tampoco es verdad que sea el arte culinario el gran atractivo que nos ofrece el hombre, porque un trozo de carne, cualquier mendrugo, constituye el alimento usual de los perros del pobre, que son la gran mayoría. ¿Se acuerda usted de Grajera? Pues tenga por seguro que sus escuálidos canes no conocieron las trufas. Y es inútil pretender conquistar el perro del vecino con los manjares más apetitosos. Ya lo dijo la sabiduría popular: «Quien da pan a perro ajeno...» Es que hay algo más que la pitanza, señor, y por eso nada tan cierto como este otro refrán, adaptado a nuestra especie: «No sólo de pan vive el perro».

Se burla usted de los perros amaestrados en el circo, como si no estuviesen en el mismo caso los monos, caballos, elefantes, las focas y hasta los gatos, sí señor, los gatos, que no son, como usted afirma, refractarios al histrionismo. (Si no me cree, no tendrá más remedio que leer «Les Animaux savants» de Hachet-Souplet, pág. 202). ¿Y qué tiene de particular que un animal adiestrado haga piruetas, si las ejecutan igualmente los hombres-payasos?

Yo no pretendo ocultar los defectos de nuestra raza canina; muy lejos de eso. Reconozco que ladramos y aullamos demasiado y que mordemos a veces; que transmitimos alguna que otra enfermedad; que hemos dado nuestro nombre a los *cínicos*, y hasta me atrevo a confesarle que nuestro cuerpo no huele del todo bien y tampoco es muy gallarda la postura que adoptamos (con excesiva frecuencia) al levantar la pata para cumplir los sagrados ritos urinarios. Ya ve que soy leal, que no disimulo nada, aunque me apena profundamente esta exhibición de las propias miserias. Pero ¿quién no tiene defectos? Y lo que me consuela y regocija es la seguridad que tengo de que nuestras buenas cualidades superan en mucho a las malas. No pienso aprovecharme de la conocida frase, tan honrosa para nosotros: «Lo mejor que hay en el hombre es el perro» porque debo suponerla en exceso pesimista. No voy a hablarle de los actos heroicos y humanitarios de los perros del monte San Bernardo, ni de los de policía, de los de Terranova o de la Cruz Roja en los campos de batalla, ni tampoco del perro del pastor y de los esquimales, ni de los sólidos mastines y dogos que son en todo el mundo los mejores guardianes del hogar humano. Prescindo de todas estas ventajas nuestras, que usted calla, por supuesto, y voy a insistir en esa fidelidad canina que tanto subleva a usted, porque no ha querido comprenderla.

La adhesión incondicional del perro a sus amos, que usted califica de «adulación abyecta» y «degradante adhesión» es, señor Grandmontagne, la gran virtud de nuestra raza, el mejor título de nobleza que poseemos. Sin esa virtud, seríamos unos de los tantos animales domésticos, más o menos útiles, más o menos bellos y graciosos, pero con ella ha sabido el perro conquistar el cariño de sus amos y el noble título de compañero fiel y amigo del hombre.

Esta fidelidad empieza por ser un sentimiento de gratitud por los favores recibidos, y poco a poco, con la convivencia se convierte en cariño entrañable, que hace del amo un verdadero Dios; y la sumisión incondicional que es la consecuencia de ese concepto religioso, está dignificada por el desinterés y el espíritu de sacrificio que nos anima, porque nos mantenemos fieles hasta la muerte y estamos siempre dispuestos a rendir la vida en defensa de nuestros amos.



Un sentimiento que llega así hasta la abnegación suprema va mucho más allá de las satisfacciones materiales y se convierte en amor puro, ideal, verdadero amor platónico. ¿Cómo no se le ha ocurrido a usted pensar en esto? Y observe que no se trata del espíritu de sacrificio inherente al amor sexual o maternal entre individuos de la misma especie, sino de una cosa muy distinta, única, como es el amor del perro al hombre. Si un abismo separa a estos dos seres en cuanto a la inteligencia, el amor del perro es el puente tendido sobre ese abismo, y por eso puedo afirmarle que nosotros los perros poseemos una partícula de humanidad, que es lo que nos llena de orgullo y nos hace dignos y respetables.

¿Es posible no sentir emoción alguna ante los signos inequívocos de cariño desbordante y de alegría franca y bulliciosa que manifestamos al encontrarnos con el amo ausente? ¿Y en esos momentos no ha notado usted que hay algo humano en el brillo y en la profundidad de la mirada nuestra?

Tal vez esta pasión perruna que, por la identificación con el objeto amado, nos lleva hasta la comunión humana, podría asimilarse a la pasión de los grandes místicos que alcanzaron la comunión divina; pero me detengo en esta hipótesis, porque mi humilde condición de gozquecillo no me da los bríos necesarios para atacar un tema de tanto fuste. ¡Ah! Si usted hubiera querido ser justo con nosotros, cuántas cosas bellas hubiese escrito con su habitual maestría, en honor de la fidelidad canina, sin miedo de mostrarse chirle ni superficial! Y si le parece que me entusiasmo demasiado y que exagero, transporte estos valores humanos a la modesta escala perruna, reduzca cuanto quiera mi lirismo trascendental y verá que siempre queda lo esencial, la chispita de humanidad que hemos sabido conquistar con nuestra abnegación sin límites.

Yo no puedo competir con usted en erudición, pero ya que en su artículo ha citado hasta a San Gregorio, me atrevo a recomendarle una nueva lectura de «L'Anneau d'Améthiste» donde podrá deleitarse con las sabias reflexiones que al bueno de M. Bergeret inspiraban las cabriolas y los ojillos misteriosos de mi colega Riquet. Y si prefiere otra clase de literatura, mire una muestra de lo que escribe su paisano el doctor Izcarra, en su reciente libro «La Rabia y su profilaxis»: «El medio más radical y lógico para que desapareciese definitivamente esta enfermedad consistiría en la destrucción total de la raza canina; pero semejante medida es irrealizable, puesto que se trata de un animal útil a la sociedad, noble cual ningún otro, y tan leal amigo del hombre que es capaz de perder su vida por salvar la de su amo... Por estas razones, en ninguna nación se ve señalada dicha medida en las leyes y reglamentos de Policía sanitaria». (página 153).

Por último, señor Grandmontagne, encuentro, al finalizar su artículo, una grave contradicción que me llena de placer. Dice usted refiriéndose al habilísimo perro Bobby: «Su arte es más profundo, más filosófico... Bobby conoce a fondo la naturaleza de los empleos humanos y el contenido esencial de la civilización». Pues bien, señor, si un perro es capaz de comprender tales cosas, ¿qué más podemos desear en alabanza nuestra? Yo no me hubiera atrevido a pedir tanto, y con esta confesión (*¡Felix culpa!*) borra usted todo lo malo que ha escrito de nosotros. Quedamos, pues, reconciliados, como buenos amigos, y puede estar bien seguro de que ya se han impartido las necesarias instrucciones para que sean respetadas sus dignas pantorrillas.

Su admirador,



YUKI.



Distinguidas señoritas de la sociedad sanjuanina que organizaron, con fines benéficos, un concurrido te danzante.

LAS NUEVE MUSAS

Las musas, hijas de Júpiter y de Mnemosina, eran nueve y presidían a las ciencias y a las artes.

Calíope era la musa de la poesía heroica; ceñían su frente los laureles y tenía en una mano una trompeta y en la otra un rollo de papel.

Clío, musa de la historia, venía a tener los mismos atributos.

Talía inventó la comedia y la representaban apoyada en una columna con una careta en la mano.

Melpómene, calzada con el coturno y armada con un puñal, presidía la tragedia.

Terspsícore, musa del baile, era figuraba por una joven viva y alegre, coronada de guirnaldas y con el arpa en la mano.

Erato, musa de los amores, tenía por atributo una lira y una antorcha; a sus pies jugaban tortolitas.

Polimnia era la musa de la poesía lírica, esto es, de las odas, los cánticos y las canciones, y por eso la representan con la lira.

Euterpe presidía la música y tenía en la mano una flauta.

Urania, musa de la astronomía y de las matemáticas, vestía un ropaje azulado y medía un globo con un compás; una corona de estrellas brillaba en su cabeza.

La palabra musa se deriva de una palabra griega que significa iguales o semejantes.



Ayuda a la madre que cría. fortificándola en la epoca que más lo necesita.

a los convalecientes y débiles

como una alimentación liviana y muy nutritiva, completándola con Africana Extracto Doble.

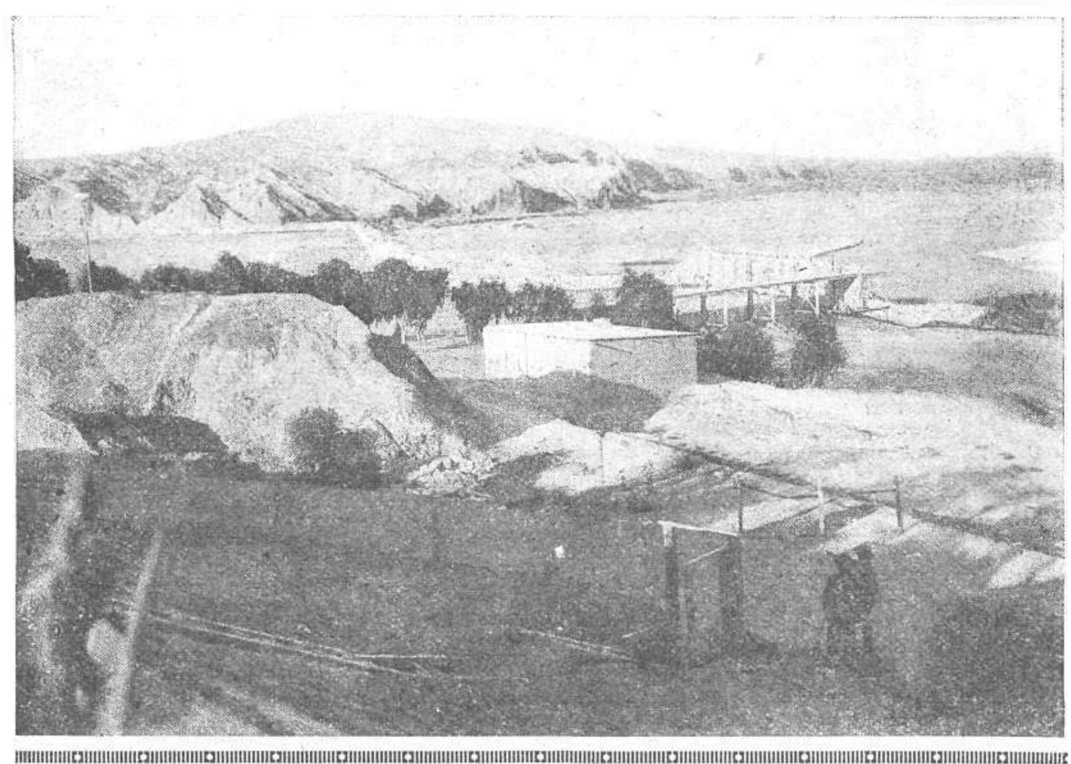
Por delicado que esté el estómago recibe bien a cualqier hora esta poderosa y agradable bebida tónica y la asimila inmediatamente sin la menor fatiga, llevando al organismo una nueva corriente de vitalidad.

Las madres que crían y los ancianos lo mismo que los sanos, encontrarán en ella un excelente auxiliar para sostener las fuerzas, especialmente durante los los calores, cuando hay menos apetito.

Elaborado por la
Cía. Cervecería Bieckert Lda.
San Juan, 3334 - Bs. Aires

De venta en los Bars,
Almacenes y Confiterías.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE



Panorama del dique distribuidor del río San Juan, cerca de la ciudad de este nombre, casi al pie del punto de conjunción de las vertientes que envían las cumbres andinas y las estribaciones.

Vigías de los diques mediterráneos

He aquí lo difícil: abarcar en un solo sustantivo la inenarrable serenidad en que se deslizan estas vidas aisladas del mundo cuando ahí no más bulle junto a ellas el jadeo de las pasiones, traquetea casi continuamente el motorismo de la civilización, y les ofrece, como burla, todas las extralimitaciones del boato, de los deseos, de la vanidad, amalgamados en un propósito de venirse a solazar aquí donde el mudo testimonio de un panorama sorprendente les infunde ánimos para confiar a las soledades todas las expansiones que allá en las poblaciones contiene la ley de del orden social.

Estos cinco o seis hombres que hacen la guardia de los diques parecen congregantes de algún precepto estoico. Viven observando sin fatiga ni desgano, las horas enteras de la jornada, cómo corren atolondradas las aguas que bajan a golpes, a saltos, a rugidos, de las cuencas montañesas. Ellos entienden sobre todas las cosas, una, la primordial, esencialísima, la clave de su función de hombres-guardianes, misión de alta gloria dentro de su concepto simple y, al parecer, de su monotonía; y esa es la seguridad de los pueblos que, si sus manos desnivelasen los tajamares, caerían irremisiblemente bajo el bronco poder de la inundación, angustioso fin que parece hallarse suspenso a espaldas de esos pueblos como una advertencia bíblica.

— *No es gran penuria* — me dice uno de estos vigías — *el cuidar el caudal en esta época del año, tibia y serena. Lo tremendo es en esas noches en que las moles de la montaña se visten de niebla, y esa niebla viene lentamente hacia nosotros, cubriendo el río, ganando el dique, velando las compuertas, dejando caer en los manubrios, en las cadenas y en las barandillas, esa viscosidad que parece convertir el hierro en una substancia resbaladiza. Y algunos, ¡pobrecitos!, tragados por esta enorme difusión han ido de bruces al agua, cuyo ímpetu nada detiene, y los ha llevado ya sin vida, hasta el primer lejano recodo cuyo lecho pedregoso les ofreció sepulcro.*

Pero este confidente concluye su digresión sin tristes acotaciones. Hombre resuelto a ganar su pan en la paz del desierto, séase labrantío, sea bulliciosa avenida pluvial o guarida de resguardo cordillerano, sabe callar a tiempo las expansiones sentimentales porque la familiaridad abierta y clara con los elementos le ha transmitido la rudeza que hace fuerte y sereno. Sabe también a ciencia cierta que todo cuanto allá sugiere como grandeza la ciudad cuyas agujas delinea muy lejos la brillazón del sol, es nada si su puño curtido hace girar las grúas y da paso al cauce brutal que correría como un grito de exterminio a enlodar y descuajar aquellas grandezas.

Habituado a tratar con hombres de toda catadura y posición, sabe, porque muchas veces lo ha comprobado que su depósito es la llave de ingentes riquezas que surgen cuando él, hábil y diligente -

El vigía nivelando el paso de las aguas durante una recorrida nocturna.

mente, abre o entorna los chorros que van a vivificar las tierras de que todo el país llevará un adarme de substancia y vigor. A su cabaña solitaria, siempre llena de los rumores que reproducen los tajamares en el chocar de las aguas, llegan viandantes andrajosos que comen una trucha pescada allí mismo, beben un trago de vino bien guardado en prolijo barril, añaden un migallo de pan serrano y pueden así reanudar el camino por donde les guían sus ilusiones, sus penas o sus locuras. Van también presidentes, reducidos a la desdibujada traza de un turista a quien cualquiera del séquito debe descubrir diciendo al sencillo vigía: *El señor es el presidente de la República*. Y aquel rostro curtido por los vientos no hace gestos: parece que allá en lo recóndito del alma tuviese grabado a fuego ese hombre la consigna de una función social que tiene más trascendencia que un presidente. Van gobernadores, ministros, legisladores, caudillos, viajeros de campanillas, parejas enamoradas y hombres visionarios. Para el vigía todo eso es la vida que pasa según el ímpetu de las vertientes. Un sólo pensamiento impera en su ánimo: la seguridad, la riqueza de la tierra.

La silenciosa compañía del valle o de la cumbre no le inspiran pavor; más bien pareciera que las brisas del desierto, metiéndose traviesas por el cordaje de su guitarra, quisieran hablar de un querer duro, pero intenso, al alma de la compañera que prepara el honesto lujo de la limpieza del hogar, mientras el vigía recorre las fuentes y echa sobre el caudaloso líquido su mirada recelosa y previsora.

Luego, cuando alguno de los compañeros venga para velar que no se desborde la bravura del río, cuyas espumas me han parecido melenas de leones blancuzcas apareciendo del seno del agua por encanto mitológico, en ese hogarcito puesto encima de una loma, rodeado de cercas floridas y risueño como una lámina de vivos colores, encontrará, entre profundo silencio, unos labios que ungirán el sudor de su frente con el ósculo de los pobres, con ese beso sagrado que afianza los eslabones que unen a dos almas buenas en su diáfana sencillez.

A ratos llegan hasta el dique, siempre rugiente, joviales caravanas que se largan desde la ciudad ganosas de ahuyentar el fastidio bebiendose los vientos del desierto y las brisas del río. El hombre-guarda les abre su corazón, les guía por angostas escalinatas ganando murallones, les habla de su historia sin brusquedades, les hace conocer la serena quietud de su corazón amoldado a lo majestuoso. Y esas «patotas» que vienen resueltas quizás a las extravagancias del desorden, quedan cautivadas por el sortilegio de la simplicidad.

Bajo sus pies ven pasar el delirio de una vertiente inagotable, de un pequeño mar. ¡Prodigio del amor a la vida! Cada portezuela, cada abertura, desvía un brazo de agua según requieren los campos que, no muy lejos, muestran ufanamente la lozanía con que prometen hacernos un pueblo poderoso. En las márgenes de estos mismos predios muchos pechos buscan el frescor que trae la acequia y que lleva la vida y lozanía a los frutos.

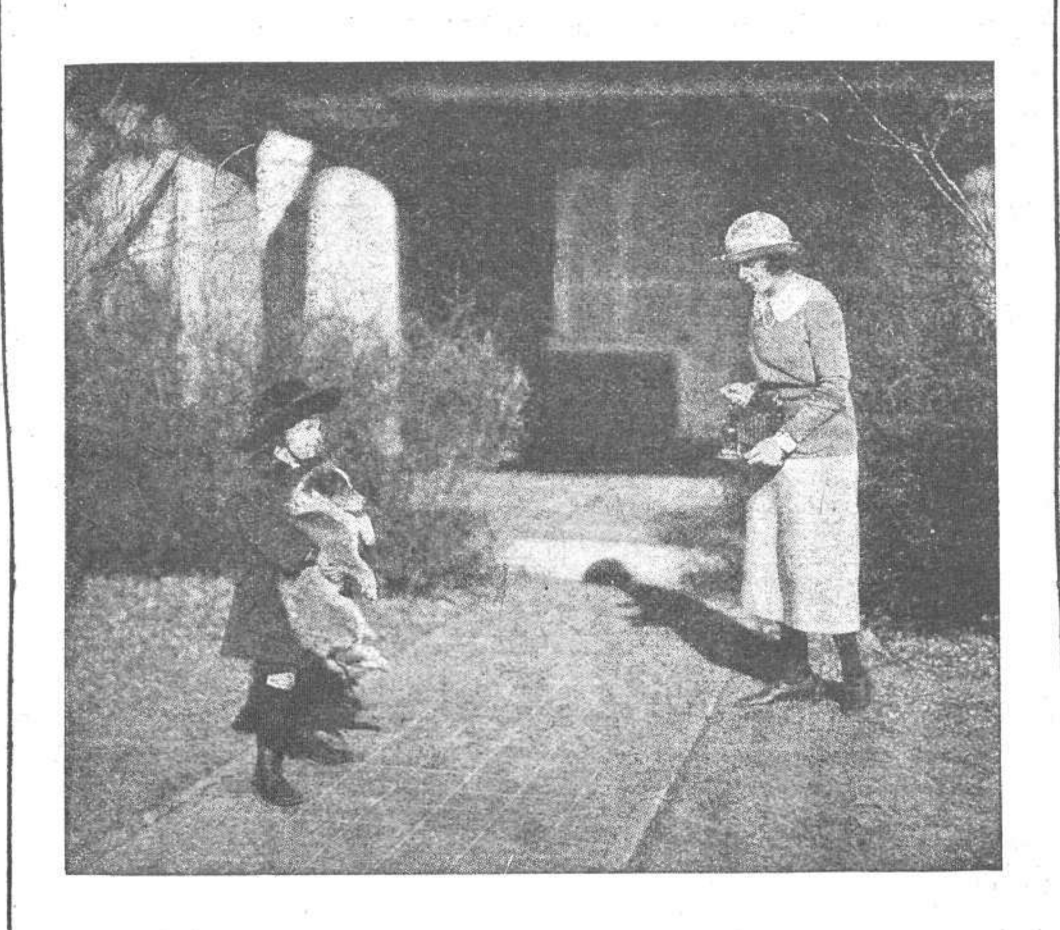
SANTIAGO FUSTER CASTRESOY

El control automático de las recorridas por el dique durante la noche obliga al guardián a permanecer alerta. Tomando la hora con una de las llaves de control colocadas estratégicamente para hacerlas funcionar con el reloj que lleva el vigía.



Guardadores del dique ocupados en hacer tajamares con bolsas de piedrecillas a una margen de la corriente, para producir nuevo desviamiento de la misma, lejos del dique.

GOYA. — El director, doctor O. L. González, con los nuevos maestros egresados.





LO QUE SE NECESITA PARA LA INDUSTRIA PORCINA

LA CONVENIENCIA DE LA SELECCION DE LA CRIA

Ningún ramo de la industria de la cría de animales de pedigree ha dado mejores resultados durante los últimos veinte meses que el de la producción de porcinos. Además, la demanda para porcinos de alta calidad no evidencia indicaciones de disminución, y a pesar de que los precios que se pagaban durante la guerra no rigen en la actualidad, los precios término medio obtenidos en las ventas sobrepasan con mucho a los valores de la pre-guerra. Esto viene a demostrar que la industria porcina se ha arraigado en el país y que el chancho es reconocido hoy día como factor económico de importancia en la explotación del suelo. Sin embargo, se oye preguntar con frecuencia si la crianza de porcinos de pedigree es un negocio que rinda beneficios, y si el criador tiene probabilidades de recuperar sus inversiones iniciales de capital con la justa compensación que le corresponde, al vender sus productos en los mercados.

Para dedicarse a esta industria según los precios de hoy día y tratándose de empezar con un plantel de media docena de hembras de buen origen, implicaría una inversión el doble más grande que la que sería necesaria si se comprara media docena de origen más mediocre, pero no puede dudarse respecto de los beneficios eventuales. Todos conocemos el tipo común de muchos chanchos que se venden en los mercados. A veces es una buena cruza de padres de respetable origen, pero en la mayoría de los casos es un animal de tipo indescriptible, feo de aspecto y muy poco apetecible. Un porcino de raza pura, criado sobre bases sanas y bien ponderadas, deberá siempre poder desbancar al otro del mercado.

No es preciso que todos los criadores de porcinos de pedigree tengan que seguir la misma línea y en las mismas condiciones en que funcionan los planteles principales que exhiben sus productos en las exposiciones. El criador en pequeña escala puede, si así lo desea, tratar sus porcinos de pedigree como si fueren de tipo comercial común, y aun entonces aprenderá que el «pedigree» le recompensa por este motivo. Encontrará que, dado su buen manejo, los porcinos de pedigree, a la edad de ocho o diez semanas, pesarán tanto como los otros «indescriptibles» de catorce o quince semanas; que aprovechan dos veces más la misma cantidad de alimentos, y, últimamente, cualquiera que sea el destino del animal, ya para invernarlo o para convertirlo en tocino y carne fresca, encontrará que sus beneficios excederán por mucho los que se obtiene del otro tipo, pues el porcino de origen puro no solamente alcanza mayor peso a una edad más precoz, sino que lo hace con menor cantidad de alimentos. La calidad tiene su valor siempre, sean en un porcino, en un vacuno o en un lanar, y los compradores de los frigoríficos, y los vendedores de carne de chancho se hallan siempre dispuestos a pagar mayor precio para los animales de rápido desarrollo que para los de desarrollo lento y de mal apetito, tipo éste que, desgraciadamente, aun está bastante difundido.

Por otra parte, además del valor comercial de los porcinos de pedigree (que no se paga en los mercados normales porque los animales sean de pedigree sino porque son superiores en líneas y en calidad), siempre hay la posibilidad de ganar mucho más que el valor comercial vendiendo los machos y las hembras jóvenes a los vecinos, y hasta a personas que residan en distritos lejanos que no están dispuestas a emprender un viaje largo de ferrocarril para ir en busca de lo que necesitan. Muchas veces es posible vender los lechoncitos a precios que varían desde $ 5 hasta $ 15 ó $ 20, aun cuando ha costado muy poco mantenerlos aparte de la alimentación extra que se ha dado a la madre, y este negocio es mucho mejor que los $ 3 a $ 8 que se pagan por animales de ocho semanas y de tipo común que se venden en plaza. Además, tratándolo como un animal de tipo puramente comercial, el porcino de pedigree siempre vale más en el mercado que el tipo «indescriptible», con tal que, desde cualquier punto de vista que se pondere el asunto, no es posible entender por qué el criador en pequeña escala no adopta los porcinos de pedigree para criar y explotar comercialmente en vez de criar, como sucede hoy día, usando cualquier tipo de madre y cualquier tipo de macho (los dos, generalmente, de origen desconocido) y obteniendo como recompensa precios irrisorios por los productos; o bien, si es que los guarda para invernar, le cuestan el doble por los alimentos.

No cuesta más — en rigor de verdad cuesta menos — mantener un lote de hembras de pedigree en la estancia o chacra común, que un lote de tipo vulgar; así que la única cuestión a considerar es, si la inversión extra inicial que la compra de animales de pedigree implica, será justificada por sus resultados comerciales. Esta pregunta ha de contestarse afirmativamente; y si bien es verdad que cada día el número de criadores que se dedican a la cría de porcinos de pedigree aumenta, todavía hay demasiados que se conforman con un animal cualquiera. Es de esperar que estos últimos se convencerán pronto del valor del pedigree en la producción de animales para fines comerciales y que los porcinos argentinos lleguen dentro de poco a mostrar una norma de calidad mucho más alta que la que alcanza en la actualidad.

No hay nada que decir en contra de las razas cruzadas, siempre que se críen sobre la norma de sangre pura por ambos lados. Lo que deseamos ver eliminado es el tipo «indescriptible» que no tiene ni una sola gota de sangre pura en sus venas, cosa que se evidencia claramente por su simple aspecto.

Los productos de una primera cruza reconocida — es decir, con sangre pura por ambos lados si bien de distintas razas — son invariablemente animales comerciales de primera clase, sea para la producción de tocino, sea para la de carne fresca; y es probable también que sería tan provechoso para la mayoría de los criadores adoptar esta norma de criar sus animales como la de basarse en las líneas de pedigree; pero hay que decir que esta última política es siempre más segura. Las primeras cruzas muchas veces inducen a segundas, y entonces el macho de pedigree se halla relegado a la obscuridad, y la degeneración comienza a sentirse.

Pero el criador de porcinos de pedigree para fines comerciales tiene que reconocer que el mero hecho de que sus animales sean de pedigree no le reportará ninguna ventaja pecuniaria en los mercados, pues el pedigree no cuenta para nada con los matarifes y los carniceros; ganará más dinero porque son animales superiores a los de tipo «indescriptible», y las buenas formas y calidad siempre valen buenos precios. Muchos criadores no quieren molestarse en registrar los animales, etc., y de esta manera se excusan de entrar de lleno como criadores de animales de pedigree; pero hay que tener presente que únicamente los animales que se destinan a la cría son los que deben registrarse; y en fin, el trabajo de registrar los animales no es una gran molestia. Los criadores que venden todos los productos, o para invernar o para producción de tocino y carne fresca, no tienen que molestarse para nada en cuanto a registrar los productos se refiere. Con tal que el padre y la madre sean registrados, basta.

Los porcinos de todos los tipos, de pedigree o no, se venden actualmente a precios tan buenos si no mejores a los que se obtienen para los demás animales de la granja; y si existiera mayor número de fábricas de tocino en el país, veríamos mayor expansión en la industria porcina.

Geo. G. J. Peters



ROTURACIÓN DE LOS RASTROJOS

Entre los tantos defectos de los procedimientos de enseñanza agrícola en la Argentina, hay uno que es de consecuencias verdaderamente perjudiciales en sumo grado. Nos referimos a la costumbre generalizada, después de efectuado el corte del trigo o avena o lino, de echar los animales a pastoreo en los rastrojos, donde se les deja casi seis meses, hasta la próxima siembra.

Así sucede que las malezas, dueñas del campo, lo invaden pronto, se levantan, crecen y dejan caer sus semillas, contribuyendo, de esta manera, a que el terreno quede permanentemente sucio, infectado de yuyos.

Esta vegetación inútil y parasitaria extrae del suelo elementos y materiales nutritivos y, lo que más daña, la humedad, que hubiérase podido ahorrar para el cultivo sucesivo.

Además, el pisoteo de los animales es muy perjudicial al terreno; éste, especialmente si es arcilloso y compacto, se apelmaza con las lluvias, se endurece después y en su superficie se forma una capa dura e impermeable; las aguas de lluvia, que en verano caen con abundancia, no penetran en el suelo; corren y por su desagüe natural se van y se pierden inútilmente.


Roturación de los rastrojos con rastra de discos.

Viene después la época de la siembra, y si el invierno empieza con sequía, la tierra está dura y con frecuencia no se puede romper con el arado, y aunque se pueda se llena de terrones y cascotes, que la rastra no llega a deshacer; de esta manera la tierra no está sentada, es *fofa*, llena de vacuosidades, no está *madura*, como se dice vulgarmente, y de ningún modo queda bien preparada para recibir las semillas; éstas germinan, pero las raíces, con frecuencia, se extienden en el vacío, entre el yuyo recién enterrado y no deshecho y más tarde sufren a la menor sequía; las plantas se desarrollan, crecen, espigan, pero cuando están en su período de floración o próximas a la madurez, se secan, las espigas maduran rápidamente y son sensibles a la menor falta de lluvia, y al primer golpe de sol se arrebatan sus granos y quedan chuzos, porque las raíces en tierras tan mal preparadas, excesivamente porosas, no encuentran suficiente adherencia y humedad para alimentar las plantas hasta el último momento de su período vegetativo.

Todos estos inconvenientes y otros más se evitan, en cambio, con la roturación de los rastrojos en seguida de levantada la cosecha, pasando el arado, aunque no sea más que con una reja liviana, o bien con la rastra de discos, que efectúa un buen trabajo y muy rápido.

De este modo las malezas y los restos del cultivo anterior quedan enterrados, se descomponen, se incorporan al terreno, beneficiándolo en su constitución orgánica, aumentando la cantidad de humus que contiene; las malezas no prenden y no brotan las que han empezado a hacerlo.

Durante estos meses de intervalo entre la cosecha y la siembra, los agentes atmosféricos, el aire, el calor, la luz, ejercen su acción benéfica sobre el terreno de una manera más intensa, y las aguas de lluvia penetran hasta las capas profundas y constituyen una reserva de humedad apreciable para el cultivo venidero.

Y en fin, la tierra queda así en buenas condiciones para la segunda arada que precede a la siembra, la que puede efectuarse fácil y prontamente porque la tierra se conserva suelta y fresca.

Ninguna objeción de peso se puede oponer para negar los beneficios de esta arada, de esta labor de los rastrojos, tan fácil como oportuna porque el chacarero en esta época que está desocupado, después de la trilla, y si él, especialmente el arrendatario, necesita los rastrojos para hacer pastorear los animales, se comprende cómo debe proveerles de forrajes destinando una parte de la chacra a alfalfar, sección ésta que nunca debe faltar en una chacra bien organizada, ahora que es posible hacerlo con la ley de arrendamientos en vigencia que acuerda plazos razonables al contrato e indemnizaciones en caso de mejoras.

Hay que tener presente que todas las operaciones o etapas de un cultivo tienen relación entre sí, y si la siembra prepara el éxito de la cosecha ésta constituye los preliminares que preparan, aseguran y facilitan la ejecución de aquélla; siendo así, de la roturación de los rastrojos, según lo hemos indicado, se deriva el poder efectuar una siembra en las mejores condiciones a los efectos de la preparación del suelo.

INSECTOS NOCIVOS: LA TELARAÑA DE LOS ALFALFARES

Se observa en ciertos años, durante el verano, que los alfalfares se cubren, en manchones de regular extensión, de una telaraña diminuta que adquiere un color rojo vivo debido a un sinnúmero de pequeñas arañas que se cobijan entre la misma.

Estos parásitos (*Tetranychus telarius*) deponen una cantidad enorme de huevos, generalmente en la parte inferior de las hojas de la alfalfa, y se reproducen varias veces en el año, causando daños a la producción forrajera por la caída de las hojas que provocan; los animales en general no comen la alfalfa así atacada.

Un verano seco y cálido es condición favorable al desarrollo de estos insectos; en cambio, una atmósfera húmeda o una estación lluviosa les es contraria.

Para combatir estos insectos, una vez producida la invasión en un alfalfar, no hay otro medio que destruir por el fuego el manchón o zona infectada; se corta la alfalfa y, una vez desecada, se quema sobre el mismo lugar.

Para evitar su posible reproducción para el año siguiente se aconseja pulverizar, después del último corte, el suelo con acaroína neutra al 5 %, esto es, 5 litros de acaroína neutra y 100 litros de agua; o bien, con una solución de jabón blando, 2 kilogramos, y 1 de extracto de tabaco y 100 litros de agua, disolviendo los dos productos aparte y vertiendo el extracto de tabaco sobre la solución de jabón y mezclándolo bien todo.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrón.

De Entre Ríos



Señores Pedro Miguens, Ignacio Amiano y León Scarcello que integran el equipo del Tiro Federal de Concordia que se clasificó campeón en el concurso departamental efectuado en Paraná.

SACRIFICIOS HUMANOS EN EL ÁFRICA OCCIDENTAL

Los pueblos que habitan en el Africa Occidental tienen los instintos más sanguinarios. Es bastante una guerra o un eclipse de luna para que se hagan sacrificios humanos, ya para aplacar la cólera de los vencedores, ya para hacer que sea propicio para ellos el astro de la noche, a quien adoran como la primera Divinidad.

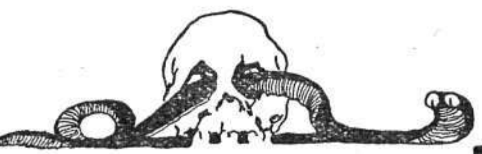
De resultas de un eclipse lunar, uno de los reyezuelos de aquellos países mandó reunir a todos los prisioneros de guerra a quienes era preciso degollar, Cuantas más víctimas se inmolan, más creen ellos que sea propicia la deidad nocturna que ha cubierto su semblante "porque quiere la sangre de las víctimas".

Estos sacrificios se hacen con pública ostentación. Los prisioneros esperan la muerte con resignación; el verdugo no se fatiga jamás en manejar su terrible alfanje, y todos creen que aquella insoportable escena tiene un fin religioso y laudable.

Ha habido ocasiones en que las víctimas se han contado a miles. Los europeos han querido demostrar los efectos naturales de los eclipses de luna, pero ellos han respondido:

—No os canséis; cuando nuestra divinidad esconde su rostro y lo envuelve en densas sombras es que quiere sangre, y hay que dársela.





BLENORRAGIA

GOTA MILITAR - ORQUITIS

FILAMENTOS

estrecheces y demás afecciones

SECRETAS

antiguas y rebeldes,
se curan rápida y radicalmente con

UROBLENA

Solicite folleto enviando estampilla al **Dr. P. CAIVANO**
Florida, 271 - Bs. Aires

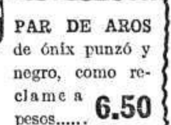


PRECIOSO par de **AROS** ónix y brillantes símili engarzados en plata platinada, a $ **15.—**

PAR DE AROS con ágata punzó y negro, brillantes fantasía engarzados en plata platinada y ganchos de oro 18 kilates, $ **22.—**



PAR GEMELOS de plata 900 con monograma en esmalte, a $ **6.—**



PAR DE AROS de ónix punzó y negro, como reclame a pesos...... **6.50**

PAR DE AROS plata platinada con brillantes del Brasil, a pesos....... **7.—**

LA ARGENTINA

GRAN JOYERIA M. CASAL

440 Bdo. de Irigoyen 454




UNA LADRONA



En las primeras horas de la noche entró a la comisaría un grupo de cuatro personas acompañadas por una agente. Este dió un papel, un pequeño envoltorio y dijo algunas palabras a un escribiente que estaba detrás de una mesa, pluma en ristre, y luego se retiró. El escribiente, al enterarse del contenido de la papeleta que le entregaran, dejó su asiento y con desusada amabilidad invitó a sentarse a los récien llegados. ¡Caramba! Nada menos que uno de los gerentes de «Fum y Fum», la tienda más grande de la ciudad, figuraba entre aquellos tres señores, y aquella muchacha que no cesaba de llorar ni dejaba que se le viera la cara!

— Siéntense ustedes... siéntense... ya va a llegar el *sub*...

— Gracias — respondió uno de los recién llegados, y tomaron todos asiento en un banco largo de madera sin respaldar que se hallaba arrimado a la pared. La muchacha ocupó un extremo del banco.

Media hora después llegó el subcomisario, ocupó el lugar del escribiente en la mesa, éste púsose a su lado, empuñó la lapicera y, con media resma de papel de oficio por delante, comenzó a garrapatear en silencio.

A una señal del *sub*, el gerente de «Fum y Fum» abandonó el banco y se aproximó a la mesa. Era un tipo alto, rubio, desteñido, que hablaba áspera y dificultosamente el castellano.

— Si señor... La cosa no tiene, en sí misma, mayor importancia — dijo. — Según me han comunicado mis empleados, esta... mujer, que estaba de vendedora, acostumbraba a robar mercaderías. Hoy, a la salida, uno de los inspectores que están en la puerta le descubrió que llevaba un par de medias de seda. Entonces ella lo tiró al suelo... El inspector llamó a un superior y comprobó el delito. Ella hizo un gran barullo, que es lo que más siento, por la seriedad de la casa. Lloró... Negó lo que estaba a la vista... Ahí están las medias... Y por fin, se echó sobre el inspector que la descubrió y le arañó la cara y las manos como una gata, verdaderamente.

Durante los largos intervalos de tiempo que el gerente ocupaba en buscar las palabras difíciles en su vocabulario, no se oía en la sala más que el rasguear de la pluma sobre el grueso papel de oficio.

— ¿El inspector? — preguntó el subcomisario.

— No ha venido todavía — respondió el gerente. — Ha sido llevado a una botica para que le curen los arañazos...

— ¿Esa es la mujer?...

— Si, señor, ésa...

— Pase usté... — ordenó el *sub* con voz de aguardiente.

El gerente regresó a ocupar su sitio en el banco. La muchacha se acercó a la mesa, ahogada en sollozos.

— A ver. Sáquese el pañuelo de la cara. ¿Cómo se llama?

La muchacha descubrió la mitad de su cara mojada por las lágrimas. Era una rubia preciosa, no mayor de veinte años.

— ¿Cómo se llama? — insistió el policía. Ella dijo un nombre y dió una dirección.

— ¿Por qué robó usted este par de medias?

— No señor... Yo no he robado nunca, nunca... — respondió ella, las palabras truncas por los sollozos.

— ¡Cómo! ¿Y las medias?... — interrumpió, impaciente, el gerente de «Fum y Fum».

— Tenga la amabilidad — le dijo el *sub;* — no interrumpa el interrogatorio.

Y dirigiéndose a la muchacha agregó:

— A usted se le acusa de haber robado un par de medias, de un valor de catorce pesos, en las circunstancias que acaba de exponer el señor...

— Es mentira, señor, completamente mentira, yo no he robado nunca.

— ¿Y las medias?

— Yo no sé, ni las vi... A mí no pueden habérseme caído como dice... Es mentira, mentira...

El lloro se hizo más abundante.

— Bueno. ¿Y por qué, entonces, lastimó usté al inspector que la descubrió.

— Es un sinvergüenza, señor, es un sinvergüenza...

La declaración de la muchacha no adelantó mucho más. La de los dos testigos que acompañaban al gerente coincidían en un todo con la de él. La vendedora, descubierta por un inspector, a la hora de la salida, había querido librarse del «cuerpo del delito» arrojándolo al suelo. Al comprender que la treta no le valía, se echó sobre él y le arañó la cara. Se produjo un escándalo — perjudicial para la seriedad de la casa, — que presenció un centenar de personas, y eso fué todo...

Firmadas las declaraciones, que llenaban cincuenta y tres páginas de oficio, los tres individuos se despidieron y marcharon. Quedó, sentada en un extremo del banco, la muchacha, que continuaba llorando desconsoladamente.

Retirado el *sub*, el escribiente estuvo largo rato contemplando la figura interesante de la rubia y chupando el mango de la lapicera... Era el escribiente un muchachón alto, desgarbado, con cara



— [illegible] señor. ¿Quiere usted firmar un seguro de vida? ¡Pronto!
— ¿Por qué?
— Porque se ha sentado usted encima del sombrero de ese boxeador.



El vino disminuye... La leche aumenta.
La materia prima es, por tanto, la misma.





de bueno o de tonto. Hacía unos pocos meses que estaba allí llenando pliegos de papel de oficio con su letra endemoniada y no había tenido aún tiempo de endurecer el corazón con el espectáculo cotidiano del delito. De primera intención, todos los delincuentes eran para él inocentes víctimas de la maldad de los otros. Así le estaba pareciendo que era aquella muchacha rubia, ¡tan linda!, acusada del delito de robar un par de medias. La pobreza — él lo sabía — tenía la culpa de muchas cosas. Las medias — también lo sabía — constituían una verdadera obsesión para las muchachas bonitas. ¡Cómo se resigna una «chica» con piernas bien formadas — así debían de ser las de la rubia — a no llevarlas bien enfundadas en la seda transparente y brillante de un buen par! La tentación era fuerte. Acaso la pobre estaba obligada por la dura necesidad a usar antipáticas medias de algodón, obscuras y tupidas, que disminuían el encanto maravilloso de sus pantorrillas. Las ansiadas, de seda, estaban delante de ella todo el día, como tentándola, y, naturalmente... guardó unas en la cartera dispuesta a lucirlas en la tarde del próximo domingo... ¡Pero, no! ¡Era imposible! ¡Con aquella cara no se podía cometer el feo pecado de hurtar! Cierto que las mujeres más peligrosas, según los novelistas, son siempre las más hermosas. Verdad también que el pecado, según los que comulgan, se alberga en los cuerpos más endemoniadamente fascinantes... ¡Pero, no! ¡Aquella muchacha no podía robar un par de medias aunque fueran de seda! ¡Lo único que la rubia podía robar, lo único, era corazones! Y el escribiente, sin dejar de chupar el mango de la lapicera, sonrió ante esta frase romántica que habíale espontáneamente brotado en su soliloquio...

La rubia continuaba llorando.

II

Una hora después llegó un hombre, pobremente vestido, que dijo ser el padre de la muchacha. Esta, al verlo, duplicó sus sollozos... Ambos conversaron unos minutos, con el escribiente de testigo. Aseguró al autor de sus días que ella no había robado. El padre la creyó. ¡Quién, sino él, debía creerla!... Y el buen hombre se fué en busca de otro, con quien regresó a la media hora. Este último se entendió por teléfono con el mismo comisario de la *sección* y al rato se dió orden de poner en libertad a la detenida, ante el contento y el asombro de todos, especialmente del muchacho escribiente.

— ¡Lo que son las influencias políticas! — pensaba admirado.

III

Al otro día apareció en la comisaría, poco antes de obscurecer, el padre de la muchacha rubia, acompañado por un agente. En la papeleta que recibió el escribiente constaba que aquel sujeto había entrado a la casa central de «Fum y Fum» y tomado a golpes de puño a Tal de Tales, inspector de la casa. Al declarar dijo que, en efecto, él había entrado a la tienda especialmente dispuesto a «romperle la cara» al señor Tales porque el señor Tales lo merecía... (El escribiente trasladaba al papel de oficio aquella declaración, con íntimo regocijo). «Y merecía no solamente eso sino un buen tiro en mitad de la frente por canalla. El tal tipo había cometido una mala acción. ¿Recuerda usted lo de ayer... a esa muchacha acusada de haber robado un par de medias? ¿Sí? Pues bien; esa muchacha es mi hija. Yo estaba seguro de que una hija mía no podía «ensuciarse» en un par de medias. Somos trabajadores, y cuando no hay para medias de seda, nos ponemos medias de algodón, sin sufrir nada por eso... La muchacha no podía robar... Yo lo sabía bien. Aunque la acusaran todos, no podía ser... Bueno. Ella no me quiso decir la verdad de lo sucedido, pero como buena hija se la dijo a la madre, sí señor, y ella me la dijo a mí esta mañana. Y la verdad es ésta: ese tipo perseguía a mi hija, le hizo proposiciones que ella no oyó, y entonces él se dispuso a hacerla expulsar de la casa. Como la muchacha no daba motivos para ello inventó lo de las medias... ¡Ya ve usted! El mismo tiró al suelo las medias cuando pasó mi hija... y después todo lo que ya se sabe... ¡Oh! se la merecía bien la trompeadura que le dí. Lástima que me lo quitaron pronto de delante... pero eso no importa... algún día le daré otra.

Terminada la declaración, el detenido pasó a ocupar un calabozo.

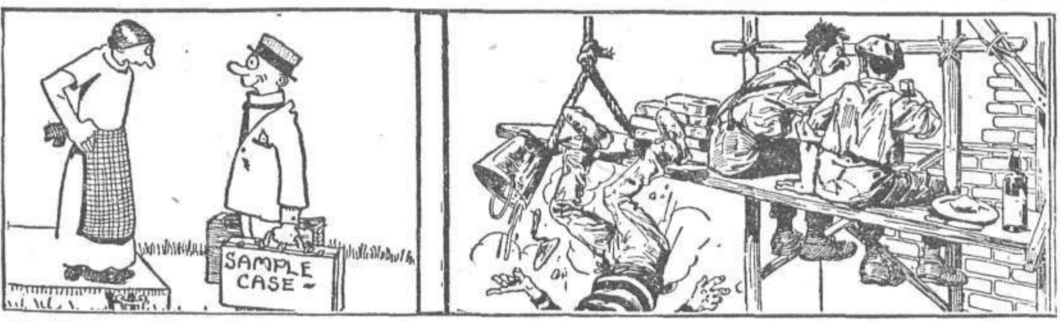
Al retirarse el *sub*, el escribiente fué a verlo, y le dijo:

— Diga, don... ¿por qué no avisa a ese señor de ayer para que lo saque?... ¿quiere que yo le haga avisar que usted está acá?...

El hombre agradeció la atención pero se negó a molestar nuevamente a su influyente vecino. Prefería esperar a que le trajeran de su casa los cincuenta pesos de la multa, pagarla y salir en libertad.

— ¿No cree que vale la pena tirar a la calle unos pesos que nos hacen falta para otra cosa, con tal de darle una lección a un canalla como ése? ¡Y bueno! ¡Pagaré!... y en cuanto tenga otros cincuenta pesos ahorrados, voy y le doy otra pateadura. ¡Quiero que se acuerde bien de mí!

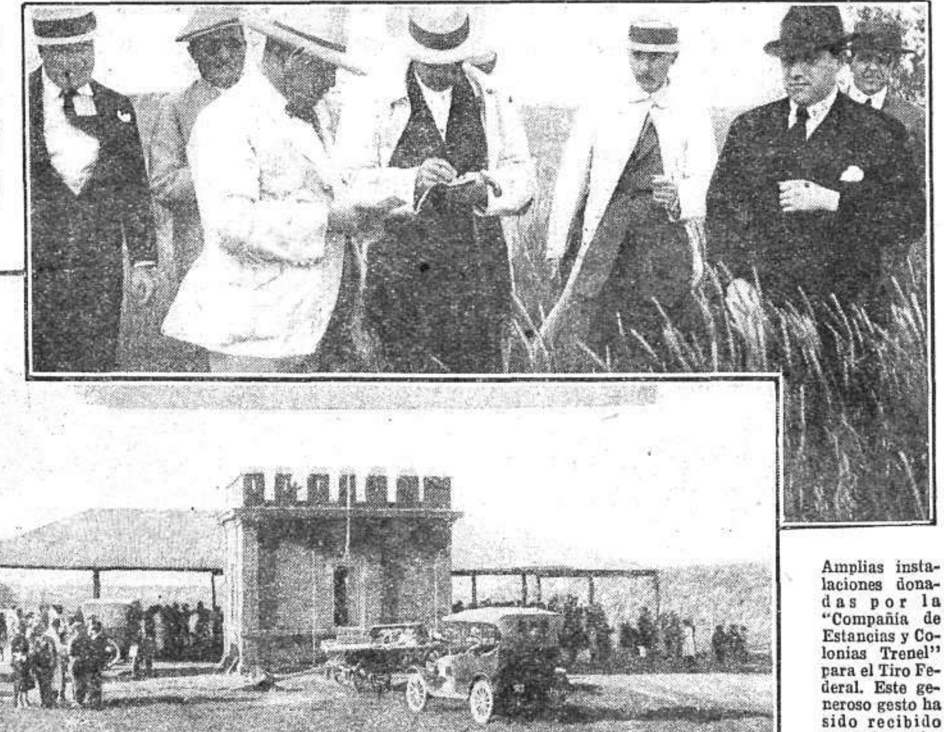
El escribiente regresó a su mesa y se entretuvo en chupar el extremo de su lapicera, todo emocionado.



La patrona. — ¿Otro tambor?
El. — No, señora. ¡Yo toco el violín!

— ¿No decías que Pérez estaba muy bien educado? Pues ahí lo tienes. ¡Se va sin despedirse de nosotros!

TRENEL (Pampa). — El profesor Strampelli tomando anotaciones sobre el resultado de los ensayos de diversas clases de trigo en las colonias agrícolas de esta localidad.



Amplias instalaciones donadas por la "Compañía de Estancias y Colonias Trenel" para el Tiro Federal. Este generoso gesto ha sido recibido con toda satisfacción entre los pobladores de esta zona.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). - Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana y San Salvador — Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



ENGO el gusto de presentar a ustedes este matrimonio de regadío, y de "actualidad palpitante", como se dice en la galiparla periodística, ya usual y corriente en estos reinos.

Y digo "presentar a ustedes", haciendo uso de la metáfora; porque si yo tuviera un melón y una sandía de cuerpo entero, no había de ser tan memo que los pusiera a merced de la voracidad ajena, dejando a la propia "por éstas que son cruces".

¡Lo que es la fuerza de la costumbre! A cualquiera se le removerían hasta los últimos sedimentos del patriotismo, si le dijeran que el melón valenciano y la sandía de Vélez o de Rota son extranjeros; y sin embargo, se sospecha que el melón es africano o asiático, y se tiene la seguridad de que la sandía es una emigrada de la India, esa tierra del cólera, de los bramines, de las riquezas fabulosas y de los feroces tigres, todo revuelto en espeluznante confusión.

¿Quién fué el primer melón, digo, quién fué el primer "melonista" conocido? La historia permanece muda en este particular tan interesante, sin embargo de habernos conservado el detalle de que Luis XIV se movía con poca delicadeza en el vientre regio de su madre Ana de Austria. Así perdemos la ocasión, siempre grata, de admirar y aplaudir a través del tiempo, a un descubridor de continentes... con cáscara. Hoy maldita la gracia que tiene deshacerse en elogios del melón, olfatearlo con deleite, y paladearlo con sibaritismo. El mérito estuvo en adelantarse a los siglos, en adivinar bajo la corteza del melón silvestre sus méritos intrínsecos, y la especie de culto gastronómico que habían de tributarle las edades.

Dicho sea sin señalar, y sin ofender a nadie, ¡cuánto parecido con el hombre tiene el melón! Diríase que no le falta más que hablar, y hasta puede arriesgarse el aserto, sin miedo de caer en la paradoja, de que un melón bueno es más elocuente que un orador malo. Como el hombre, el melón necesita no estar pasado para ser verdaderamente aprovechable. Un melón demasiado maduro, y un hombre gastado y viejo en grado heroico y eminente, no sirven para maldita de Dios la cosa. Demasiado dulce, el melón empalaga; lo mismo que las dulcedumbres de carácter pierden al hombre, por aquello de: hazte de miel, y te comerán las moscas. Tierno en demasía, el melón se convierte en una pasta viscosa que produce, al ser masticada, sensación desagradable. Muy duro, el melón resulta incomestible, como resulta intratable el "homo sapiens" de demasiada dureza de carácter. Hay que buscar en los melones, como en política, como en todo, el justo medio, la sazón oportuna, el equilibrio y las necesarias ponderaciones. Pues, ¿y la cala y cata del melón y el conocimiento del corazón humano, no son operaciones idénticas en los fines, y hasta en los procedimientos? La única diferencia que puede usted notar entre ambas, cede en beneficio del melón, y que no tomen ojeriza los hombres... más o menos melones. Mientras el melón dice todo lo que es sin reservas y sin fingimientos, en la primera inspección ocular, es muy difícil leer lo que hay escrito bajo la bóveda craneana, y casi imposible adivinar lo que encierra ese estuche de carne que se llama corazón, aunque se repitan los ensayos y se persista un año tras otro en el estudio. Húndese el cuchillo en las pálidas carnes del melón, hasta poner las tripas al descubierto, y de golpe se sabe si es de buena familia, si podrá resultar indigesto, si es necio o insípido, y si ha nacido hipócrita; esto es, si el primer bocado resulta agradable, y salobre el resto. En cambio, pone usted a prueba, con magníficos resultados, el corazón y el alma de un individuo que se ofendería si lo declarasen moralmente inferior al melón, y cuando más seguro va estando de sus juicios y observaciones, la flaca condición humana hace una de las suyas, y hay que declarar badulaque de plantilla al que casi casi había llegado a ser dechado de perfecciones tempórero. Convengamos, pues, en que el corazón humano continúa siendo un abismo, y proclamemos que si alguien lleva en la mano aquella importante víscera, es el melón. Sin em-

bargo, si hay melones que por su fragancia, su peso, y sus signos exteriores de sazón y madurez, no necesitan que se les haga la cala para conocerlos, hay hombres que a las primeras de cambio "entregan la carta", y a esos tampoco es preciso hacerles la operación del trépano para sondearlos debidamente.

Como ya se van acabando aquellas deliciosas costumbres patriarcales de un rancio españolismo a carta cabal, son muy pocos los apasionados del melón que se atreven a dar a éste todo lo que es suyo. Otras veces, a eso de las dos de la tarde, ya se sabía; el padre de familia se acercaba en persona al puesto de los melones; escudriñaba con ojo certero en la inmensa pila aquél que le parecía más hombre de bien; palpaba; leía detenidamente la biografía que todos los melones llevan escrita en su corteza con estraños caracteres; lo olía por ambas estremidades; lo romaneaba balanceándolo en las manos; lo pesaba para enterarse de su valor; pagaba el precio convenido, y envuelto en el blanco pañuelo del bolsillo se lo llevaba a casa, estrechándolo cariñosamente contra su pecho, ya enardecido con estos prolegómenos del cercano festín. En casa, el melón era objeto de un segundo reconocimiento, y como el ojo experto de la señora lo encontrase de recibo, se le preparaba muelle lecho en un cenacho, y era descendido con tiento a las frescas lobregueces del pozo, donde el musgo y el culantrillo lo acariciaban con sus aterciopelados besos, mientras aquel frío ambiente se iba apoderando de sus tejidos, hasta convertirlo en aromático sorbete. Luego, a la mesa; después, la disección anatómica, con apartamiento de las pipas que se guardaban para horchatas y entrega de las dos coronillas al Benjamín de la casa, que en ellas escribía con los dientes todo un poema de suciedad y glotonería. ¿Y el acto de probar el primer bocado del melón de cuerpo presente? — El catador de vinos más perito y entusiasta no ejerce sus augustas funciones con mayor solemnidad. Levemente masticada la primera tajada, el rostro del inteligente en melones va expresando diversidad de sentimientos afectivos: primero la duda; luego se borra poco a poco el signo de interrogación estereotipado en todas las líneas del semblante; después se dilatan los ojos con beatífico contento; se oye un chasquido de la lengua que afirma de este modo su "regium exequatur", y por último un mohín indefinible de aprobación y de contento declara "urbi et orbi" que aquel melón es cosa rica. Los dientes se hunden después con singular delicia en las frescas carnes del melón; los labios recogen avaros y codiciosos la película de rubia canela que corre a lo largo del vértice de la tajada: el olfato aspira con arrobamiento el balsámico perfume de la deliciosa fruta digna de la mesa de Lúculo, y pocos instantes después no queda del melón otra cosa que el recuerdo, única herencia de todas las dichas conocidas.

Puede darse y se da frecuentemente el caso de que no sea necesaria para adquirir un buen melón la cruenta faena de la cala. Melones ingenuos hay a millares, que a tiro de ballesta son conocidos como melones de bien; pero ¡Dios y el "eterno femenino" me lo perdonen!, la sandía, perteneciente al sexo hermoso, al ser que mejor disimula sus sentimientos, al ser impasible, no obstante su nerviosismo, cuyo rostro dieron los egipcios a la esfinge, no se puede tomar más que a beneficio de inventario y sin prescindir en ningún caso de la cala y exploración más minuciosa. ¡Se lleva uno cada camelo en cuestión de sandías, con o sin faldas, que todas las precauciones son pocas! Bajo un traje de crujiente seda, suele haber la demostración más cumplida de aquella imprecación del genial autor de "Hamlet": ¡Fragilidad, tú tienes nombre de mujer! Bajo una corteza reluciente, seria, pulida, de un verde simpático y atrayente como si la hubiera labrado de esmeraldas la misma Pomona, hay con frecuencia una carne desabrida y linfática, atacada de clorosis, y de imposible digestión. Pero cuando la sandía, lo mismo que la mujer, sale buena, ¡eche usted tesoros de dichas celestiales!, ¡eche usted sensaciones gratas!, ¡eche usted regodeo para los sentidos, y para el alma, si los necesita! Aquella carne ligeramente farinácea, el licor sonrosado que contiene, su dulzura "sui generis" y sus cualidades refrigerantes, hacen de la sandía una señora muy apreciable, que alimenta, refresca, endulza y baña al que la come.

El corazón de la sandía, como el corazón de la mujer, es lo mejor que en ambos se contiene. Cuando la mujer piensa y ama con la cabeza, dan ganas de creer a una porción de notabilidades que contra ella se han desatado en denuestos; cuando todo lo resuelve dentro del pecho, sin permitir que meta baza la fría reflexión, no hay sandía, digo no hay mujer, que no valga su peso centuplicado en oro. Pero si quiere usted mayor concomitancia entre la voluminosa fruta y las hijas de la pecadora Eva, fíjese usted en un detalle importante: la mujer que sabe que es ardientemente amada, responde siempre con la frialdad, por cálculo o por desconfianza; y para que una sandía se enfríe, basta con ponerla al sol canicular.

Un dato filológico para concluir: del matrimonio del melón con la sandía nacieron los sandios, según un zoólogo a quien trato desde lejos.

No tendría inconveniente en hacer por mi mismo el experimento, si hay quien me mande tres veces por semana una pareja, valenciano y maduro él, esférica, reluciente, roja y jugosa ella.

IUAN J. RELOSILLAS

DIBUJOS DE MACAYA



GENERAL PICO (F. C. O., Pampa). — Señoritas de Viola, Díaz, Arrocibar, Amado y Serra durante un intervalo del hermoso baile realizado en el salón "Zanoni", con motivo del Año Nuevo.

MONTE NIEVAS (F. C. O.). — Grupo de alumnos de la escuela N.º 92, que dirige la señorita Elisa Zuber, que realizaron un acto festivo con motivo de la terminación del año escolar.

MERLINO
FOTOGRAFIA

GRAN PREMIO MEDALLA DE ORO,
FUERA DE CONCURSO: PARIS.
GRAN MEDALLA DE ORO: LONDRES.
MEDALLA DE ORO: ROMA.

EL RETRATO DE NOVIOS

La alegre belleza de un retrato de novios hecho por **MERLINO** atrae todas las miradas. El fresco y sano color de sus mejillas hace que la dulzura de sus ojos aparezca más encantadora, porque **MERLINO,** más que ningún otro fotógrafo, logra envolver sus retratos en la evocadora atmósfera de la poesía y en sus obras se encuentra siempre una vena meditativa de gran serenidad.

MERLINO ha puesto siempre en los retratos de novios una dedicación especial, y representa la última palabra en cuanto a estilo y buen gusto.

Además, para aumentar la suma de méritos que se obtiene en cada retrato de novios confiado a **MERLINO**

OBSEQUIARA

durante los meses de Enero y Febrero a los desposados, con una valiosa y artística ampliación sepia, con su marco finamente tallado en madera lustrada o dorada imitando el antiguo.

FOTOGRAFIAS a precios especiales, para novios, tamaño de moda, en finísima cartulina, con su carpeta, la docena pesos........................ 35.—

Otro tamaño más grande, no pegado, con carpeta, la docena $ 45.—

Peinadora en la casa GRATIS.

MERLINO 650
C. PELLEGRINI





Caras y Caretas ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

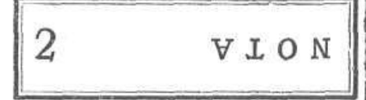
4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Charadístico, por Enrique Ferrer (ciudad)

1.ª y 3.ª	2.ª y 3.ª	3.ª y 4.ª
EN EL HOMBRE	ESTIGMA	ANIMALES
TODO: AFECCION		

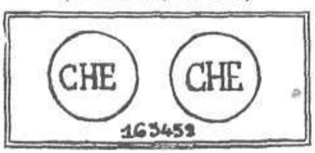
N.º 2
Comprimido, por Enrique Ferrer (ciudad)



N.º 3
Comprimido, por Enrique Ferrer (ciudad)

EN GEOMETRIA BASE

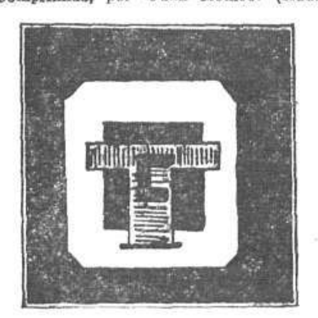
N.º 4
Logogrifo-jeroglífico, por Luis Centenari (El Palomar, F. C. P.)



N.º 5
Comprimido, por Luis Centenari (El Palomar, F. C. P.)



N.º 6
Comprimido, por «Juan Romeo» (ciudad)



N.º 7.
Intercalación comprimida, por «Juan Romeo» (ciudad)

CIU R DAD NOTA

N.º 8
Acróstico, por «Juan Romeo» (ciudad)

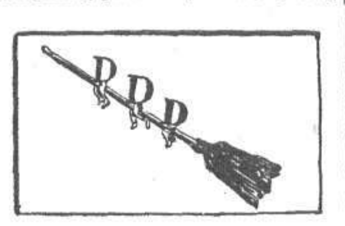
```
   . . . × . .
 . . . . × . .
       . × . . . .
  . . . × . . .
     . . × . . . . . .
    . . . × . . .
 . . . . . × . . . .
     . . × . . . . . .
       . × . .
```

En la vertical de "equis" deberá leerse el nombre de un presidente argentino, y en las líneas horizontales de "puntos" nombres de figuras y cuerpos geométricos.

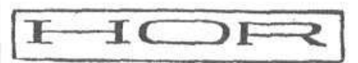
N.º 9
Jeroglífico, por «Iris» (Talleres F. C. S.)



N.º 10
Comprimido, por «Iris» (Talleres, F. C. S.)



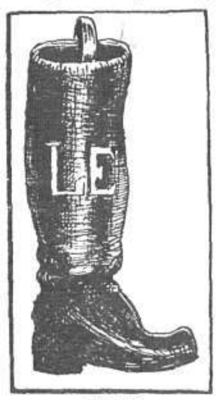
N.º 11
Comprimido, por «Iris» (Talleres F. C. S.)



N.º 12
Comprimido, por «La Negra» (ciudad)

RI PLANTA

N.º 13
Intercalación, por «Iris» (Talleres, F



N.º 14
Charadístico, por «La Negra» (ciudad)

1.ª y 2.ª	2.ª y 3.ª
HABITACION	EN GEOMETRIA
TODO: RIO	

N.º 15
Comprimido, por «La Negra» (ciudad)

FRA ANIMAL

CONCURSO E PASATIEMPOS
FEBRERO DE 1923.
CUPON N.º 127?.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de Caras y Caretas, Chacabuco, 151.

Concurso de enero. — Se reciben soluciones hasta el 14 de febrero inclusive.

TEATRO DEL SILENCIO

«Esposa contra esposa»

Película doblemente artística puesto que se desarrolla entre artistas y en pleno barrio latino parisiense, es de un argumento archi-explotado, sin pizca de originalidad y con un desenlace de acuerdo con la *teoría* amorosa del exquisito poeta don Ramón de Campoamor, el cual consideraba «inagotable» las fuentes del corazón humano.

Solamente que al poner ejemplos rimados, el citado vate casi siempre se refería a la «inagotabilidad» masculina. Véase un ejemplo:

Amé una vez y dos inmensamente
y tres, y acaso más.
Del corazón la inextinguible fuente
no se agota jamás.

Pues bien; el amor «inmenso» de la modelo Jane hacia el artista Percy; un amor que la hace cruzar el Atlántico vía París-New York, se va agotando, agotando para renacer, pujante, hacia el doctor Edwards, con el cual se casa. Muere Percy como debía morir: del corazón, y su viuda — porque el hombre estaba casado cuando amaba, en la ciudad-luz, a su modelo — se dedica a declararle la guerra a su ex novia. En fin; unos celos «retrospectivos».

Todos estos enredos afectuosos transcurren con apacible naturalidad.

Caprichitos de gente imaginativa cuyas pasiones no por ser volcánicas son eternas, ya que la vida es múltiple, tentadora e impresionable.

«Las estrellas del baile»

Es una cinta de lujo, aparatosa, brillante en sus escenas por las que desfila, en primerísimo término, la gentil «estrella» Irene Castle, plástica, flexible y provocativa en su papel de danzatriz que ondula y culebrea juncal, sacerdotisa de Terpsícore, ante el entusiasmo de los espectadores. Con este movible pretexto se aglomeraron en esta cinta unas cuantas intrigas mundanas en las que se pretende enredar a la protagonista, que, al final del argumento, logra salir incólume, con mayor prestigio todavía.

Como producción espectacular nos reconciliamos por entero con las ingenuidades del asunto.

«El cuatrero»

Es un cow-boy con todas sus características con que la realidad y la inventiva norteamericanas adornan a estos héroes campestres con el alma medio atravesada y el cuerpo en constante equilibrio «desequilibrado»; mozos rudos — ya los conocéis — que merodean por las estancias rurales del oeste a caza de aventuras.

Al cuatrero de esta cinta le da por apropiarse del ganado ajeno; posee una habilidad envidiable para lazar a las reses, que luego canjea por excelentes dólares, gastados después alegremente en pintorescas cantinas donde, de vez en cuando, por aquello de romper la monotonía del ambiente, suenan tiritos y se arman jaleos en que ruedan por el suelo mesas, cacharros y clientes.

Un capataz, listo como el hambre, le pone la proa al endiablado salteador, le estropea sus combinaciones y termina aburriéndole y castigándole hasta que consigue llamar la atención de una guapa rancherita por quien suspira, terminando por ganarse su corazoncito.

Y colorín colorado, como en los cuentos para niños.

«Tartarín»

No es el de Tarascón, el famoso héroe de la celebrada novela de Alfonso Daudet, bien que, en cierto modo, pretenda ser una parodia, un poco libre, del gracioso e inflado personaje. Hay en esta cinta europea algo de vodevil con ribetes sentimentales, una amalgama feliz de comicidad y dramatismo conducida con acierto, hormigueando al espectador con excelentes contrastes escénicos de buen gusto.

«Te quiero mucho, maridito mío»

Es una ¿cómo diremos para explicarnos con claridad? una película inclasificable dentro de nuestra concepción artística, literaria y social, porque...

Figúrense ustedes que un amigo se casa perfectamente enamorado con una aldeanita llena de simplicidad, esquiva como una gacela. Todo la asusta: la gente, el ruido, los tranvías, los ascensores, el trato social... Imposible, en estas condiciones, zambullirla en la sociedad a que pertenece su maridito, hombre a la moderna, educado, a quien no marean todos los tráfagos neoyorquinos al mediodía. Empero, como el amor manda con irresistible fuerza, se la lleva al altar, los bendicen y decide vivir con ella lejos, *lejísimos* del «mundanal ruido».

Un nido entre la espesura de la selva, en directa comunión con mamá naturaleza, libres de las asechanzas de la urbe malsana, no estará mal — pensó nuestro protagonista.

En efecto; se lleva a Nola, su esposa, a lo más intrincado del boscaje y allí establece su hogar poco menos que a lo Robinsón. Ya que habían fracasado sus tentativas de «civilizar» a su montaraz costilla, espíritu refractario y físico apetecible, resignóse a convivir bastante cerca de la fauna que no usa *smoking* ni etiqueta.

Mas surge en este punto un amigo «servicial», uno de esos abnegados seres que sufren horrorosamente ante las contrariedades de los demás; y pensando, pensando cómo «redimir» al cautivo, discurre en... raptarle la esposa. (Punto y aparte).

La rapta, la «educa» y al cabo de algunos meses, con esa satisfacción con que el pagador escrupuloso devuelve religiosamente un préstamo, se la devuelve al marido atribulado con frase lapidaria:

— Aquí la tienes, no suspires más. Tu arisca cabritilla es ahora un guante flexible y tan sociable como la señora de un diplomático.

— Gracias, gracias. ¡Qué bueno eres, *my dear!*

Y los tres se abrazan conmovidos hasta las lágrimas.

Telón, es decir: fin.

«Por razones de Estado»

Es una producción que encara asuntos políticos en un reino situado, poco más, poco menos, en el centro de la vieja Europa.

Dos artistas excelentes, de esos cuya expresión dice en seguida la calidad de sus facultades escénicas, sufren en sus delicados sentimientos por razones de Estado. Amar a una princesa puede resultar peligroso; la política «no tiene entrañas» — dice el refrán — y a la política han de sacrificarse las princesitas de carne y hueso, las que, como la Gisela de este argumento, entregan su corazón a un hombre sin preocuparse de que contravienen el mayestático protocolo de la regia familia.

Sin embargo, el corazón también se engaña; Gisela logra enlazarse con su novio; son felices los primeros días y luego ella, arrastrada por una fatalidad muy del siglo, traiciona a su marido y le hunde en la desesperación de los celos.

Y he aquí que Alfredo, su víctima, *por razones de Estado*, acaba por perdonar, renunciando al amor de ella y a su amor propio ultrajado, conducta que, al cabo, es premiada con felices acontecimientos, etcétera. Finales optimistas, siempre finales optimistas que no perturben la tranquilidad — y la digestión — de los espectadores paganos.

«Por su gracia, una fortuna»

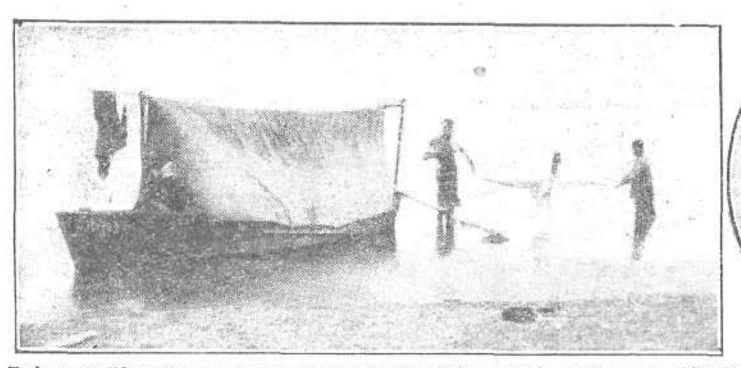
Es una cinta espectacular para que en ella ensaye sus mundanales y «fashionables» gracias la «estrella» Billie Rhodes, que luce magníficas *toilettes*, no muy abundantes en tela, lo que permite apreciar la elástica lozanía y proporción de sus formas.

El argumento no existe, ni hace falta, ya que lo principal y lo único es ella, alrededor de la cual giran, como muñecos de retablo, varios personajes entusiastas de la belleza en «todas sus manifestaciones».

Conste, pues, que la Rhodes es un ejemplar viviente y palpitante de belleza clásica.

NARCISO ROBLEDAL

Raid fluvial



En la canoa "Argos" encuentran los navegantes un relativo confort, cuando se ven obligados a fondear lejos de poblado.



Señor Angel Ponce.



Eran sus armas sus remos, y su descanso el bogar.

Los señores Ponce y Bertolotti, directores ambos de sendas escuelas en Bonpland (Misiones), resolvieron aprovechar las vacaciones ejercitando el viril deporte del remo.

El 24 de noviembre de 1922 partieron de Bonpland. Descendieron por los arroyos de *los Mártires y Yabebirí*, desembocando en el Paraná y en el curso del caudaloso río hicieron escalas en treinta diversos puertos, rindiendo viaje en la dársena norte de Buenos Aires, el 10 de enero de 1923.



Señor Bernardino Bertolotti.

Comentarios



— Todo anda bien.
— Todo anda mal.
— Declaro
que todo esto es muy raro.
Hay quien está contento
y nada encuentra caro,
y pide que se eleve un monumento
al señor intendente,
que es activo y prudente
y es hombre de talento,
y que imita a Marcelo a su manera.
Y hay quien, hecho una fiera,
afirma que la vida es imposible;
que de cualquier zoncera
Alvear se sirve para darse lustre;
que de lo más risible,
un palustre...
— ¡Gran Dios! ¿qué es un palustre?
— Pues es el nombre ilustre
de la cuchara de albañil.
— Comprendo.
¡Qué erudito tremendo!

— De cualquier fruslería,
como antes les decía,
Alvear se vale para darse pisto;
o, al menos, eso *dicen sus contrarios.*
Sus correligionarios,
a quienes llenos de entusiasmo he visto,
dicen que es un gran hombre Su Excelencia,
modelo de decoro y de decencia.
— ¿Y en los tiempos de Eudoro,
no había ni decencia ni decoro?



— El hecho es, compañeros,
que hoy día están que trinan los carteros,
porque no pueden ser en adelante
la insigne aristocracia sibilante,
que a ciertos caballeros
en otro tiempo apabulló. Apenados
andan por todos lados
y hablan mal de Marcelo.
— ¡Pobrecitos!
Ya ni a silbar se atreven ni a dar gritos.

— Igual que los carteros a que aludo
algún tipo sañudo
de los que al Hombre amaban, manifiesta
con tono airado y rudo,
vale *decir, con tono de protesta,*
que actualmente la vida es espantosa
y que con la política funesta
de la gente que ayer era oprobiosa,
¡engendro del infierno!
y hoy ayuda al gobierno,
tan sólo Elpidio vale alguna cosa.



— ¡Tiene razón el que tal dice!
— ¡Todo
lo han arrojado al lodo!
— ¡Elpidio inmaculado!
— ¡Elpidio afable!
— ¡Elpidio *indispensable!*
— Sin Elpidio la causa está perdida.
— Es un vice adorable.
— Es persona valiente y decidida.
— E hipolitista puro.
— Puro e insospechable.
— Si intervenir le dejan, me figuro
que se hunde Goyeneche.
— De seguro.

— Eso ha sido otra infamia.
— Los traidores
quieren contar con muchos senadores.
— ¡Goyeneche *triunfante!*
— ¡Quién dijera,
quién dijera, señores,
que podría triunfar de esa manera!
— Pues yo tengo esperanza.
— ¿Sí? Las tendrá usted sólo.
— ¿Y no nos queda acaso la venganza?
— Es usted más ingenuo que un chingolo.



— Todo anda mal.
— Lo creo. Hasta el Correo.
— Todo anda bien.
— ¡Mentira!
— *No lo creo.*
— No habrá quien me convenza
de que todo, ¡qué horror!, no está perdido.
— ¿Qué vamos a esperar, si no ha salido
senador Salaberry?
— ¡Qué vergüenza!

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: Las cenizas de Mireya Dávalos, por **Ernesto Mario Barreda.** Divino mal, por **Eugenio Julio Iglesias.** Estas manos mías, por **Oreste D'Aló (hijo).** Pecado mortal, por **Rosalba Aliaga Sarmiento.** Una aventura de carnaval, por **José Muzilli.** Prosas nuevas, por **Ramón Gómez de la Serna.** Hacia el destierro, por **Alberto J. Mazza.** El carnaval del Valle, por **Ciro Torres López.** Palabras al campo y Mi casa, por **Fernández Moreno.** El reloj de la catedral, por **Protasio Lucero.** Tendiendo la red, por **William Le Queux.** Chick, por **H. Mortimer Batten.** El tentáculo, por **Clarence Meily.** Guillermo Marconi, por **Itálicus.** Visiones del presidio de Sierra Chica, continuación, por **el Vizconde de Lascano Tegui.**